



JAVIER GARCÍA BLANCO

Historia oculta de los **Papas**

Akásico  libros

El presente libro pretende repasar junto a usted, amigo lector, la vida de algunos pontífices cuyos actos resultan "peculiares", cuando no parecen ir en total contradicción con el mensaje de amor, respeto y tolerancia que reflejan los Evangelios que debían representar.

Javier García Blanco

Historia oculta de los Papas

Título original: *Historia oculta de los Papas*

Javier García Blanco, © 2010.

Diseño de portada: Ignacio Decampo

Editorial América Ibérica S.A.

c/ Miguel Yuste 33 Bis, 28037 (Madrid) - España

ISBN: 978-84-88337-29-0

A los cientos de miles de personas que, a lo largo de
casi 2.000 años,
se han convertido en víctimas de la ambición, el
fanatismo y
la intolerancia de unos hombres que deberían haber
sido buenos

*Apártate de mí, Satanás, que no sientes las cosas
que son de Dios
"Jesús al apóstol Pedro". (Marcos, 8, 33)*

Introducción

El fallecimiento de Juan Pablo II, la posterior elección de Benedicto XVI, y los actuales casos de pederastia han puesto de rabiosa actualidad a la Iglesia Católica y a sus dirigentes. Durante varios días, millones de personas - católicas y no católicas- centraron su mirada en el pequeño Estado Vaticano.

Tras el largo papado de Karol Wojtyla, que llevó las riendas de la Iglesia durante veintiséis años, la celebración de un nuevo cónclave suponía para muchos -entre los que me incluyo- algo desconocido y fascinante al mismo tiempo. A lo largo de los días que transcurrieron desde la agonía final de Juan Pablo II hasta que finalmente la Cristiandad recibió a su nuevo pontífice, los medios de comunicación estuvieron "bombardeándonos" con miles de datos que, día tras día, nos iban desgranando y descifrando el protocolo y el ritual que aparecía ante nuestros ojos.

Fueron días también en los que la radio, la prensa y la televisión ofrecieron numerosos detalles sobre la vida de anteriores pontífices, en especial de aquellos que gobernaron la Iglesia Católica en el siglo XX.

La elección del cardenal Ratzinger como nuevo papa en

su momento no escapó a la polémica. Su carácter conservador, su intransigencia frente a determinados asuntos y su trayectoria como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe significó para muchos que se había elegido como nuevo Vicario de Cristo «al peor de los posibles» candidatos.

Si finalmente resulta o no ser así, es algo que sólo podremos juzgar con el paso del tiempo. Sin embargo, la historia de la Iglesia, y más concretamente la de sus máximos dirigentes, ha dejado ejemplos más que suficientes de lo que podríamos llamar "malos papas" e, incluso, invirtiendo ambos términos, "papas malos".

Ese es, precisamente, uno de los objetivos de este libro. Repasar junto a usted, amigo lector, la vida de algunos pontífices cuyos actos resultan "peculiares", cuando no parecen ir en total contradicción con el mensaje de amor, respeto y tolerancia que reflejan los Evangelios que debían representar.

Resulta imposible dar una cifra concreta de cuántos de los 265 pontífices que ha tenido hasta el momento la Iglesia de Roma pueden ser calificados como "indignos". Pero lo que está claro, tras revisar lo que nos dice la historia, es que los papas no suelen ser tan buenos como pretenden la mayor parte de los católicos. De hecho, como

comprobará usted mismo al avanzar en estas páginas, incluso algunos de los que han sido "galardonados" con la beatificación o la canonización cuentan en sus biografías con episodios que resultan, como poco, comprometidos.

Quisiera aprovechar también esta breve introducción para aclarar que este libro no pretende ser un alegato anticatólico. Soy consciente de que un trabajo de estas características puede resultar polémico, pero no es mi intención atacar las creencias de nadie.

Si a pesar de todo, algún lector se siente ofendido, le pido disculpas.

El libro que tiene ahora en sus manos es, simplemente, un modesto repaso histórico a la vida de unos hombres que, como tales, se vieron sujetos a las mismas pasiones que el resto de los mortales.

Prácticamente desde sus inicios, la Iglesia ha sido una institución provista de un gran poder temporal, lo que la convirtió en un oscuro y preciado objeto de deseo. Durante muchos siglos ocupar el trono de San Pedro significaba tener la potestad para coronar y deponer a reyes y emperadores. Y, del mismo modo, los papas actuaron durante mucho tiempo como auténticos monarcas terrenales y no como guías espirituales. Los papas se vieron atrapados por las mismas ansias de poder y

entregados a los mismos apetitos carnales que sus colegas laicos.

Si continúa leyendo encontrará macabras historias sobre papas que profanaron los cadáveres de sus predecesores, relatos de pontífices que no dudaron en asesinar a sus rivales, intrigas, violaciones, masacres en nombre de Dios... y un sin fin de atrocidades que causarían el estremecimiento del más cruel de los asesinos.

Javier García Blanco

I - Los primeros siglos del cristianismo

1. SAN PEDRO

No podríamos abordar una obra como esta, dedicada a repasar la vida y obra "prohibida" de algunos de los papas más sorprendentes de la historia de la Iglesia Católica sin detenernos con cierto detalle en la figura de quien, supuestamente, fue su cabeza inicial: San Pedro.

Su vida -en especial tras la muerte de su amado Jesús- supone una auténtica incógnita y representa un apasionante desafío para los teólogos, historiadores e incluso arqueólogos que han intentado desentrañar sus misterios.

Las implicaciones que se derivan de tales interrogantes son de suma trascendencia, no sólo a nivel histórico, sino sobre todo en lo que se refiere a los cimientos mismos de la Iglesia de Roma...

¿Quién fue Pedro?

Parece ser que Pedro [1] -su verdadero nombre era Simón BarJonah, es decir, "Simón hijo de Jonah"- nació en la población de Bethsaida, a orillas del lago Tiberíades, en Galilea. Aunque se desconoce la fecha exacta de su

nacimiento, debió ser en tiempos bastante próximos a los de su maestro. Pedro se dedicaba a la pesca en el mar de Galilea, labor que realizaba junto a su hermano Andrés, quien fue también uno de los primeros discípulos de Jesús. Ambos hermanos estaban asociados en dicho negocio a los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan. Es casi seguro que los cuatro fueron discípulos de Juan el Bautista, y a través de él llegaron a conocer a Jesús.

Ignoraremos aquí el periodo de la vida de Pedro que coincide con la del rabí de Galilea, ya que la damos por sobradamente conocida por todos a través de los escritos recogidos en el Nuevo Testamento.

Tras la muerte de Jesús y transcurrido un período inicial de desconcierto y miedo -cosa por otro lado lógica-, Pedro y el resto de los apóstoles se reúnen en Jerusalén, primero para esperar el regreso de su maestro, y más tarde para comenzar a predicar tímidamente la resurrección de Jesucristo.

Poco más se sabe con certeza sobre Simón Pedro. Sabemos, eso sí, que realizó viajes por Palestina, que visitó Antioquía, donde según la tradición habría ejercido como primer obispo de la ciudad y que sus relaciones con San Pablo no fueron todo lo amigables que deberían haber sido.

Pero apenas sabemos nada más sobre la vida de Pedro.

Los Hechos de los Apóstoles lo mencionan por última vez en el capítulo XII. En ese pasaje, Pedro está encerrado en una cárcel de Jerusalén, donde es liberado gracias a la intervención de un ángel. A partir de ese momento, fechado en el año 44 d.C., el apóstol favorito de Jesús se esfuma sin dejar rastro...

Si preguntamos a uno de los 1.000 millones de católicos que hay en la actualidad acerca de la muerte y posterior enterramiento de San Pedro, seguramente nos contestará que el apóstol murió martirizado en Roma y que fue enterrado allí, justo en el lugar en el que hoy se levanta majestuosa la Basílica de San Pedro del Vaticano.

Y, efectivamente, esto es exactamente lo que ha ido transmitiendo la tradición. Un relato piadoso que es tomado por la mayoría como un hecho cierto y rigurosamente histórico. Pero, ¿realmente es así? ¿Existen pruebas de que Pedro predicó en Roma, fue martirizado durante la persecución de los cristianos y posteriormente enterrado en la ciudad?

¿Estuvo realmente San Pedro en Roma?

Durante siglos, una piadosa tradición ha asegurado que San Pedro llegó a Roma en tiempos del terrible emperador Nerón, y que fue martirizado tras la persecución lanzada

por éste contra los cristianos en el año 64 d.C. Según este relato, Pedro habría sido condenado a morir crucificado -él pidió que lo hicieran cabeza abajo, ya que no se creía digno de morir como su maestro- en el Circo de Nerón. Junto a él, otros condenados a muerte ardían como antorchas humanas iluminando el terrible espectáculo. Tras su muerte, sus seguidores habrían enterrado sus restos muy cerca de allí, en la Colina Vaticana.

Sin embargo, y por mucho que pueda sorprender, no existe una sola prueba documental que demuestre que Pedro visitó alguna vez Roma y, por lo tanto, tampoco de que muriera y fuera enterrado allí tras ser martirizado.

Como ya hemos dicho, la pista de Pedro desaparece en Jerusalén, según lo recogen *Los Hechos de los Apóstoles*.

Existen dos epístolas atribuidas a San Pedro, pero la mayor parte de los expertos coinciden en señalar que son falsas casi con total seguridad. La primera de ellas [2] contiene una alusión a su estancia en "Babilonia", que al parecer podría identificarse con la ciudad de las siete colinas. Sin embargo, el texto recoge ideas que parecen ajenas al propio Pedro, y que según algunos exégetas, es posible que incluso pudiera haberla escrito el mismo Pablo. Al parecer, la carta está escrita en un griego excelente, lo que hace difícil que surgiera del puño y letra

de Simón Pedro [3], un sencillo galileo de escasa cultura. Los defensores de su autenticidad han sugerido que pudo ser redactada por un tal Silvano, que habría ejercido de secretario personal de Pedro. Sin embargo, más tarde se averiguó que el tal Silvano fue en realidad un personaje más cercano a Pablo de Tarso.

La segunda carta está incluso mejor escrita, y su estilo es marcadamente diferente a la anterior. Ha sido datada por los expertos en torno al 150 d.C., por lo que de ninguna forma pudo ser obra del galileo.

Tampoco menciona San Pablo [4], en ninguno de sus escritos, que Pedro estuviera en Roma. Y este dato es especialmente importante en el caso que nos ocupa. En la *Epístola a los Romanos desde Corintio*, el de Tarso saluda a varios amigos romanos, y sin embargo no hace ninguna referencia a San Pedro. ¿No sería lógico que si Simón Pedro se encontraba en Roma, Pablo le hubiera dedicado también un saludo? Tampoco encontramos referencia alguna en *Los Hechos* cuando describen la llegada del apóstol San Pablo a la Ciudad Eterna en el año 60.

Muy acertadamente, el historiador español Antonio Ramos-Oliveira [5] se hace la siguiente pregunta: Si Pedro no estaba en Roma en el año 58 -fecha de la *Epístola a los Romanos*- ni del 60 al 62 -presencia de Pablo en Roma-, y

según la tradición fue crucificado en el 64, tras varios años de predicación, ¿cuándo y desde dónde llegó?

La primera referencia a una posible presencia de San Pedro en Roma la encontramos en una carta escrita por Clemente Romano [6], uno de los supuestos sucesores de Pedro, en el año 96 d.C. Sin embargo, los críticos han destacado que se trata de menciones muy vagas y que no se conoce el contexto exacto al que se refieren.

Las siguientes menciones son aún más tardías y podrían servir únicamente como prueba de que, en la época en la que fueron escritas, existía ya la creencia de que Pedro estuvo en la ciudad y que murió allí.

Así, por ejemplo, Eusebio de Cesárea [7], recoge la historia de un presbítero llamado Gaio -o Cayo- que vivió a finales del siglo II y principios del III, y que menciona las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo:

También lo afirma, y no con menor certidumbre, un varón eclesiástico llamado Gaio, que vivió durante el obispado en Roma de Ceferino. Este Gaio, en una disputa escrita con Proclo, jefe de la secta de los Catafrigios, habla acerca de los lugares donde se hallan los santos restos de los apóstoles que hemos mencionado, y dice lo siguiente:

'Pero yo puedo mostrar los trofeos de los apóstoles. Pues si deseas ir al Vaticano o al camino de Ostia, verás los

trofeos de aquellos que fundaron esta iglesia'.

Otros autores que también se hacen eco de la tradición que ubicaba en Roma al apóstol -todos ellos ya muy avanzado el siglo II- son Lactancio, Ireneo de Lyon, Dionisio de Corinto o Tertuliano [8]. Algunos de estos autores no sólo mencionan la presencia de Pedro, sino que hacen coincidir a éste con Pablo de Tarso. Otra fuente de gran utilidad, el *Liber Pontificalis* -"Libro de los Papas"-, va aún más lejos, y menciona incluso el lugar en el que habría vivido Pedro: la cima del monte Esquilmo, donde erigió un oratorio.

Como vemos, lo único que se puede afirmar con rotundidad tras examinar las fuentes documentales y los escritos de los primeros Padres de la Iglesia es que a finales del siglo II existía ya una tradición bien asentada entre los cristianos sobre la presencia del pescador de Galilea en la capital del Imperio Romano.

Algún tiempo después, el emperador Constantino levantaría una basílica en honor al apóstol sobre su supuesta tumba, ubicada en la colina vaticana.

¿Está Pedro realmente enterrado en Roma?

Ha quedado claro que la documentación histórica no resulta suficiente para demostrar, fuera de toda duda, la

presencia de Pedro en Roma. Sin embargo existía otra posibilidad mediante la cual confirmar lo defendido por la tradición: la presencia de la supuesta tumba del apóstol -y por lo tanto sus restos- bajo los cimientos de la actual basílica del Vaticano.

Hasta el siglo XX, poco se pudo hacer para tratar de aclarar las incógnitas existentes. Pero en 1939 [9], poco después de su consagración, el papa Pío XII nombró un equipo de estudio con la finalidad de que realizaran excavaciones arqueológicas bajo los cimientos de San Pedro y resolvieran el enigma de una vez por todas. Eso sí, debían mantener el mayor de los secretos...

El equipo encargado de la investigación estaba formado por los especialistas Enrico Josi, Antonio Ferrúa, Engelbert Kirschbaum y Bruno Ghetti, todos ellos religiosos. Además, sus pesquisas y descubrimientos fueron supervisados en todo momento por un estrecho colaborador del pontífice, monseñor Ludwig Kaas.

Los primeros trabajos certificaron la existencia de una necrópolis del siglo I d.C. bajo el suelo de la basílica, lo que venía a confirmar parte de lo que aseguraba la tradición. Se encontraron numerosos nichos paganos y también algunas de las primeras tumbas de fieles cristianos. Los arqueólogos descubrieron también que el

antiguo templo construido por el emperador Constantino parecía estar especialmente diseñado para destacar una parte concreta de la necrópolis. Justo en esta zona se produjo un interesante hallazgo: una tumba con aspecto de Trofeo que parecía coincidir en su ubicación y características con el monumento descrito por el presbítero Gaio y que podría datar, según los expertos, del año 165.

Finalmente, en 1951 el equipo de Ferrúa publicó los informes oficiales con los resultados de su investigación. A pesar de que realizaron un trabajo riguroso y objetivo, su estudio no escapó a las críticas, que acusaban a los religiosos de haber realizado una investigación "deficiente". Además, se comprobó que se había producido un continuo enfrentamiento entre el equipo de investigadores y monseñor Kaas.

En 1953, Pío XII autorizó una segunda investigación en la necrópolis vaticana, esta vez dirigida por la experta epigrafista Margherita Guarducci, cuya familia tenía una estrecha amistad con el pontífice. Las incursiones de Guarducci en el lugar de las excavaciones echaban por tierra -en su opinión- el trabajo realizado por sus predecesores. Fue así como descubrió una serie de inscripciones en los muros que se encuentran en el lugar

donde, según la tradición, está la tumba de San Pedro. Una de ellas llamó especialmente su atención. Estaba escrita en griego, y rezaba: *Petrus em*, o lo que es lo mismo, "Pedro está aquí". Sin embargo, dicha inscripción fue datada en torno al año 150 d.C., por lo que, al igual que ocurría con las fuentes documentales, sólo demostraba la existencia de una creencia en que allí estaba enterrado Pedro.

Pero la mayor polémica estaba por llegar. Guarducci explicó que un *sampietrini* -uno de los trabajadores que estaba bajo las órdenes de Kaas- le había dado una caja de madera con huesos que habían sido descubiertos en uno de los lóculos de la necrópolis. El obrero explicó que la caja había sido custodiada durante años por Kaas, quien guardó silencio sobre el hallazgo.

Un buey, una oveja y ¡un ratón!

Guarducci también explicó que los huesos habían estado envueltos en una tela púrpura con bordados en oro, y que los estudios forenses habían determinado que los restos correspondían a los de un varón de unos 60-70 años. Los resultados obtenidos por la epigrafista fueron publicados en varias publicaciones, pero recibieron también duras críticas. Entre los mayores críticos de su metodología estaba el propio Antonio Ferrúa. Este dio a

conocer un examen más exhaustivo de los restos óseos, realizado por Venerando Correnti, catedrático de Antropología de las Universidades de Palermo y Roma. Correnti y su colaborador Luigi Cardini descubrieron que los restos óseos no pertenecían a un único individuo, sino que habría también partes de otro esqueleto, correspondiente a un individuo joven. Y lo más sorprendente: en la caja de madera también se conservaban huesos de una oveja, un buey y hasta los de ¡un ratón!

A pesar de estos nuevos datos, el papa Pablo VI dio crédito a las investigaciones de Guarducci, y el 26 de junio de 1968 hizo un comunicado anunciando el descubrimiento de los restos del apóstol:

Creemos nuestro deber, en el estado actual de las conclusiones arqueológicas y científicas, dar a Uds. y a la Iglesia este anuncio feliz, obligados como estamos a honrar las reliquias sagradas, respaldados por una prueba confiable de su autenticidad. En el caso presente, nosotros debemos ser aún más impacientes y exultantes cuando tenemos razón en creer que han sido encontrados los pocos pero sagrados restos mortales del Príncipe de los Apóstoles, del hijo de Simón de Jonah, del pescador llamado Pedro por Cristo, del que fue escogido por el Señor para fundar Su iglesia y a quien Él confió las llaves

de Su reino hasta Su gloriosa vuelta final.

Sin embargo, cosa curiosa, tras la muerte de Pablo VI Guarducci ya no pudo volver a entrar en la necrópolis, y las supuestas reliquias de San Pedro fueron retiradas del edículo monumental. Ella mantuvo hasta su muerte que la culpa de su ostracismo la tenían las maquinaciones del padre Ferrúa, carcomido por la envidia de sus descubrimientos.

Actualmente la polémica persiste. A pesar de las excavaciones y de los datos ofrecidos por la tradición, no se puede afirmar que Pedro fuera enterrado bajo la Basílica de San Pedro.

De hecho, no es necesario recurrir a la arqueología para comprobar que resulta bastante difícil que los restos del pescador galileo fueran enterrados donde se ha dicho. Si realmente Cefás fue martirizado por los romanos mediante la crucifixión, lo más probable es que sus restos -como criminal que era considerado por las autoridades- fueran incinerados y sus cenizas arrojadas con desprecio a las aguas del Tíber.

Aún aceptando la improbable posibilidad de que su cadáver no fuera quemado o arrojado a las fieras del Circo, sería prácticamente imposible que sus discípulos y seguidores hubieran podido "rescatar" sus restos sin

ponerse ellos mismos en grave peligro. Para recuperar el cuerpo de Pedro habrían tenido que solicitar permiso a las autoridades, lo que equivaldría a quedar identificados como cristianos "peligrosos" y alborotadores [10]. Por lo tanto es bastante difícil que unos supuestos discípulos del apóstol le dieran cristiana sepultura en la actual colina Vaticana.

De modo que estamos como al principio. Ni las fuentes documentales ni las excavaciones arqueológicas han escapado a la polémica. Y la pregunta principal -¿estuvo Pedro en Roma y murió allí martirizado?- queda sin una respuesta segura. Como ya hemos venido constatando páginas atrás, lo único que podemos considerar como hecho contrastado es que, ya muy avanzado el siglo II existía una creencia entre los cristianos de que, efectivamente, los restos de Pedro descansaban en la necrópolis de la citada colina vaticana...

2. EL FRAUDE DE LOS PRIMEROS PAPAS

Vosotros, ¿quién decís que soy yo? Simón tomó la palabra y dijo: "Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo". Jesús le respondió: "Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi padre que está en los cielos. Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de Dios; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos".

Mateo XVI, 15-19

Si todos los detalles que poseemos sobre la presencia y martirio de Pedro en la ciudad de Roma proceden de la tradición, algo muy similar ocurre con los primeros sucesores del Príncipe de los Apóstoles.

Lo único que los historiadores saben con certeza es que, en torno al año 180, ya existe una importante tradición sobre los primeros "papas". En esas fechas, San Ireneo de Lyon ya menciona una lista de obispos de Roma en su obra *Contra los Herejes* [11]. En ella, Ireneo establece una sucesión directa entre Pedro y San Eleuterio, el obispo de

Roma de aquel momento, enumerando a los distintos papas intermedios.

Pero como decíamos, no existe forma de demostrar la realidad de los datos que aparecen reflejados en tal lista. Esta sucesión de nombres al menos hasta San Aniceto (155-166), procede única y exclusivamente de la piadosa tradición.

Una evidencia de que tal sucesión de obispos ha sido creada ex profeso la encontramos al analizar la figura de uno de los Sumos Pontífices mencionados por el propio Ireneo. El sexto sucesor de Pedro se llama, sospechosamente, Sixto, y su festividad se celebra el 6 de abril... ¿casualidad?

Por otro lado, el número de sucesores de Pedro incluyendo al contemporáneo de Ireneo -Eleuterio- suma doce, la misma cantidad de apóstoles que siguieron a Cristo. Parece que todo cuadra demasiado bien para deberse a una simple casualidad. Más bien al contrario, parece que la lista está destinada a sugerir una idea muy concreta. Del mismo modo, llama la atención también que los relatos piadosos aseguren que Pedro murió crucificado -al igual que su amado maestro Jesús-, mientras que San Pablo fue decapitado, como le ocurrió a Juan el Bautista. Parece que alguien se hubiera tomado la molestia de

establecer unos notables paralelismos entre dichas figuras, de modo que sirviera en cierta forma para legitimizar aún más su papel.

Pero además, existe otra objeción a la veracidad de la lista de los llamados primeros papas. La figura del obispo de Roma -los primeros papas, con autoridad sobre el resto de obispos, no surgirán hasta unos siglos después- no aparece hasta bien entrado el siglo II, de forma más tardía que en el resto de comunidades cristianas. Hasta ese momento, parece ser que la comunidad de Roma estaba gestionada por el grueso de creyentes, y no existía una figura de presbítero jefe, obispo o cabeza de la comunidad, de modo que difícilmente podría elaborarse una lista de "papas" u obispos cuando ni siquiera existieron realmente.

El propio Pablo, en su Carta a los Romanos, datada en torno al año 57, además de no mencionar a Pedro entre sus conocidos, como vimos antes, tampoco hace referencia alguna a jerarquía de ningún tipo.

Por otro lado, la carta de Clemente Romano -precisamente uno de los supuestos papas- a los cristianos de Corintio, y que como dije antes estaría fechada en el año 96, no está escrita en su nombre, actuando como líder de la Iglesia, sino que todo parece indicar en ella que la redacta a modo de "secretario" de la comunidad romana. Otra

epístola dirigida a los romanos, esta vez escrita por un obispo de Asia Menor, Ignacio de Antioquía, hacia el año 107, tampoco menciona para nada a ningún obispo, lo que viene a confirmar nuestras sospechas.

Ni siquiera *Los Hechos*, como ya vimos, hacen referencia a su presencia en Roma y, mucho menos, a que transmitiera su "posición" de líder de la Iglesia a ninguna persona en particular.

Pero entonces, si la lista de Ireneo no se ajusta a la realidad -al menos no totalmente-, ¿por qué se inventó?

Hay más de una respuesta, pero todas ellas parecen explicar satisfactoriamente no sólo el hecho de que se inventara una falsa lista de sucesores de Pedro, sino también la propia tradición de la presencia del apóstol en Roma.

En aquella época en la que surge la tradición, el cristianismo se ve amenazado por otras muchas prácticas religiosas. Además de "competir" con doctrinas paganas como el culto al dios Mitra -especialmente adorado por los legionarios romanos-, existen en aquel momento una multitud de herejías que hacen peligrar a la "verdadera" doctrina. Personajes como Tatiano, Marción [12] o Valentino campaban a sus anchas por Roma difundiendo y defendiendo una visión del Evangelio totalmente distinta a

la "ortodoxa". ¿Cómo hacer frente a tantos enemigos?

Muy sencillo, estableciendo una sucesión directa entre Eleuterio -el obispo de Roma en aquel momento- y Pedro, primera "piedra" de la Iglesia, supuestamente colocada por el propio Jesús, como vemos en el pasaje de Mateo que abre este capítulo. Y para crear tal sucesión ininterrumpida, hacía falta una lista de obispos que es la que recoge Ireneo.

Esto explicaría también la tradición sobre San Pedro. Si Pedro creó la Iglesia en Roma y transmitió su poder a través de sus sucesores -a los primeros los habrían consagrado personalmente Pedro y Pablo, según Ireneo y la tradición-, se conseguían dos cosas: primero afianzar la doctrina frente a las herejías y segundo establecer una primacía del obispado de Roma frente al de las demás comunidades, ya que el obispo de la ciudad era ahora sucesor directo del elegido por Jesús para fundar la Iglesia.

Ireneo "apuntala" aún más esta idea al mencionar en su obra a Roma como "grande e ilustre iglesia", que "por su posición de preeminente autoridad, tiene que estar de acuerdo toda la Iglesia, o sea, la totalidad de los fieles del mundo entero". Y fue de este modo como se fue gestando, ahora sí, una auténtica jerarquía en Roma.

3. SAN CALIXTO (217-222) Y SAN HIPÓLITO, EL PRIMER ANTIPAPA

Las primeras desavenencias importantes en el seno de la Iglesia de Roma surgen en una fecha tan temprana como es el comienzo del siglo III. Tras la muerte del obispo de Roma Ceferino, el pueblo elige como sucesor a Calixto, quien por aquel entonces estaba encargado de la administración de las catacumbas cristianas que llevan hoy su nombre.

Sin embargo, su nombramiento no fue acogido con agrado por todo el mundo. Hipólito, un discípulo de Ireneo, acusaba a Calixto de herético, ya que aceptaba el regreso a la comunidad de aquellos cristianos que, tras haber cometido un grave pecado, se arrepentían y llevaban una vida de penitencia. Por si fuera poco, Calixto consentía las uniones entre patricios romanos y esclavos, y a Hipólito aquello le parecía inaceptable.

Además, existía entre ellos grandes diferencias a la hora de concebir el misterio de la Santísima Trinidad. De modo que con esta oposición al legalmente nombrado obispo, Hipólito se ganó el dudoso honor de ser el primer antipapa de la historia de la Iglesia. Incluso se tomó la molestia de dedicarle una obra, *Philosophoumena*, donde

crítica sin piedad a su contrincante, a quien tilda de bruto y simple, recordando su condición de antiguo esclavo.

En sus páginas, el antipapa Hipólito desvela también detalles "oscuros" de la vida pasada de Calixto. Al parecer, éste protagonizó un lamentable incidente años antes de ser elegido obispo de Roma. Calixto había tenido en su juventud un maestro, Carcoforo, que le había encomendado la administración y gestión de sus bienes. Desgraciadamente, Calixto perdió todas las pertenencias de su maestro y, fuera de sí, decidió suicidarse tirándose por una ventana. No logró su objetivo, y las autoridades lo condenaron a trabajos forzados en Cerdeña. Allí estuvo tres años, hasta que recibió el indulto y regreso a Roma. Una vez en la Ciudad Eterna, fue ganándose la confianza del entonces obispo Ceferino, hasta que finalmente él mismo fue escogido como líder de la Iglesia romana.

Ese era el motivo principal de la oposición de Hipólito. Él, inteligente y con gran cultura, era quien merecía ser el obispo de Roma, y no aquel antiguo esclavo que había perdido los bienes de su maestro y después había intentado suicidarse. Por eso el antipapa y sus seguidores ejercieron durante su mandato una fuerte y crítica oposición.

De cualquier modo, Hipólito no tuvo que soportar durante mucho tiempo el gobierno de su enemigo. Tras

cinco años en el obispado, Calixto fue asesinado por una turba descontrolada en el barrio del Trastevere. Sus asesinos lo lanzaron a un pozo y lo remataron a pedradas.

Pero aún así, Hipólito no se quedó tranquilo. No le escogieron a él para suceder a Calixto, sino a Urbano, y después a Ponciano. También con ellos mantuvo un duro enfrentamiento. Finalmente, el primer antipapa de la Iglesia y el obispo del momento, Ponciano, fueron detenidos durante la nueva persecución lanzada por el emperador Maximino y enviados a las minas de Cerdeña. Allí murieron los dos como mártires, tras haber solucionado sus diferencias.

4. SAN CORNELIO (251-255) Y NOVACIANO

Al martirizado Ponciano le sucedió como obispo de Roma Antero (235-236) y a éste, San Fabián (236-250), que fue elegido, según Eusebio de Cesárea de forma supuestamente milagrosa: "Se había reunido el pueblo de Roma y eran muchos los candidatos, cuando una paloma se posó sobre la cabeza de Fabián, recién llegado a Roma del campo" [13].

Tras la muerte de Fabián, la Iglesia romana se demoró más de lo habitual en la elección del nuevo obispo. Mientras el clero y el pueblo se decidían, un presbítero llamado Novaciano decidió tomar las riendas de la iglesia mientras se llegaba a una decisión definitiva, seguramente con la esperanza de que fuera él el elegido.

Cuando finalmente los clérigos y la comunidad laica escogieron a Cornelio, Novaciano entró en cólera y renegó de aquella designación. No estaba dispuesto a consentir aquel desprecio así que, apoyado por sus partidarios, hizo que tres obispos del sur le consagraran a él como legítimo sucesor de Pedro con lo que logró arrastrar a buena parte de los fieles a su causa.

Y ahí comenzó la disputa. Cornelio acusó entonces a Novaciano de "bestia pérfida y malvada", asegurando que su

elección había sido llevada a cabo por "tres obispos traídos de cierta parte de Italia, hombres rústicos y muy simples y cuando ya estaban ebrios y cargados de vino" [14]. Además de dedicarse bonitos piropos como éstos, ambos contrincantes chocaban frontalmente en su concepción del trato que debían recibir los apóstatas. Cornelio aceptaba que los arrepentidos pudieran regresar a la comunidad cristiana, pero Novaciano, más intransigente, rechazaba esa posibilidad.

Finalmente el antipapa fue excomulgado durante un sínodo celebrado en Roma en 251 y en el que participaron sesenta obispos.

5. SAN DÁMASO (366-384) versus URSINO

Tras la conversión de Constantino y la adopción del cristianismo como religión oficial del Imperio en 312, los papas se convirtieron en personajes con creciente poder, y no sólo en el terreno espiritual. No se trataba todavía de una potestad como la que alcanzarán los pontífices siglos más tarde -y en especial a partir de la época de Carlomagno-, pero empieza a vislumbrarse lo que está por llegar.

Y es en el siglo IV, precisamente, cuando comienzan a producirse los primeros episodios violentos relacionados de forma directa con las luchas de poder que empezaban a despuntar ya entre los candidatos a sucesores de san Pedro y sus distintos partidarios. El caso de Dámaso y su rival Ursino es un buen ejemplo de ello.

Aunque nació en Roma en el año 302, se considera a Dámaso como el primer Papa español, ya que al parecer sus padres procedían de Hispania, y más concretamente de la zona ocupada por la actual Galicia. Cuando era todavía un niño, su padre quedó viudo y decidió dedicar su vida al sacerdocio, llegando a ser presbítero de la parroquia de San Lorenzo en Roma. Esa circunstancia sin duda dejó huella en el joven Dámaso, ya que cuando alcanzó la edad

suficiente, él mismo entró a formar parte del clero, y lo hizo además en el mismo templo que servía su padre. Más tarde fue diácono con el papa Liberio, y cuando éste fue depuesto y condenado al exilio por orden del emperador Constancio, Dámaso le acompañó.

Tras la muerte de Liberio, y ya de vuelta en Roma, fue elegido nuevo Papa el 10 de octubre del año 366, con el apoyo de buena parte del clero y de los fieles cristianos [15]. Sin embargo, no todo el mundo estaba de acuerdo con aquella elección. Otro diácono, llamado Ursino, logró convencer al obispo de Tívoli para que le ordenase a él como obispo de Roma. Con dos papas reclamando para sí la autoridad pontificia, el clero y los fieles se dividieron en dos bandos, y comenzaron una serie de violentos enfrentamientos callejeros protagonizados por los seguidores de ambos rivales.

Pero Dámaso contaba con el grupo más poderoso, formado en buena parte por bravos y duros *fossores* [16] romanos, y los seguidores de Ursino se llevaron la peor parte. En un principio los enfrentamientos se habían cobrado alguna víctima, pero se trataba de revueltas callejeras sin excesiva repercusión. El choque más sangriento se produjo cuando, cierto día, los seguidores de Dámaso acorralaron a los partidarios del antipapa en el

interior de la iglesia de Santa María de Trastevere. Tras derribar las puertas entraron con gran violencia y causaron una auténtica masacre: 137 seguidores de Ursino perdieron la vida -aunque otras fuentes aumentan la cifra hasta las 160 víctimas-,

Más tarde sus contrincantes le acusaron de adulterio y asesinato, y Dámaso tuvo que enfrentarse a un tribunal, aunque resultó absuelto. Por su parte, Ursino fue desterrado por el emperador Valentiniano, quien reconoció de forma oficial como pontífice a Dámaso.

El ahora legitimado Papa demostró con creces que era capaz de emplear la fuerza para sofocar "conductas inapropiadas". Y esa misma firmeza la empleó en la lucha contra las numerosas herejías que hacían peligrar al "verdadero" cristianismo en aquellos tiempos. En especial, Dámaso trató de erradicar el arríanismo [17] que invadía Roma en los años de su mandato, para lo que contó con la ayuda del emperador. Y también condenó especialmente el priscilianismo, que tanto éxito estaba teniendo en España, así como a los apolinaristas y a los macedonianos.

En cuanto a su relación con la Iglesia de Oriente, Dámaso se consideraba claramente por encima de ella. De hecho, en sus cartas a los obispos de las ciudades de estas lejanas tierras, el obispo de Roma no se dirige a ellos

como "hermanos", sino que les denomina "hijos", en una forma en la que deja clara su posición de superioridad. Con Dámaso, por tanto, se va afirmando ya la idea de la primacía del obispado de Roma sobre los demás.

Los terribles sucesos ocurridos durante su enfrentamiento con el diácono Ursino son, a pesar de las numerosas víctimas registradas, simples escaramuzas. Por desgracia, comparadas con lo que sucederá en siglos venideros, estas "escaramuzas" casi parecen cosa de niños.

II - Nace el Sacro Imperio Romano

Después de que Constantino trasladase la capital del Imperio a Constantinopla en el año 328, Roma dejó de ser el centro del mundo conocido. Pero a pesar de su lejanía, los sucesivos emperadores seguían ejerciendo su influencia en Italia, con la presencia de un representante imperial en la cercana Rávena.

Roma y su Iglesia estaban bajo el dominio de aquellos lejanos señores y, para empeorar aún más la situación, cada cierto tiempo hordas de bárbaros arrasaban e invadían Italia, dejando tras de sí un espectáculo desolador.

Esta situación de dependencia hacia Constantinopla se prolongaría penosamente hasta el siglo VIII. El enfrentamiento en el año 726 entre el emperador bizantino León III y el papa Gregorio II con motivo de la crisis iconoclasta fue sólo una muestra de la separación que iba a producirse entre Roma y el Imperio Bizantino.

Algunos años después Cristóforo, un funcionario eclesiástico, iba a protagonizar uno de los hechos más trascendentes para la historia de la Iglesia. Cristóforo dio lugar a la llamada leyenda de la Donación de Constantino, según la cual el emperador romano había otorgado al papa

Silvestre "los palacios, la Ciudad de Roma, y todas las provincias, plazas y ciudades de Italia y de las regiones del Occidente". Y a continuación, tras este espléndido "regalo", el emperador se habría trasladado a Constantinopla, ya que "no estaba bien que un emperador terreno compartiera la sede del sucesor de Pedro".

Poco después de que Cristóforo inventará aquella enorme patraña, los pueblos bárbaros -está vez personificados en los lombardos- volvieron a asolar Roma y sus cercanías, generando a su paso la creación de numerosos ducados y pequeños territorios. Bizancio se había alejado cada vez más de Roma, así que los romanos estaban solos ante el peligro. El Papa que dirigía la Iglesia en ese momento, Esteban II, decidió pedir ayuda a Pipino, el rey de los francos.

Tras atravesar los Alpes en pleno invierno del año 755, el pontífice alcanzó la corte de Pipino, donde fue recibido con los brazos abiertos. La razón de tan caluroso recibimiento: la historia sobre la Donación de Constantino había llegado a oídos de los francos, y parece que éstos se la creyeron hasta la última letra. Así que Esteban II aprovechó la oportunidad y, además de pedir ayuda militar, exigió que cuando se recuperaran los territorios invadidos por los bárbaros lombardos se le entregaran directamente a

la Iglesia y no a Bizancio o a la ciudad de Roma. Sorprendentemente, Pipino aceptó aquella petición. Los francos vencieron en la batalla a los lombardos y, como había prometido, Pipino entregó al Papa los territorios que mencionaba la falsa Donación de Constantino.

Con aquel inocente -en apariencia- gesto de crear una leyenda piadosa, habían nacido los Estados Pontificios y con ellos, la figura del pontífice como señor feudal de unos territorios que suponían unos suculentos ingresos para la Iglesia y aquel que la conducía. Y con la llegada del poder temporal, vinieron también las luchas, los asesinatos y las conspiraciones...

1. CONSTANTINO II, FILIPO y ESTEBAN III (768-772)

Con el cadáver del papa Paulo I -el sucesor de Esteban II- todavía caliente, el duque italiano Toto de Nepi pensó que no había nadie mejor que su hermano, Constantino, para ocupar el trono vacante y con el todos los beneficios y poder que éste conllevaba. Aunque Constantino no era clérigo, aquello no fue un impedimento. Toto consiguió que tres obispos lo consagrarán. Así, en un mismo día, el aspirante a Papa fue ordenado clérigo, subdiácono, diácono, sacerdote y consagrado obispo y Papa en el mismo día -¡todo un récord digno de entrar en el Libro Guinness-. Con ese curriculum tan acelerado, se convirtió en Constantino II.

El nuevo "Papa", sin embargo, no consiguió el reconocimiento oficial. Durante casi un año intentó convencer por todos los medios a Pipino para que le concediera esa "gracia", pero no lo logró. Finalmente, en el año 768, un grupo de una facción contraria, comandado por un tal Cristóbal, atrapó al falso pontífice y, tras arrancarle los ojos, le encerraron en un convento.

Intentando beneficiarse de la brutal y despiadada defenestración de Constantino II, un rey lombardo llamado

Desiderio decidió aprovechar la oportunidad para colocar en San Pedro a alguien que pudiera servir a sus intereses, y escogió a un monje llamado Filipo. Si el mal parado Constantino podía presumir de récord por acumular nombramientos en poco tiempo, el nuevo papa Filipo podría presumir de poseer otro: el del pontífice -antipapa en realidad- que menos tiempo ha estado en el cargo. Fue consagrado el 31 de julio del año 768 y ese mismo día, sólo unas horas después, fue depuesto.

Afortunadamente para él, y a diferencia de Constantino II, el monje/antipapa Filipo tuvo la suficiente cabeza como para no oponerse a su destitución -lo que le sirvió para conservar los ojos en su sitio- y regresó a su tranquilo retiro en el convento de San Vito.

Ya sin molestos pretendientes al trono de San Pedro, una facción afín a los francos pudo escoger a su propio Papa: Esteban III. Entre sus primeras actuaciones destaca la celebración de un sínodo en el año 769 durante el que se confirmó la culpabilidad de Constantino II y se anularon todas sus decisiones y actuaciones. Además se aprovechó la ocasión para instaurar una nueva norma según la cual un laico no podía ser elegido Papa, precisamente para evitar situaciones como la protagonizada por el hermano del duque Toto. En la misma norma se retiraba, por primera

vez, el hasta entonces tradicional derecho del pueblo romano a dar su opinión durante la elección de un nuevo Papa, quedando limitada esta decisión al clero, aunque la medida no se aplicó de forma efectiva hasta tiempo después.

2. LEON III (795-816)

Con la muerte del papa Adriano I, Roma escogió nuevo pontífice y un día más tarde León III ya disfrutaba de la tiara papal. El nuevo Vicario de Cristo se apresuró en mostrar su reverencia hacia el hijo de Pipino, Carlomagno, enviándole una misiva acompañada por la enseña de Roma y las llaves de la tumba de San Pedro.

Aquel gesto de sumisión no agradó nada a los sobrinos del anterior pontífice y éstos estuvieron a punto de sacarle los ojos al Papa durante una procesión. Habían intentado asesinarle, así que León consideró que lo más sensato era acudir en busca de la ayuda de Carlomagno, igual que Esteban había pedido la de su padre Pipino. El rey franco aceptó aquella llamada de auxilio y escoltó al Papa hasta Roma. Un mes después, el día de Navidad del año 800, León III le devolvía el favor y coronaba emperador a Carlomagno, iniciándose el Sacro Imperio Romano. Se restauraba así otra tradición mediante la cual el Papa tenía la potestad para coronar a reyes y emperadores.

Fue un nuevo aumento de los poderes pontificios, pero también un peligro en potencia para los sucesivos Santos Padres...

3. ¿UNA MUJER EN EL TRONO DE SAN PEDRO? LA LEYENDA DE LA PAPISA JUANA

Permítame el lector que, llegados a este punto del repaso a la cara menos conocida del Pontificado, nos detengamos en la extraña y sorprendente historia de Juana, una hermosa e inteligente joven inglesa que, en el siglo IX, llegó a alcanzar el solio pontificio bajo el nombre de Juan VIII.

Al menos, eso es lo que creyeron buena parte de los cristianos de Occidente desde el siglo XIII hasta principios del XVII. En torno a 1250 comenzó a circular de boca en boca un insólito relato anónimo que recogía aquellos sorprendentes sucesos. Aunque con algunas pequeñas variaciones, la historia que pudo escucharse en toda Europa venía a coincidir en lo esencial: Juana había sido una hermosísima joven inglesa que, desde pequeña, dio muestras de poseer una gran inteligencia. Su interés por ampliar sus conocimientos la llevaron ya desde edad muy temprana a refugiarse en los conventos, uno de los escasos lugares donde podía saciar su sed de aprendizaje. Sus ansias de conocimiento, sin embargo, no acabaron en la infancia. Pasada la adolescencia, decidió viajar a Atenas y continuar con su preparación. Allí visitó un convento de benedictinos

con la intención de seguir aprendiendo, pero encontró algo más de lo que buscaba en un principio. Juana se enamoró perdidamente de uno de sus maestros y éste quedó también prendado de todas las virtudes de la joven inglesa.

Pero el suyo parecía un amor imposible. La reclusión a la que estaba sometido su amado maestro en el convento y su condición de religioso se interponían a su felicidad. Sin embargo, la audaz e inteligente Juana tomó una determinación: ocultaría su aspecto femenino y, disfrazada, pasaría a convertirse en un monje, ataviado con su hábito y exhibiendo la típica tonsura. Así fue como Juana pasó a ser conocida como "Juan el Inglés", y pudo seguir en secreto junto al hombre que amaba, llevando una vida de estudio.

Sin embargo, aquella felicidad no duró mucho tiempo. El amante de Juana falleció y, como única vía para escapar del dolor que la consumía, la muchacha se volcó aún más en sus estudios. "Juan el Inglés" alcanzó una gran sabiduría y su fama no tardó en traspasar fronteras, y eran muchos los que acudían hasta el monasterio para pedir ayuda o consejos en los temas más variados. Finalmente la hermosa e inteligente Juana, siempre bajo la protección de su oculta identidad, decidió trasladarse a Roma, donde acabaría siendo elegida como Sumo Pontífice en el año 855.

Al igual que había ocurrido durante su estancia en

Atenas, la sabia mujer logró engañar a todo el mundo sin levantar la menor sospecha. Sin embargo, ocurrió algo inesperado: Juana volvió a enamorarse. En esta ocasión fue un joven clérigo -también dotado de gran inteligencia-, quien robase su corazón. Y finalmente, el Papa, es decir, la papisa, quedó embarazada...

Juana ocultó como pudo su estado, pero un día, durante una procesión desde San Pedro hasta la iglesia de San Juan de Letrán, comenzó a sentirse mal. Y allí mismo, ante el asombro de cientos de personas, el papa Juan VIII dio a luz un bebé. Poco después, deshonrada y descubierta, la sabia papisa Juana falleció, tras dos años, un mes y cuatro días gobernando la Iglesia de Roma.

¿Hubo una auténtica papisa Juana?

Hasta aquí la historia que se extendió como el fuego a partir del siglo XIII. El relato tenía todas las características de lo que hoy denominaríamos una "leyenda urbana", y caló hondamente en la sociedad de la Edad Media. Incluso varios cronistas, como Esteban de Borbón (1261) o el dominico Martín "el Polaco" (1277) recogieron en sus trabajos sobre la historia del Pontificado la ya célebre "aventura" de Juana. De hecho, el suceso acabó dándose por

cierto hasta en el seno de la propia Iglesia y, en el año 1600, todavía era visible un retrato con el nombre de Johannes VIII, fémina ex Anglia en la galería de bustos pontificios de la catedral de Siena.

Personajes como Boccaccio creyeron firmemente en la historia de Juana, y la leyenda -pues evidentemente sólo se trata de eso-perduró durante siglos, alimentado años después por versiones más elaboradas -y pornográficas- que vieron la luz en el Renacimiento.

En la actualidad, todavía quedan recuerdos de aquella extraña historia, y una de las cartas del *Tarot de Marsella*, La Sacerdotisa, está representada por la figura de una papisa.

A pesar de que no existía ninguna prueba documental que avalara el sorprendente relato, el pueblo trató de encontrar evidencias que demostraran la existencia de Juana. Así, el hecho de que las procesiones papales evitaran circular por la calle donde supuestamente se produjo el parto de la papisa indicaba sin duda que el hecho había sido real, y que se había cambiado a propósito el recorrido. Algo similar ocurrió con una escultura de una madre con un niño que se encontraba en la ruta supuestamente recorrida por Juana. Inmediatamente el populacho vio en ella a la papisa y su bebé... Otro ejemplo de la búsqueda de señales

que indicaran la realidad del rumor llevó a creer a muchos que los asientos "perforados" de mármol que se empleaban tras el nombramiento de un nuevo pontífice tenían la intención de permitir una prueba mediante la cual se verificaba la identidad masculina del recién consagrado Papa. En realidad, dichos asientos de mármol procedían de antiguas termas, lo que explicaba la presencia de tales orificios.

Algunos de los estudiosos que han analizado a fondo este curioso relato de la mujer-papa han destacado el hecho de que la historia comenzó a difundirse en el siglo XIII, coincidiendo con una época en la que las pretensiones temporales del Papado volvían a estar en auge.

Efectivamente, el relato posee un tono claramente antipapal, lo que sugiere una intención de crítica que quizá rememorara algún episodio real de la historia en la que igualmente la Iglesia ansiaba el poder temporal.

Resulta comprometido afirmar con rotundidad quién pudo inspirar el personaje ficticio de Juana. En opinión de algunos investigadores, el relato de la papisa podría proceder de una fábula bizantina que hacía referencia a una mujer patriarca, sobre la que incluso existen referencias en una misiva dirigida por el papa León IX al patriarca Miguel Cerulario en el año 1054.

Sin embargo, la mayor parte de los estudiosos parecen coincidir actualmente en que no fue una sola mujer, sino dos, las que podrían haber servido de fuente de inspiración para la leyenda de Juana. Y son precisamente estas dos mujeres: Teodora la Mayor y Marozia -madre e hija-, las auténticas protagonistas del siguiente periodo del papado, posiblemente el más oscuro y nefasto de su historia...

III - El "Siglo Oscuro" del Pontificado

"¿Qué parecería la Iglesia de Roma en esos días? ¡Cuánta infamia! ¡Solamente las todopoderosas cortesanas gobernando en Roma! Fueron ellas las que dieron, intercambiaron y tomaron obispados; y es horrible relatarlo, ellas tomaron amantes a los falsos papas y los pusieron en el trono de San Pedro".

Cardenal Baronio

Con la muerte del papa Nicolás I el Magno (858-867), el pontificado entra en uno de sus periodos más dramáticos. El Imperio dominado por Carlomagno se ha desgajado tras su fallecimiento, al repartirse entre sus ambiciosos vástagos. De este modo, la Iglesia y el Papado quedan indefensos, sin un poder imperial claro que pueda defender sus intereses. Este hecho tendrá terribles consecuencias a lo largo de un periodo que los historiadores han venido en llamar "el siglo oscuro del Papado", aunque realmente se trata de un margen de tiempo algo mayor a cien años.

Durante esta época, que veremos a continuación, los papas quedarán a merced de las grandes familias romanas,

que se disputan el control de la Ciudad Eterna y sus alrededores. A lo largo de estos años, los papas no serán más que simples títeres en manos de dichos nobles, y ocuparán el trono de San Pedro algunos de los personajes más indignos que uno podría imaginar.

Entre finales del siglo IX y el año 1000, buena parte de los papas desaparecieron de escena en "extrañas circunstancias". Algunos vilmente asesinados por sus sucesores, otros ejecutados por levantamientos populares, cuando no acaban horriblemente mutilados.

Un buen ejemplo de esta época convulsa es el papa Juan VIII (872-882), con quien podría decirse que comienza este oscuro periodo. En concreto, este Sumo Pontífice se vio envuelto en la peor de las traiciones, ya que se convirtió en víctima de la conspiración que en torno a él había urdido su propia familia, con la intención de eliminarle. Según recogen los *Anales de Fulda*, fue envenenado por los de su misma sangre. Para su desgracia, sus asesinos no calcularon bien la dosis de veneno correcta, y la muerte parecía no llegar nunca. De modo que para no esperar más, sus "amados" familiares decidieron acabar la faena a martillazo limpio...

1. FORMOSO (891-896), ESTEBAN VI (896-897) Y EL "CONCILIO CADEVÉRICO"

Como acabamos de ver, la situación en Italia a finales del siglo IX -al igual que en el resto de Europa- se asemejaba mucho a un polvorín a punto de estallar. Numerosos conflictos enfrentaban a distintos nobles, en pugna continua por territorios y coronas. Y es en esa delicada situación en la que se ve envuelto Formoso al llegar al trono de San Pedro.

El nuevo pontífice había nacido en Ostia -aunque hay otros autores que, por el contrario, señalan la propia Roma como lugar de nacimiento-, y en el año 864 fue nombrado obispo de Porto [18], bajo el mandato de Nicolás I. Poco después fue enviado a tierras de los francos, germanos y búlgaros en misión evangelizadora, realizando una gran labor en la conversión de nuevos fieles para la cristiandad.

Y así, finalmente, el hasta entonces obispo-cardenal de Porto acabó convirtiéndose en sucesor de Pedro en el año 891. Sin embargo, y por desgracia para él, además de la tiara papal Formoso heredó también los problemas de su antecesor...

Algunos años antes, en 855, el papa Esteban V se había visto amenazado por el empuje musulmán. Pidió ayuda a

todos los príncipes de la cristiandad, pero sólo un noble, Guido de Spoleto, acudió en su ayuda. Muy a pesar suyo, Esteban V se vio en la obligación de coronar emperador al noble de Spoleto como muestra de agradecimiento.

Cuando varios años más tarde Formoso se alzó en el trono pontificio, Guido acudió a él para que renovase su coronación y, de paso, asegurar la sucesión en su hijo Lamberto. Formoso, al igual que le había ocurrido a su antecesor, se vio obligado a colocar la corona sobre la cabeza de los Spoletos. A pesar de ello, Guido terminó invadiendo los Estados Pontificios y se apoderó de buena parte del patrimonio de la Iglesia.

Fue entonces cuando Formoso decidió pedir ayuda a Arnulfo de Baviera, quien llegó desde Germania y derrotó a Guido, que murió en el fragor de la batalla en el año 894. Su viuda, Agiltrudis, se hizo fuerte en Roma, pero tampoco pudo resistir durante mucho tiempo y sucumbió igualmente a las tropas de Arnulfo dos años después. En agradecimiento, el papa Formoso coronó emperador al guerrero germano. Poco después de la marcha del nuevo emperador a su patria, el 4 de abril del año 896 el trono vaticano quedaba vacante de nuevo. Formoso había fallecido.

Y es precisamente después de su muerte cuando

Formoso se convierte en protagonista del episodio más macabro y sorprendente de la historia del pontificado...

El horrendo sínodo del Cadáver

Tras la muerte de Formoso el escogido para sucederle es Bonifacio VI, un sacerdote que según las crónicas resultaba a todas luces indigno de ocupar el puesto y que, por lo visto, contaba en su historial el haber sido suspendido de sus distintos puestos en varias ocasiones. De cualquier modo, el destino no le ofreció siquiera la oportunidad de cometer un solo error, ya que la muerte le alcanzó -vía ataque de gota- a los quince días de ser elegido Papa.

Tras el brevísimo paréntesis de Bonifacio VI, el relevo fue recogido por Esteban VI, obispo de Anagni, que fue consagrado en mayo de 896. El nuevo Papa resultó ser un simple títere de la familia Spoleto, con Lamberto y Agiltrudis -hijo y esposa de Guido respectivamente- a la cabeza. Con un pontífice "amigo" en el trono pontificio, los Spoleto vieron llegada la hora de su venganza...

De cualquier modo, la familia italiana no tuvo que presionar a Esteban VI, quien gustosamente se dispuso a borrar para siempre el recuerdo de su antecesor, y puso en marcha el proceso más insólito y tétrico de cuantos

tuvieron lugar en la Edad Media.

Una escena digna del cine *gore*

El Papa, acompañado por unos Spoletto ciegos de rabia, ordenó que el cadáver de Formoso fuera exhumado para someterlo a un juicio sumarísimo por sus pecados. El cuerpo del Papa -que llevaba enterrado nueve meses- se encontraba en un avanzadísimo estado de putrefacción. Eso no supuso ningún impedimento para que, vestido con los ornamentos y vestimentas papales, fuera sentado ante el tribunal. Eso sí, tuvo que ser atado a la silla, pues el cuerpo inerte del pontífice se escurría continuamente de su asiento.

Las crónicas cuentan que el cadáver exhalaba un terrible hedor que revolvió las entrañas de los presentes, y su cráneo, prácticamente descarnado, miraba con las cuencas vacías a sus acusadores. Y así comenzó el concilio más espantoso y macabro nunca visto, que ha pasado a la posteridad como "Concilio Cadavérico". Entre los "pecados" de los que se acusaba a los pobres restos de Formoso estaban el de haberse dejado elegir obispo de Roma cuando ya era en ese momento la cabeza de otra diócesis -la de Porto- [19]. Paradójicamente, el servil Papa de los Spoletto se atrevió a acusar al cadáver de un pecado

que él mismo había cometido, ya que cuando fue consagrado Papa, Esteban VI era obispo de Anagni. Para más *inri*, éste había recibido el nombramiento de aquel a quien tenía delante, ahora convertido casi por completo en un esqueleto. Para esquivar semejante incongruencia, Esteban anuló todas las acciones de Formoso, y entre ellas la de su propio nombramiento como obispo.

Como es evidente, el cadáver de Formoso asistió en completo silencio a las acusaciones, insultos y gritos que le lanzaba su sucesor. Eso sí, aquellos que le juzgaron tuvieron la "deferencia" de situar a su lado a un diácono - que aguantaba como podía las arcadas producidas por el hedor de la descomposición- para que le representara, a modo de moderno "abogado de oficio".

Finalmente Formoso -como era previsible- fue declarado culpable y, no contentos con el escarnio al que le habían sometido después de muerto, le cortaron los tres dedos que utilizaba para bendecir y le arrastraron por el palacio. Después tiraron su cuerpo a una fosa común. La enfermiza mente del pontífice aún reservaba, sin embargo, una última acción. Volvió a exigir su exhumación y Formoso acabó en las aguas del Tíber [20].

Pero quizás el peor castigo, más grave que las vejaciones a un cadáver que, después de todo, ni sentía ni

padecía, fue la aplicación a Formoso de la llamada *Damniatio memoriae*, una práctica que ya se llevaba a cabo en la antigua Roma [21] y que consistía, ni más ni menos, que en borrar cualquier vestigio histórico del que lo sufría. En definitiva, el receptor de tal castigo y sus acciones eran borrados de la historia, como si nunca hubieran existido [22].

Aquel vergonzoso y denigrante comportamiento no iba a quedar sin su justo castigo. Semejante atrocidad era demasiado incluso para el pueblo romano, acostumbrado a todo tipo de crímenes y maquinaciones. Además, se dio otro hecho que vino a alterar aún más los ánimos de los romanos. Coincidiendo con el momento en el que los restos de Formoso eran arrojados al Tíber, la basílica de Letrán, que por aquel entonces cumplía también las funciones de residencia papal, se desmoronó. Aquello fue interpretado como una señal de enfado divino [23]. Meses después de la celebración del Concilio Cadavérico o Sínodo del cadáver, una multitud descontrolada - sabiamente aprovechada y dirigida por los defensores del papa Formoso- atraparón al pontífice y le llevaron a prisión.

Así, en agosto de 897 Esteban VI, quien un día se atrevió a profanar la tumba de un sucesor de San Pedro,

moría asesinado.

2. SERGIO III (904-911) EL COMIENZO DE LA PORNOCRACIA

Cierta ramera sin vergüenza llamada Teodora fue durante algún tiempo el único monarca de Roma, y -vergüenza da escribirlo- ejerció su poder como un hombre. Tuvo dos hijas, Marozia y Teodora, que no sólo la igualaron, sino que la sobrepasaron en las prácticas que ama Venus.

Liutprando de Cremona, Antapodosis, capítulo XLVIII.

En el mes de julio de 903, la cristiandad disfrutó de la consagración de un nuevo Papa, que tomó el nombre de León V. Pero este pobre hombre no dispuso de ocasión para demostrar su valía como pontífice, ya que apenas dos meses después, en septiembre, fue encarcelado por un usurpador, el presbítero de la iglesia de San Dámaso, que se autocoronó con el nombre de Cristóbal [24].

Lo que no podía imaginar este último era que él también acabaría con sus huesos en prisión, acompañando a León, cinco meses después. Ambos compartirían un mismo destino, al ser degollados por quien se convertiría en el siguiente Papa, otro pontífice indigno y terrible que tomaría el nombre de Sergio III.

Sergio había sido buen amigo del desequilibrado Esteban VI, el "desenterrador" de Formoso. Y como veremos, más o menos compartía con él la misma catadura moral. Este Papa posee el dudoso honor de haber iniciado una etapa papal que el cardenal de Cremona, Liutprand, bautizó como "pornocracia". Dicho término alude al hecho de que durante este periodo los pontífices resultaron ser, a todos los efectos, peleles manejados por ciertas mujeres que jugaron muy bien con las "cartas" de las pasiones personales.

Hasta su nombramiento, Sergio había sido obispo de Ceres y ostentaba además del título de conde de Túscolo. En realidad no era esta la primera vez que saboreaba las mieles del poder papal, ya que había sido elegido Papa en 897 por los enemigos del defenestrado Formoso -él mismo había tomado parte en el Sínodo del Cadáver y tras alcanzar el trono pontificio volvió a invalidar todas las decisiones tomadas por dicho Papa-, pero tuvo que ceder el trono a Juan IX [25], presionado por el poderoso y vengativo Lamberto de Spoleto. Sin embargo, una vez probado el dulce sabor del poder ya no pudo pensar en otra cosa que no fuera volver a sentarse en el trono pontificio. Fuese al precio que fuese. Por desgracia para sus antecesores el precio fue un bonito corte a la altura del

gaznate; pontificio eso sí, pero gaznate al fin y al cabo.

Sergio III regresó al trono papal gracias a las estrategias de Teodora, una noble romana esposa del autonominado cónsul, senador y duque Teofilacto. Teodora era una mujer ambiciosa, seductora y de mucho carácter. Su hija Marozia, como se verá más adelante, heredó las singulares cualidades de su madre, convirtiéndose en una de las figuras más importantes e influyentes de la época.

En el año 904, Teodora y Teofilacto consiguieron su objetivo, y obtuvieron la tiara para Sergio. Como avanzamos ya unas páginas atrás, Sergio regresó de su retiro, e hizo encerrar al antipapa Cristóbal junto a legítimo Príncipe de los Apóstoles, León V. Después de ser consagrado, el nuevo pontífice celebró un juicio contra sus antecesores, los declaró antipapas -al igual que a los demás pontífices que habían sucedido a su amigo Esteban VI- y ordenó que fueran ejecutados, cortándoles el cuello a ambos.

Poco tiempo después, Sergio no parecía tener suficiente con saborear las mieles del poder eclesiástico, por lo que buscó placeres más carnales, y retozó entre las sábanas pontificias con la joven Marozia, que había sido ofrecida al Papa por su madre.

Algunas fuentes -como el *Liber Pontificalis*, las

crónicas del obispo Liutprand de Cremona y autores más modernos- aseguran que Marozia quedó embarazada de Sergio y su vastago se convertiría años más tarde en el pontífice Juan XI, a quien también tendremos ocasión de conocer; otros estudiosos, por el contrario, creen más probable que dicho hijo fuera de Alberico I. De cualquier modo, es posible que este detalle nunca sea aclarado.

El pontificado de Sergio resultó tan nefasto debido a su personalidad corrompida que incluso el emperador de Oriente, León VI, le reprendió, recordándole que debía actuar bajo otra moral dado el privilegiado y santo puesto que ostentaba. Pero a pesar de la reprimenda, el Papa no le hizo ningún caso...

Sergio III tuvo también algunas -aunque muy pocas- actuaciones positivas. Gracias a él se volvió a levantar la basílica de San Juan de Letrán que, como ya explicamos, se vino abajo a causa de un temblor de tierra durante los terribles sucesos relacionados con la exhumación del cadáver del papa Formoso. Además, ordenó la fundación de la abadía de Cluny, que tan importante papel jugaría años más tarde.

3. JUAN X (914-928) EL AMANTE DE LA SENADORA

Sergio III falleció en el año 911, y tras él llegaron otros pontífices que fueron aupados a las alturas por los Teofilactos. En aquel momento el poder de Teodora había sido totalmente efectivo, por lo que jugó a su antojo con el trono papal y el control de la ciudad.

El sucesor de Sergio fue Anastasio III (911-913), que ya hizo algo destacable sobreviviendo durante casi dos años a la temible mano de aquellos nobles romanos. Tras su muerte -bajo la sospecha del envenenamiento-, tomó la tiara Landon, el hasta ese momento arzobispo de Rávena, que fue impuesto por Teodora.

Con este último Papa ya en la tumba, la conspiradora Teodora la Mayor volvió a poner en marcha sus juegos políticos y logró situar al mando del Vaticano a Juan de Tossignano, obispo de Bolonia y arzobispo de Rávena, y que a partir de ese momento sería conocido como el papa Juan X. Las malas lenguas -en este caso la del obispo Liutprand- aseguran, no sin rubor, que Teodora se había enamorado perdidamente del joven y apuesto Juan durante las constantes visitas de éste a la Ciudad Eterna. Y habría sido ella quién fue posicionando cada vez mejor al

muchacho. Primero como obispo, después arzobispo y, finalmente, hasta el trono de Pedro.

Con este nombramiento, por tanto, la noble romana podía tener cerca a su amante y disfrutar de él cuando le apeteciera. Lo que resulta igualmente grave es que con su nombramiento, Teodora había traído al que hasta entonces era obispo de Rávena al obispado de Roma, vulnerando así las mismas leyes canónicas que se habían utilizado de pretexto para juzgar al pobre cadáver de Formóse.

Mientras, con Sergio III ya fuera "de circulación", Marozia fue "regalada" en matrimonio a Alberico, marqués de Camerino y uno de los más valerosos guerreros que había en aquel momento en Roma. De este modo, aquellas dos hermosas y peligrosas féminas, Teodora la Mayor y su hija Marozia, aumentaron aún más su poder en Roma: controlaban al papado con la figura de Juan X, la nobleza mediante su marido y padre Teofilacto y al poder militar gracias a Alberico. Madre e hija habían instaurado su matriarcado, y eran ellas quienes elegían a papas y magistrados a su antojo.

Estos tres hombres sabiamente manejados por las dos bellas "senadoras", encabezaron un gran ejército frente al musulmán que amenazaba toda Italia, y obtuvieron una gloriosa victoria. Durante un tiempo, el propio Juan X dejó

el cetro pontificio y tomó la espada, elevando su filo contra los infieles sarracenos y mostrando gran valentía.

Los años siguientes suponen todo un enigma, ya que no disponemos de crónicas fiables que relaten lo ocurrido. Las siguientes menciones sobre el periodo nos informan que Alberico, Teodora y Teofilacto ya han fallecido, pero no explican en qué circunstancias. Sólo algunos rumores, bastante posteriores, apuntan la posibilidad de que Alberico quiso obtener más y más poder, por lo que acabó expulsado de Roma y asesinado.

La auténtica "papisa Juana"

Como advertirá el lector a través de las páginas siguientes, la auténtica protagonista de este periodo de la Iglesia -y de la historia de Roma- es Marozia, y no los sucesivos papas que se sucedieron en el palacio Laterano. En todo caso, éstos se convirtieron en simples víctimas de la "senadora". Lógicamente, Marozia no podía acceder de forma directa el trono de San Pedro, pero tampoco lo necesitaba. Esta brillante mujer, dotada de una gran inteligencia, supo explotar al máximo -al igual que había hecho su madre en su momento- sus mejores bazas: una hipnotizadora y sensual belleza, capacidad de seducción y, sobre todo, la debilidad de los hombres ante su habilidad en

la cama. Aquello era suficiente para asegurarse el control total.

En el año 926, y con Alberico ya criando malvas, Marozia contrajo nupcias de nuevo, esta vez con Guido, margrave de Toscana y hermanastro de Hugo de Provenza.

A estas alturas, el papa Juan se había convertido en una molesta presencia para Marozia. Nunca había sido de su agrado pero, muerta Teodora, su amante y protectora, había llegado el momento de quitárselo de encima. Además, Marozia ya tenía a sus dos hijos, Juan y Alberico, para seguir realizando con ellos sus juegos de poder. Viendo la amenaza que se cernía sobre su cabeza, Juan X buscó un aliado que lo defendiera. Viajó hasta Rávena y entabló conversaciones con Hugo de Provenza, a quien prometió la corona real a cambio de protección.

Por desgracia, el Papa había jugado tarde sus cartas. Como decíamos antes, Marozia se había casado con Guido, el hermanastro de Hugo, y se apoderó de la inexpugnable fortaleza de Sant' Angelo durante la ausencia del pontífice.

Tras regresar a Roma, Juan X consiguió burlar momentáneamente la conspiración que pretendía acabar con su persona, pero dos años después, a finales del año 928, la malvada Marozia hizo que encarcelaran al Papa [26]. Tras un año de terrible presidio, ordenó que alguien lo

asfixiara con una almohada.

Antes de que Juan X hubiera muerto, Marozia ya había elegido a su sustituto. En realidad, los dos próximos papas fueron simples fichas que cumplieron su papel a la perfección: ocupar el trono de Pedro mientras el hijo favorito de Marozia alcanzaba una edad razonable para alzarse como Príncipe de los Apóstoles.

El nuevo pontífice escogido por Marozia, León VI, había aprendido bien la lección tras conocer el fatal desenlace del anterior Papa, así que se comportó como un auténtico perrito faldero con la verdadera dueña de Roma y de la Iglesia. Sin embargo, aquella docilidad y servilismo le sirvieron de bien poco. Aquella pérfida y seductora mujer se cansó pronto de sus servicios, y en diciembre de aquel mismo año se lo quitó de en medio, utilizando para ello el asesinato.

Esteban VII (928-931) fue el elegido para ocupar un trono que, en los últimos tiempos, se había convertido en una auténtica "ruleta rusa". No hace falta tener mucha imaginación para entender que el gobierno de estos hombres tuvo que ser un auténtico tormento, temiendo que la espada de Damocles que pendía sobre sus cabezas cayera en cualquier momento en función de los caprichos de aquella mujer. Por este motivo es fácil entender que el

pontificado de Esteban, aunque algo más largo que el de su predecesor, estuviera igualmente marcado por la sumisión y el pánico a Marozia.

Sin embargo, a pesar de todas las precauciones, adulaciones y servilismos, la historia volvió a repetirse de nuevo... en febrero del año 931 los asesinos recibían el encargo de enviar al Papa directo al "reino de los cielos".

Tampoco escapó a las garras de la muerte el marido de la senadora. Una vez conseguidas sus ambiciones, Guido no le servía para nada. Así que se lo sacudió de encima como quien se libra de un molesto insecto.

Tras Esteban VII, por fin, subió al trono apostólico el hijo de la calculadora Marozia, aquel que según todos los indicios era fruto de sus pasados amores con el papa Sergio III.

4. JUAN XI (931-935), EL HIJO DE LA "CONCUBINA DE ROMA"

El nuevo pontífice, el vástago de la "concubina de Roma", como también se conocía a Marozia, fue consagrado con el nombre de Juan XI a los veinticinco años de edad.

Cubierto el trono de Pedro, Marozia se dispuso a buscar nuevo marido -ya lo dice el refrán: "A rey muerto, rey puesto...". La insaciable dama escogió a su nuevo compañero de cama: el afortunado no fue otro que el hermanastro de Guido, Hugo de Provenza, que había sido coronado rey por el papa Juan X.

Al parecer el de Provenza ya estaba desposado, pero aquello no supuso ningún problema para él. Es decir... que la mató. Sí era más problemático el hecho de que Marozia había estado casada con su hermano Guido, lo que en aquella época podía considerarse como un incesto si tomaba la mano de la romana. Pero aquello también tenía solución. Deseando compartir el lecho de aquella mujer con fama de insaciable, Hugo no dudó en mancillar el honor de su madre asegurando que Guido era bastardo.

Marozia, ¿la emperatriz?

Esta vez los planes de Marozia eran mucho más ambiciosos. La idea que tenía en mente suponía la culminación de sus maquinaciones e intrigas palaciegas y la llevarían directamente a lo más alto del poder. Y en esos planes jugaba un papel muy destacado su hijo, Juan XI. Como nuevo pontífice, Juan poseía el poder de coronar nuevo emperador. Y esa era la idea de Marozia: si el Papa coronaba emperador a su nuevo y flamante marido, el rey Hugo de Provenza, ella misma se convertiría en emperatriz.

Sin embargo, había alguien que no veía con buenos ojos aquella unión. Alberico II, el hijo de Marozia y del primer Alberico, había sido condenado desde pequeño al ostracismo en favor de su hermanastro, el ojito derecho de su madre, a quien desde un primer momento escogió para ser Sumo Pontífice. Ahora, con un nuevo padrastro que no dudaba en humillarle en cuanto tenía ocasión, el panorama se antojaba insoportable. De modo que, a pesar de su juventud -tenía en aquel entonces 18 años-, dio muestras de una gran valentía y decidió enfrentarse a toda su familia. Durante una fiesta, el joven derramó agua sobre su padrastro, y éste le abofeteó.

Tras escapar, Alberico hizo un llamamiento a los romanos para que se alzaran frente al tirano Hugo.

Según el cronista Liutprando, el aún adolescente

Alberico se manifestó de la siguiente forma a sus conciudadanos:

La majestad de Roma ha descendido tan bajo, que ahora obedece las órdenes de las ramerías. ¿Puede haber algo más vil que el que la ciudad de Roma sea llevada a la ruina por la impudicia de una mujer, y que aquellos que en otro tiempo fueron nuestros esclavos sean ahora nuestros amos? Si él me golpea a mí, su hijastro, cuando hace poco que ha llegado como invitado nuestro, ¿qué supondréis hará cuando eche raíces en la ciudad? [27].

El pueblo de Roma debió recordar al que había sido héroe de la ciudad, el padre del muchacho que ahora les hablaba, y aceptaron sus palabras. Inmediatamente, el gentío dirigió sus pasos hacia la fortaleza donde Marozia y su marido se cobijaban. Hugo pensó que la corona imperial no merecía la pena si no iba a coronar cabeza alguna, así que escapó para salvar el pellejo.

Alberico II, el salvador de Roma

Una vez expulsado el "monstruo", Alberico se nombró a sí mismo *princeps atque omnium Romanorum senator*, o lo que es lo mismo, "senador y príncipe de todos los romanos", puesto que ocuparía dando muestras de una gran sabiduría y valor durante 22 años (932-954), devolviendo a

la ciudad a un esplendor que no vivía desde la época imperial.

Como gobernante, una de sus primeras acciones consistió en encarcelar a su madre en las oscuras mazmorras de la fortaleza de Sant' Angelo hasta el fin de sus días, y mantuvo bajo arresto a su hermano, el Papa, en el Laterano. Juan XI murió en 936, y su hermano eligió a sus sucesores: León VII, Esteban VIII [28], Marino III y Agapito II.

Todos ellos fueron controlados por Alberico, quien les despojó por completo de su autoridad temporal. El pontífice -durante el mandato de Alberico- sólo tuvo potestad en asuntos espirituales, lo que convertía el puesto en poco apetecible a los ojos de aquellos que buscaban el poder que el Papa había ostentado durante largos años.

Un heredero "maldito"

Caprichos del destino, Alberico se caso con Alda de Vienne, hija de Hugo de Provenza. Fruto de aquel amor, nació el único hijo del príncipe de Roma, que recibió el nombre de Octaviano.

Desde muy joven, el heredero de Alberico fue educado en las artes de la guerra. Sin embargo, nunca mostró demasiada inteligencia, por lo que su cultura fue siempre

muy pobre. Aquel detalle se notaría durante el resto de su vida.

Cuando Octaviano era sólo un adolescente de 16 años, su padre contrajo unas traicioneras fiebres que le llevaron rápidamente a la agonía. Viendo que la formación de su hijo quedaba incompleta, quiso asegurarse de que tendría un buen futuro sucediéndole en el gobierno de la ciudad.

De modo que, antes de su muerte, Alberico II reunió a la nobleza y el clero romano, y durante un juramento solemne en la Basílica de San Pedro les hizo prometer que tras el fallecimiento del papa Agapito II, nombrarían a su hijo Octaviano como Príncipe de Roma y nuevo Vicario de Cristo. Quizá porque se sentían deudores ante aquel magnífico gobernante, las autoridades políticas y eclesiásticas aceptaron su propuesta. A partir de ese momento el poder temporal y el espiritual quedaron unidos de nuevo en una misma persona. Y así se hizo... por desgracia para Roma y para la historia.

5. JUAN XII (955-963), SATANÁS EN EL TRONO DE PEDRO

El 16 de diciembre del año 955, a los 18 años de edad, Octaviano obtenía por fin la tiara papal y adoptaba el nombre de Juan XII. Con él se instauraba la tradición -vigente hoy en día- de que el pontífice cambie de nombre al ser elegido. Pero además de Sumo Pontífice, el joven muchacho poseía también el poder político, ya que había sido nombrado príncipe tras la muerte de su padre. Para desgracia de la historia, el jovencísimo "papa-rey" heredó las peores facultades que habían demostrado poseer sus abuelos, la temible Marozia y el ambicioso Hugo. Por el contrario, no ocurrió lo mismo con la inteligencia y sabiduría que mantuvieron a su padre en el poder durante 22 años.

Todos los cronistas e historiadores coinciden en señalar que el nuevo Papa estaba más interesado en llevar a la práctica todas sus desviaciones sexuales que en el ejercicio del poder. Las "actividades" en las que empleaba su tiempo el inmaduro Papa eran tan lascivas, desviadas y pecaminosas que habrían hecho ruborizar incluso a su abuela. Entre otras muchas lindezas, Juan XII convirtió el palacio Laterano en un auténtico harén formado por las

damas más hermosas de la ciudad, y al que acudían a servirse los miembros de la nobleza de Roma además, claro está, del propio Papa.

Juan XII pasaba sus días entre aquel burdel, las carreras de caballos, las apuestas y la caza.

El obispo Liutprand de Cremona cuenta que el Papa "estaba tan ciegamente enamorado de una concubina que la hizo gobernadora de varias ciudades, y hasta le dio personalmente las cruces y las copas de oro de San Pedro".

El mismo Liutprand añade: "Ninguna dama honrada se atrevía a mostrarse en público, porque el papa Juan no tenía respeto por las muchachas solteras, mujeres casadas o viudas; era seguro que serían desfloradas por él, incluso sobre las tumbas de los Santos Apóstoles, Pedro y Pablo".

Según el libro *The Popes*, de Eric John, y el *Liber Pontificalis*, Juan XII no hacía ascos a ningún tipo de tendencia sexual, y además de las bellas mancebas "le gustaban también los adolescentes jóvenes, lindos y musculosos, a muchos de los cuales premió por sus proezas en la cama dándoles obispados selectos y muy provechosos".

Seguramente fruto de su inexperiencia y juventud, Juan XII tuvo algunas actuaciones "audaces". Jugando a guerrero y conquistador, intentó aumentar los territorios pontificios

mediante la conquista de Capua y Benevento, zonas pertenecientes a un señor feudal llamado Berengario. Como era previsible, a éste no le hizo ninguna gracia el atrevimiento del joven Papa, por lo que dispuso sus tropas en dirección a Roma, para darle un merecido escarmiento al pontífice.

Viéndose amenazado, Juan XII tuvo que pedir ayuda al rey germano Otón el Grande, a quien prometió la corona imperial si le sacaba del aprieto. Con aquel llamamiento de auxilio se recuperaba una antigua tradición de los tiempos de Pipino y Carlomagno, por la cual el pontífice solicitaba ayuda militar a los monarcas. Y así fue. Otón venció a Berengario y entró triunfalmente en Roma.

El 2 de febrero de 962 Otón I -acompañado por su mujer Adelaida- fue coronado emperador del Santo Imperio Romano. Durante su estancia en Roma, el Papa aceptó todas las exigencias de Otón. Los líderes romanos le habían rogado al emperador que exigiera al pontífice que cambiase su vida poco virtuosa y éste aceptó, al menos aunque fuese a regañadientes y por miedo a las represalias.

Además, el Papa también se sometió a una norma que establecía que el emperador tenía la última palabra en la elección de un nuevo sucesor de San Pedro y que éste debía jurarle fidelidad una vez elegido. A cambio, Otón I

reafirmó las gracias otorgadas por Pipino y Carlomagno en cuanto a las posesiones y territorios de los Estados Pontificios.

Sin embargo, una vez el recién coronado emperador inició el camino de vuelta a su patria, y en un gesto insólito, Juan XII comenzó a tramar en su contra con Adalberto -el hijo de Berengario-, los húngaros e incluso los bizantinos con la intención de eliminarle.

Pero Juan XII no tuvo buena suerte y los hombres de Otón interceptaron algunas de las misivas en las que el Papa le traicionaba abiertamente. El recién coronado emperador no daba crédito a lo que leían sus ojos. Pero así era. Aquel insolente y malcriado Papa había intentado traicionarle después de que él le había ofrecido su ayuda.

A pesar de todo, Otón demostró ser un hombre de honor -y también muy ingenuo-, y pensó que sería capaz de enderezar a aquel muchacho al que, por alguna extraña razón, había comenzado a mirar con cierto paternalismo. Así que por el momento decidió no actuar, esperando que Juan recapacitara y cambiara de actitud.

Pero aquella no fue una decisión acertada. Cuando llegó a oídos de Juan la aparente permisividad del emperador, el depravado pontífice aún dio más rienda suelta a su pecaminoso comportamiento.

Mientras tanto, Otón había decidido enviar al obispo Liutprand, que trabajaba para él como cronista oficial, a que vigilara la evolución del papa Juan. Cuando llegó a Roma quedó horrorizado y no tardó en regresar junto a su señor para informarle de lo que había visto. Otón no tuvo otro remedio que volver a la Ciudad Eterna para castigar al Papa.

Una venganza brutal

Así que Juan tuvo que huir como el cobarde que era para no ser castigado por el emperador a quien él mismo había coronado. Eso sí, se llevó consigo todo lo que pudo amasar del tesoro pontificio y se refugió en Tívoli.

Cuando Otón I llegó a Roma y encontró la ciudad sin pontífice decidió convocar un sínodo para juzgar al libertino Papa. Cincuenta obispos italianos y alemanes se reunieron en San Pedro y coincidieron en acusar a Juan XII de asesinato, simonía, perjurio, profanación de iglesias, adulterio, violación a peregrinas en la mismísima Basílica de San Pedro y de haber "invocado a dioses paganos y otros demonios". En lugar de acatar la decisión de aquel sínodo, el Papa rechazó su validez y como respuesta emitió una sentencia de excomunión contra los miembros presentes en la citada asamblea.

Finalmente los obispos contrarios a Juan, con el

consentimiento del emperador, acordaron su deposición el 4 de diciembre de 963, y dos días después eligieron como nuevo pontífice a León VIII, un laico [29] que hasta entonces había desempeñado el puesto de encargado general de los archivos pontificios.

Creyendo que ya había dejado todo atado y bien atado, Otón regresó una vez más a su patria, acompañado por la mayor parte de sus tropas. Sin embargo, algunos líderes romanos todavía eran fieles a Juan XII, y pusieron al pueblo en contra de los partidarios del emperador, alimentando los temores de que estaban bajo el mando de un monarca extranjero. En febrero de 964 Juan XII regresó a Roma buscando vengarse de los traidores que se habían aliado con el emperador. El papa León VIII pudo escapar a tiempo y salvó el pellejo, pero algunos de sus partidarios no tuvieron la misma suerte y sufrieron un horrendo castigo: al cardenal-diácono Juan fue castigado con la amputación de la mano derecha y el obispo Otgar de Speyer fue azotado en todo el cuerpo hasta abrirle las carnes. Peor parte se llevó, por lo visto, un alto funcionario, a quien Juan ordenó que le cortaran las orejas y la nariz...

Para aplacar sus inagotables ansias de venganza, Juan XII convocó un nuevo sínodo el 26 de febrero en el que fueron anulados todos los decretos del anterior, convocado

por sus adversarios. Además, el pontífice excomulgó a León VIII y a todos aquellos que le habían elegido. Baste decir que, el obispo de Ostia, que había consagrado al antipapa, fue despojado de sus dignidades de por vida.

Cuando Otón I se enteró de lo ocurrido, se puso de nuevo en marcha hacia Roma -imaginamos que hastiado ya de las impertinencias del pontífice- con la intención de darle su merecido al insolente Juan XII. Pero no tuvo ocasión de hacerlo.

Fiel a sus vicios y costumbres, el pontífice sufrió una parálisis mientras yacía junto a una dama desposada de nombre Stefanetta. Ocho días después se dirigía ya hacia las celestes puertas de San Pedro. Otra versión asegura, sin embargo, que el Papa murió a consecuencia de la brutal paliza que le propinó el marido deshonorado cuando los descubrió *in fraganti*... Si fue así, seguro que aquel marido engañado acabó convertido en un héroe por los romanos.

6. JUAN XIII (965-972)

Tras la muerte del nefasto Juan XII, y habiendo huido de Roma su sustituto León VIII, el pueblo eligió a un nuevo Papa, un sacerdote de gran cultura que tomó el nombre de Benedicto V. Sin embargo, poco después regresó León VIII acompañado por el emperador Otón y Benedicto fue juzgado y declarado usurpador en un sínodo, que le condenó a ser rebajado a diácono y desterrado a Hamburgo, donde murió dos años después.

Antes que él había fallecido ya León VIII y nuevamente obtuvo la tiara un favorito de Otón, Juan XIII. El recién nombrado Papa pertenecía también a la dinastía de los Teofilactos, aunque en este caso se trataba de un hijo de Teodora la Joven, hermana de Marozia. Por desgracia, aquella elección no gustó nada a los romanos y, tras asaltar el palacio de Letrán, el nuevo pontífice fue hecho prisionero por el prefecto de la ciudad, un tal Pedro. Juan XIII tuvo suerte y pudo huir a comienzos del año 966, y rápidamente acudió a protegerse bajo las "faldas" del emperador. A finales de año el Papa y su protector regresaron a Roma con la intención de castigar a sus enemigos. La venganza, como venía siendo habitual en los anteriores pontificados, fue terrible. A algunos

participantes en la revuelta les arrancaron los ojos, otros fueron ahorcados y a Pedro, el prefecto, lo colgaron por el pelo de una estatua.

7. BONIFACIO VII (974/984-985) EL ASESINO DE DOS PAPAS

Tras la muerte de Juan XIII en 972 su hermano Crescendo, que había sido nombrado duque por el mismísimo emperador Otón, poseía ya un poder nada desdeñable. En su mente rondaba la idea de conseguir el trono para su favorito, el diácono Franco. Por desgracia, todavía no era todo lo influyente que deseaba, así que tuvo que esperar en segundo plano su oportunidad, que no tardaría en llegar...

Mientras, el escogido para suceder al papa Juan fue el cardenal-presbítero de San Teodoro, que sería consagrado con el nombre de Benedicto VI. Poco después, en mayo de 973, llegó la ocasión para Crescendo y sus seguidores: el emperador Otón el Grande había fallecido. Su hijo, el jovencísimo Otón II, se estaba enfrentando a una grave situación en Alemania, así que Crescendo aprovechó que todo estaba a su favor. Secuestró a Benedicto VI y lo encerró en la fortaleza de Sant' Angelo. "Eliminado" el Papa, el diácono Franco, su favorito, se colocó de manera indigna la tiara pontificia. Su primera actuación como Príncipe de los Apóstoles consistió en ir hasta Sant' Angelo y, una vez allí, le rebanó el cuello a su antecesor.

Sin duda un buen comienzo para el que sería recordado en la historia como Bonifacio VII.

Pero no tuvo mucho tiempo para seguir cometiendo atrocidades. Seis semanas después del asesinato de Benedicto, el pueblo de Roma -asqueado e indignado por semejante crimen-, se levantó en armas contra el nuevo pontífice.

Temiendo ser apaleado y ajusticiado por la multitud, Bonifacio se refugió temporalmente en Sant' Angelo. Después consiguió escapar -llevándose consigo buena parte del tesoro de la Iglesia- y se trasladó a Constantinopla. Por desgracia para los romanos, aquella no sería la última vez que tendrían la ocasión de ver su rostro. Bonifacio sólo se había retirado temporalmente, a la espera del momento propicio para regresar y recobrar el lugar perdido.

El obispo de Sutri y conde de Túsculo, afín al emperador, fue el escogido para suceder al Papa legítimo asesinado por Bonifacio. El nuevo pontífice tomó el nombre de su legítimo antecesor, y pasó a llamarse Benedicto VII. Tras un digno papado de nueve años falleció en julio de 983.

La sede pontificia estuvo vacante varios meses hasta que en el mes de diciembre fue designado Pedro

Canepanova, obispo de Pavía e igualmente partidario del emperador. Pero Juan XIV -ese es el nombre que escogió-, tuvo mala suerte. Apenas unos días después de su consagración, Otón II, el joven emperador que le protegía falleció, dejándole completamente desamparado.

Aquella era la ocasión que el terrible Bonifacio VII estaba esperando desde hacía diez largos años. Su paciencia se había visto recompensada por un capricho del destino, y en cuanto tuvo noticia de la muerte de Otón II se puso en marcha, camino de la Ciudad Eterna. Bonifacio alcanzó las murallas de Roma en abril de 984. Con la ayuda de Crescendo II [30], volvió a repetir la misma jugada que ya había empleado con Benedicto VI: encerró al papa Juan en el castillo-fortaleza de Sant' Angelo, cuyos muros habían sido testigos ya de numerosos encierros de personajes notables. En esta ocasión Bonifacio no quiso mancharse las manos de sangre, y escogió un final más cruel para Juan XIV. En agosto de ese año, el verdadero Papa moría de hambre tras varios meses de cautiverio.

A pesar del asco y odio que generaba entre el pueblo romano, Bonifacio VII consiguió ocupar el trono de San Pedro por espacio de un año. Hasta que en verano de 985 le llegó su hora. En junio de aquel año recogió lo que había estado sembrando durante toda su vida. Murió asesinado y

recibió un humillante pero ejemplar castigo: desnudaron su cadáver, que antes había sido terriblemente mutilado, y lo arrastraron por las calles de Roma. El tirano había sido depuesto...

8. GREGORIO V (996-999), EL VENGADOR

Al antipapa Bonifacio VII le siguió el pontífice Juan XV, que fue elegido por Crescendo II y ocupó el trono durante once años, dejando tras de sí un reinado caracterizado por la codicia y el favoritismo hacia sus familiares y amigos. Tras morir en el año 996, Otón III - que en aquel momento tenía sólo 16 años- designó como Papa a su primo Bruno, que era capellán de la corte imperial. Veinte días después de ser consagrado, Gregorio V devolvió el favor a su pariente, y colocó sobre su cabeza la corona de emperador.

El nuevo Papa padeció los mismos problemas que sus antecesores. Una vez que Otón III abandonó Roma, Crescendo II regresó a la ciudad, causando la huida del Papa a finales de ese mismo año. Poco después escogía a un nuevo Príncipe de los Apóstoles:

Juan Filagato, obispo de Piacenza. Filagato, bajo el nombre de Juan XVI, tuvo la genial idea de intentar enemistar a las tropas griegas contra el joven emperador. Este, al igual que tuvieron que hacer años atrás los primeros "Otones", su padre y su abuelo, regresó a Roma con la intención de poner las cosas en orden y castigar a los sublevados. Y a pesar de su juventud, a Otón III no le

tembló la mano al hacerlo. Crescendo y los nobles que le habían prestado su apoyo tuvieron suerte y fueron decapitados y sus cadáveres expuestos como escarmiento para el populacho en la fortaleza de Sant' Angelo. Digo que tuvieron suerte porque, visto lo que más tarde le ocurrió al antipapa Juan XVI, cualquiera hubiera deseado seguir el destino del ambicioso y arrogante Crescendo.

Juan XVI había logrado escapar en un principio, pero acabó siendo detenido por los soldados del emperador. Es muy posible que éstos estuvieran ya cansados de tanto ir y venir, y decidieron aplicarle un castigo ejemplar: primero le sacaron los ojos, costumbre que como ya hemos podido ver anteriormente parecía agrandar mucho en aquella convulsa época; después le cortaron la nariz de un tajo y finalmente hicieron lo mismo con las orejas y la lengua...

Con ese horrible aspecto, con las cuencas vacías y las fosas nasales al descubierto, el usurpador fue llevado ante Gregorio V. Éste le despojó de los atributos pontificios y, para mayor escarnio, lo subieron de espaldas a un burro y lo pasaron por toda la ciudad. Aunque parezca increíble, Juan todavía sobrevivió quince años más, que los pasó encerrado en un monasterio. Como puede verse, el legítimo Papa no contaba entre sus virtudes con la piedad, el perdón ni la misericordia...

De cualquier forma Gregorio V no llegó a ver el nuevo milenio. El 18 de febrero de 999 pasaba a mejor vida. Unos dicen que por culpa de la malaria tan frecuente en aquellos días, y otros que murió "gracias" a la acción de un potente veneno...

IV - Los Papas del año 1.000

1. SILVESTRE II (999-1003), EL PAPA MAGO

Tras la muerte de Gregorio V, el emperador Otón III eligió nuevo Papa al parecer aconsejado por el abad de Cluny, Odilón. El afortunado fue Gerbert d'Aurillac, quien tomaría el nombre de Silvestre II. Gerbert había nacido en la región francesa de Auvernia [31] a mediados del siglo X, y realizó sus primeros estudios en el monasterio de Aurillac. Sin embargo, pronto viajó a España, concretamente a Cataluña, para estudiar matemáticas y ciencias naturales. Después visitaría otros lugares de la península, incluso aquellos bajo dominio musulmán, donde también adquirió valiosos conocimientos de los sabios árabes.

El ya entonces brillante muchacho llamó la atención del obispo Attón de Vich. Este lo llevó en el año 970 a Roma, donde el papa Juan XIII le presentó al emperador Otón II. A partir de ahí su carrera fue fulgurante. Se convirtió en afamado profesor en Reims, y en el año 983 fue nombrado abad del monasterio de Bobbio. Tras perder el obispado de Reims frente a Arnulfo, hijo de Lotario, en 996 se retiró a

la corte de Otón III, donde fue acogido con gran simpatía y amabilidad. El propio emperador le nombró arzobispo de Rávena y, poco después le subió hasta el trono de San Pedro, el 2 de abril del año 999.

Sin embargo, Silvestre II tuvo la mala suerte de vivir también tiempos difíciles en todos los sentidos. Además de lidiar con las numerosas supersticiones que atemorizaban a buena parte de la población por la proximidad del año 1000, que se relacionaba con el fin del mundo, el Papa tuvo que enfrentarse a los seguidores del partido nacionalista autónomo que había dirigido el difunto Crescendo II y que se oponían a la autoridad del Vicario de Cristo.

De este modo, en el año 1000 Silvestre II se vio amenazado por los romanos, y tuvo que pedir ayuda al emperador Otón III. Este acudió para auxiliarle e intentó poner las cosas en orden, castigando al pueblo que se había sublevado. Sin embargo las cosas no resultaron tan fáciles como había imaginado, y ambos, pontífice y emperador, tuvieron que huir juntos al norte. Cuando llegaron desde Alemania las tropas que Otón había solicitado, intentó en vano recuperar el control de Roma. Sin embargo todo fue en vano, y tuvo que guarecerse, acompañado por Silvestre, en el pequeño castillo de Paterno. Allí le alcanzó la parca. El Papa le administró la extremaunción, y el 23 de enero de

1002 Otón III dejó este mundo.

Este Papa fue un erudito y a él debemos, por ejemplo, la introducción en el mundo cristiano de los números árabes, los que utilizamos todos hoy en día. Era además un auténtico sabio en materias como la astronomía, la astrología y las matemáticas, conocimientos estos que habría adquirido durante sus visitas a Córdoba y Sevilla, donde conoció a los mayores genios árabes del momento. Junto a estos conocimientos ortodoxos, el papa Silvestre poseía otros que le valieron el apodo de "papa mago". De hecho, sus contemporáneos llegaron a difundir la leyenda o rumor de que Silvestre había alcanzado tal grado de conocimiento por sus tratos con el diablo.

Lo cierto es que tanto el *Liber Pontificalis* como otras obras mencionan extraños episodios que parecen evidenciar que el pontífice "del año 1000" poseía conocimientos que iban más allá de lo puramente ortodoxo. Según el Liber, Silvestre había diseñado, "utilizando secretos árabes, una cabeza fundida en cobre en el momento en que los cuerpos celestes estaban al principio de su curso". Dicha cabeza, según el libro de los Papas, tenía la misión de servirle en todo lo que el pontífice deseara. Además, tenía la virtud de contestar afirmativa o negativamente a las preguntas que se le

planteaban, y era capaz de prever el futuro de los que se hallaban presentes.

Oficialmente, el papa Silvestre falleció en el año 1003 víctima de la malaria o incluso -según otras versiones-, asesinado. Sin embargo, existe una tradición, quizás originada en esa vasta sabiduría que algunos atribuían al diablo, según la cual la muerte le llegó de otra forma, y antes de la cual habría realizado una extraña confesión. Según dicha versión, Silvestre II se encontraba celebrando una misa en el templo de la *Santa Croce*, en Roma, cuando comenzó a sentirse muy mal. Advirtiéndole que se estaba muriendo, pidió que lo tumbaran en el suelo de la capilla de Jerusalén y confesó a los cardenales que, cuando era sólo un adolescente, había tenido un encuentro con el mismísimo diablo, con el que habría realizado un pacto. Siguió confesando que había seguido tratando con el maligno a lo largo de su vida y pidió que su cadáver fuera transportado en un carro tirado por dos muías, y que fueran éstas las que decidieran dónde debía ser enterrado, al detenerse en algún punto. Así fue enterrado en la basílica del Luterano.

Hoy en día todavía persiste una tradición, que volvió a estar de actualidad durante la agonía de Juan Pablo II, según la cual el cenotafío que recuerda a Silvestre II se humedece

cuando el Papa en el poder está a punto de morir. Sin embargo, al menos que se sepa, el monumento siguió seco antes y tras la muerte de Karol Wojtyła.

En la actualidad los historiadores coinciden en señalar que, casi con total seguridad, los rumores y leyendas sobre el "lado oscuro" de Gerbert d'Aurillac proceden de su fascinante sabiduría y, en especial, de sus desavenencias políticas con algunas facciones del pueblo romano. De hecho, un cronista contemporáneo, Bennó d'Osnabrué, intentó desprestigiar al sucesor de Silvestre asegurando que el nuevo pontífice había sido discípulo del "papa mago", y que al igual que éste había tenido tratos con Satanás.

¿Qué ocurrió con la supuesta "cabeza parlante" de Silvestre II? ¿De dónde surgió aquella extraña historia? Resulta difícil contestar a estas cuestiones. Algunas versiones aseguran que la cabeza "mágica" fue destruida tras la muerte del Papa. Otras mantienen que pasó de mano en mano e incluso acabó siendo propiedad de Roger Bacon.

Lo cierto es que la descripción del busto parlante y su supuesta vinculación con el diablo nos hacen recordar a otra efigie similar, el *baphomet*, un ídolo en forma de cabeza que habrían adorado los caballeros del Temple. De hecho, se sabe que los miembros de la citada Orden honraban la memoria de Gerbert, y en alguno de sus

documentos se incluía una alusión a la "Iglesia del verdadero Cristo en tiempos del papa Silvestre...".

2. JUAN XIX (1024-1032)

Su nombre era Romano, y era el hermano de su antecesor en el pontificado, Benedicto VIII. Ambos eran descendientes de la despreciable familia de Teofilacto, Marozia y demás prole. Y de nuevo, aquellos genes corruptos volvieron a hacerse notar...

Romano era un laico que, al ser un hijo de los condes de Túsculo, ostentaba ya el poder político de Roma. Al igual que ya sucediera con el antipapa Constantino II, y con León VIII, el 4 de mayo de 1024 se le otorgaron de una sola vez todas las órdenes sagradas, convirtiéndose en el nuevo Príncipe de los Apóstoles. Eso sí, el nombramiento no le salió barato. Pero él no tuvo inconveniente en pagar moneda a moneda el gran puesto que el destino le había reservado. Además, ¿qué importaba un desembolso como ese, aunque fuera muy grande, si una vez en el trono podría recuperar con creces lo invertido? Por ejemplo, poniendo a la venta los puestos eclesiásticos.

Sus enfrentamientos con el patriarca de Constantinopla aumentaron aún más la cada vez mayor brecha entre las Iglesias de Oriente y Occidente. De hecho, a partir del reinado de Juan XIX, Constantinopla dejó de incluir el nombre de los pontífices romanos en los Dípticos, todo un

símbolo de desunión.

En marzo de 1027 el infame Juan XIX coronó emperador a Conrado II. Este, aunque parezca increíble, tuvo que encargarse de los asuntos eclesiásticos que el Papa ignoraba olímpicamente.

Si con Juan XIX papado y simonía se convirtieron en sinónimos, con su sucesor, su sobrino Teofilacto -futuro Benedicto IX-, la cosa sería aún mucho peor.

3. BENEDICTO IX (1032-1045), EL PAPA QUE REINÓ TRES VECES

Ni antes ni después hubo en Roma tanto latrocinio, tantos crímenes ni tanto incesto, tanta depravación. Aquel niño-papa era un degenerado congénito.

Antonio Ramos-Oliveira, *Los Papas y los emperadores*.

Si pensaba el lector que la mezquindad y maldad del ya lejano papa Juan XII eran imposibles de superar, este otro Papa surgido de su misma sangre fue, sin lugar a dudas, un serio competidor en cuanto a pecados cometidos por un Vicario de Cristo.

Como ya hemos dicho, era sobrino de Benedicto VIII y Juan XIX. Fue su padre, Alberico III, quien le compró, literalmente, el trono de San Pedro, al sobornar a los miembros de la curia. Con él, el pontificado volvió a los peores días de la pornocracia. Al parecer habría ascendido al trono pontificio siendo muy joven. Algunos estudiosos mantienen que tenía sólo 12 años en el momento de ser consagrado, mientras otros consideran que lo más probable es que su edad estuviera en torno a los 18. De cualquier forma, lo que es seguro es fue un Papa muy joven... y

libertino.

Apenas seis meses después de su consagración, sus enemigos urdieron un complot para acabar con su vida. Pensaron que la única forma de darle muerte sería durante la celebración de una misa en la Basílica de San Pedro. Allí era mucho más vulnerable. Así que los conspiradores esperaron hasta un día festivo y se dispusieron a acabar con él asfixiándolo y escapar aprovechando la confusión. Pero ocurrió algo que no esperaban. Justo cuando se disponía a cometer el magnicidio, el Sol se debilitó de pronto, y las tinieblas se cernieron sobre la ciudad.

El monje franciscano Raoul Glaber [32] describió así el oportuno eclipse:

Hacia la hora sexta del día ocurrió allí un eclipse de Sol que duró hasta la octava hora. Todos los rostros tenían la palidez de la muerte, y todo lo que podían ver estaba bañado en los colores amarillo y azafrán.

Los enemigos de Benedicto se acobardaron -quizá tomaron el fenómeno como una señal de enfado divino- y no se atrevieron a terminar el trabajo. Así que el joven pontífice pudo seguir haciendo de las suyas.

En los años siguientes, Benedicto se dispuso a superar -en depravación sexual- a su lejano pariente y colega en el trono de San Pedro, Juan XII. Desiderio de Montecassino,

un cronista medieval que más tarde llegaría a ser papa - Víctor III- se sintió avergonzado al relatar determinados pormenores de la vida del Papa.

Los crímenes y pecados de este papa-adolescente incluían asesinatos, adulterios, robos a los peregrinos que visitaban las catacumbas de los santos mártires y un sinfín de desviaciones.

Resulta irónico -por ser suaves- que la Iglesia haya sido a lo largo de la historia tan reprimida y represora con sus fieles en materia sexual cuando incluso entre sus más altos dirigentes -como Juan XII, el propio Benedicto IX o el papa Borgia, a quien dedicaremos un extenso capítulo más adelante- ha demostrado poseer una larga cantera de excelentes y prolíficos amantes.

Tres años después de aquel intento de asesinato, el joven Benedicto tuvo que enfrentarse a otro levantamiento popular en su contra, en esta ocasión incluso más grave, por lo que tuvo que poner pies en polvorosa. Siguiendo el ejemplo que ofrecieron papas anteriores, Benedicto IX corrió en busca de ayuda y la encontró en el rey Conrado de Alemania. Éste ansiaba obtener la corona imperial y en aquellos momentos se dirigía a Italia para conseguirla. El Papa le salió al paso y poco después regresaba a Roma con la confianza de verse protegido por los temibles aceros de

las espadas alemanas.

Sintiéndose a salvo, Benedicto disfrutó apaciblemente de sus excesos durante dos años. Aquel fue, sin duda, una de las peores épocas de la Ciudad Eterna. El pontífice dilapidó las riquezas de la Iglesia en fiestas y prostíbulos, y las calles se convirtieron en un infierno en la tierra donde abundaban los más variados crímenes, asesinatos y violaciones.

Pero las cosas volvieron a cambiar cuando las tropas alemanas dejaron la ciudad. Se produjo de nuevo un levantamiento y Benedicto se vio obligado a escapar una vez más, refugiándose en Tusculum. Mientras, un obispo llamado Juan tuvo el atrevimiento de erigirse papa bajo el nombre de Silvestre III. Sólo estuvo en el cargo tres cortos meses, ya que Benedicto regresó acompañado por soldados tusculanos, y tuvo que escapar de Roma.

Sin embargo, Benedicto estaba cansado de la vida de pontífice y, además, se había encaprichado de una bella muchacha. Pero dado el puesto que ocupaba, debería renunciar al cargo si quería casarse con ella. Aquello le puso en un dilema, ya que perder el papado suponía perder también los ingresos que ello conllevaba. De modo que encontró una solución intermedia: vendería el cargo. Y por supuesto, hubo quien estaba dispuesto a pagar la cantidad

acordada. Su padrino, Giovanni Gratiano [33], arcipreste de San Juan de la Puerta Latina, se rascó los bolsillos y compró la tiara por 1.500 libras de oro.

Gratiano tomó el nombre de Gregorio VI en el mes de mayo de 1045 y su ahijado Benedicto prometió retirarse definitivamente y dejarle dirigir la Iglesia con tranquilidad. Pero el pobre Gregorio, seguramente armado de buenas intenciones, pudo hacer muy poco ante el lamentable estado en que habían dejado el pontificado sus antecesores. Las arcas papales estaban vacías, y los criminales campaban a sus anchas por Roma y los alrededores. Los peregrinos eran asaltados por ladrones en cualquier lugar, y despojados de sus pertenencias.

Mientras Gregorio se veía angustiado por tales problemas, Benedicto IX regresó a Roma, cansado y aburrido de su nueva vida en las montañas. Para colmo de males, también hizo su aparición el antipapa Silvestre III, manteniéndose en Roma junto a sus tropas. Ahora la Ciudad Eterna "disfrutaba" de la inigualable presencia de tres pontífices, y ninguno de ellos era capaz de imponerse a los otros.

En esta situación, los romanos acabaron por perder la paciencia y optaron por la menos mala de las soluciones: correr para avisar al emperador Enrique III y que él

solucionara aquel molesto problema. El 20 de diciembre de 1046 Enrique llegaba a Roma acompañado por sus temibles tropas. Pero Benedicto no le iba a dar la oportunidad de atraparlo y escapó como un cobarde a las tierras de Túscolo. El emperador organizó un sínodo para solucionar la situación y decidir el destino del papado. El antipapa Silvestre III fue condenado y llevado a prisión. Gregorio VI, más noble y honesto que sus "contrincantes", abdicó él sólo y se exilió al extranjero, acompañado por su fiel amigo, el monje Hildebrando.

Enrique III decidió coronar como Papa a un candidato de su gusto, que tomó el nombre de Clemente II. Sin embargo, en cuanto las tropas alemanas abandonaron Roma, Benedicto IX regresó una vez más y, tras eliminar a Clemente, aprovechando el odio antiimperial de los romanos, permaneció en el poder durante ocho meses. El emperador regresó de nuevo, esta vez para eliminar al indigno Papa de una vez por todas, pero éste había huido nuevamente, y esta vez para siempre.

Nunca más se supo de él o de su destino final.

V - Llegas las "Santas Cruzadas"

1. URBANO II (1088-1099), LA PRIMERA CRUZADA: ¡DIOS LO QUIERE!

En el año 1095, una multitud inquieta esperaba junto a la iglesia de la localidad francesa de Clermont. En su interior, cardenales, obispos, nobles y el mismísimo papa Urbano II celebraban un Concilio cuyas decisiones iban a cambiar para siempre el curso de la historia... Una vez acabadas las deliberaciones, el pontífice se asomó a la rebosante plaza y, en medio de un gran silencio, proclamó:

Lo que nos ha reunido aquí es el inminente peligro que os amenaza, no sólo a vosotros, sino a todos los fieles. De los confines de Jerusalén y de la ciudad de Dios... han invadido las tierras de aquellos cristianos y las han despoblado con la espada, el pillaje y el fuego [34].

Urbano II continuó su discurso enumerando los atroces delitos cometidos por las hordas turcas: la profanación y saqueo de iglesias, la violación de mujeres y el asesinato y tortura de los hombres. Explicó además, de manera explícita, algunas de las supuestas salvajadas cometidas por los infieles, que incluían hacer un agujero en el ombligo y,

tras sacar parte del intestino, se ataba a un palo y se hacía correr al sufrido cristiano, de modo que se le salían las tripas por completo...

El pontífice terminó su exaltada arenga animando al populacho: "¿A quién, pues, incumbe vengar estas injurias y recobrar estas tierras sino a vosotros? Tomad el camino del Santo Sepulcro, arracad aquellos lugares del poder de esa malvada raza y queden bajo vuestro dominio...".

El pueblo, enfervorecido por el discurso del pontífice, contestó con gritos unánimes: *Dieu U volt!* -"¡Dios lo quiere!". Este sería, a partir de ese mismo momento, el grito de guerra "oficial" contra el enemigo infiel. Urbano estableció además que todos los cristianos que participaran en la lucha santa debían llevar sobre su manto o túnica el símbolo de la cruz. Dicen las crónicas que muchos de los presentes hicieron jirones con sus ropas y, en ese mismo momento, improvisaron una cruz sobre sus vestimentas.

Así nacía la Primera Cruzada, y miles de personas abandonaron la vida que llevaban hasta ese momento para unirse y dirigirse hacia Ultramar [35].

Origen de las Cruzadas

El germen de la Primera Cruzada surgió de la amenaza existente contra Constantinopla por parte de los turcos

selyúcidas. En el año 1071, éstos habían derrotado a un poderoso ejército bizantino durante la batalla de Manzikert, y después iniciaron una imparable marcha hacia Asia Menor que despojó a Bizancio de más de la mitad de sus posesiones.

Estos hechos llevaron al emperador Miguel VII a pedir ayuda a la cristiandad de Occidente dos años después, en 1073, cuando apenas habían transcurrido veinte años desde la separación de las iglesias de Occidente y Oriente. El entonces papa Gregorio VII atendió amablemente a los emisarios enviados por el emperador, pero no pudo satisfacer sus peticiones ya que él mismo se enfrentaba a graves problemas causados por los adversarios de la reforma de la Iglesia.

Mientras, los turcos continuaban imparables su avance contra los dominios de Bizancio. Otro emperador, Alejo Comneno pidió de nuevo ayuda al pontífice correspondiente, Urbano II, destacando la necesidad de arrojar al peligroso islam de los territorios tradicionalmente cristianos.

Fue así como, finalmente, Urbano decidió convocar el Concilio y poner en marcha todos los preparativos para ayudar a Bizancio y liberar los Santos Lugares. Es evidente que, además del motivo piadoso de recuperar Jerusalén y el

resto de territorios sagrados, el papa y los nobles que participaron en la Cruzada tenían también en mente las inmensas riquezas que les esperaban en Ultramar.

La "Cruzada de los Pobres"

Urbano II y los nobles organizaron una expedición oficial, formada por tropas de distintos territorios. Sin embargo, hubo otra "cruzada", más popular, organizada por Pedro, un ermitaño de Amiens. Pedro el ermitaño logró convocar a miles de personas, especialmente franceses y alemanes, que siguieron sus arengas. Se calcula que unas 50.000 personas -familias enteras incluidas- secundaron la llamada del ermitaño. Pero las ansias de liberar al mundo de los infieles se escapó de las manos de Pedro de Amiens, convirtiéndose en una matanza descontrolada. En Alemania, algunos aspirantes a cruzados pensaron que la mejor forma de entrenarse e ir probando sus aceros pasaba por eliminar a los judíos de ciudades como Maguncia, Spira o Worms. Y así lo hicieron... Miles de judíos fueron linchados en Colonia, a pesar de que el arzobispo de la ciudad intentó evitarlo cobijándolos en su propio palacio [36].

Las atrocidades no quedaron ahí. Durante el camino, los miembros de la "cruzada del pueblo" consideraron que los ricos labriegos de Hungría también tenían aspecto de

infiel, así que mataron a cuatro mil de ellos en un sólo día, y expoliaron sus posesiones. Los que sobrevivieron, eso sí, tomaron justa venganza mientras los cruzados dormían al calor de las hogueras, y envenenando los pozos cercanos arrojando reses muertas en su interior.

Pese al "arroyo" y el fervor mostrado por los cruzados de Pedro el Ermitaño, el duro y peligroso camino que tenían por delante pudo con muchos de ellos. La gran mayoría sucumbió a las enfermedades y el cansancio, y sólo unos pocos alcanzaron Constantinopla en el año 1096. Alejo Comneno, el emperador, vio que aquella descontrolada turba podía ser peligrosa, así que se los quitó rápidamente de encima embarcándolos en dirección a Asia Menor, donde los turcos dieron buena cuenta de ellos con gran facilidad. La llamada "Cruzada del Pueblo o de los pobres" había sido un completo y absoluto desastre...

No ocurrió lo mismo con la Cruzada "oficial", organizada por el papa Urbano II y los nobles cristianos. En 1097, las tropas francesas, alemanas, flamencas, provenzales, sicilianas y normandas confluyeron en Constantinopla. A finales de ese mismo año ya habían recuperado para Alejo los territorios de Asia Menor, y los cruzados se dirigieron al sur para conquistar en beneficio propio las grandes ciudades de Edessa, Antioquía y Trípoli.

La sangrienta toma de la Ciudad Santa

La plaza más importante, Jerusalén, tuvo que esperar un poco más. Hasta que el 15 de julio de 1099, tras un asedio de cinco semanas, los guerreros cristianos comandados por Godofredo de Boullion y su hermano Balduino de Bolonia entraban a la fuerza en la Ciudad Santa.

En medio de un calor sofocante, los musulmanes que defendían Jerusalén observaron incrédulos una insólita escena. Tras realizar oficios en el Monte de los Olivos, desarmados y haciendo sonar trompetas, los cruzados iniciaron una procesión solemne en torno a las murallas de la Ciudad Santa [37]. Como es lógico, aquel sorprendente gesto no tenía ninguna probabilidad de éxito. La procesión ceremonial pretendía reproducir el prodigio bíblico de Josué, cuando, siguiendo las instrucciones de Yavé, el celoso Señor de los Ejércitos de Israel, consiguió derribar milagrosamente las altas y orgullosas murallas de Jericó.

En el caso de los cruzados, el rito no obtuvo el mismo resultado. Sin embargo, sí alimentó su fiera determinación. Los ejércitos cristianos construyeron torres improvisadas y se lanzaron al asalto de la ciudad. El 15 de julio una avanzadilla comandada por Godofredo de Boullion y su hermano consiguió aproximar su torre a la muralla para

tender un puente y traspasarla. Eran apenas medio centenar de hombres, pero lograron llegar a una de las puertas y permitieron la entrada del grueso de la tropa.

Una vez abierta la brecha, los cruzados se lanzaron -ahora sí-a reproducir el drama de Jericó. Bajo el Sol de fuego se entregaron a una matanza inmisericorde. No bastó el degüello de los defensores. Imitando la hazaña de Josué, los cruzados se entregaron a una masacre feroz de la población, sin distinguir musulmanes de judíos, ni hombres armados de ancianos, mujeres y niños de pecho. No fue esta la victoria de un amable y dulce Jesús, sino la de un cruel y vengativo Yahvé bíblico, que reiteradamente había ordenado el genocidio sistemático de los pueblos asentados en Palestina, sin respetar sexo ni edad.

El cronista Raymond d'Aguilers dejó constancia por escrito de aquella terrible escena:

Incontables sarracenos fueron decapitados; otros fueron sometidos a tormento durante días, para entregarlos finalmente a las llamas. En las calles se amontonaban las cabezas, las manos y los pies cortados, y apenas se podía avanzar sin saltar sobre cadáveres de caballos y seres humanos...

Además de estas atrocidades, los cronistas también relatan cómo los cristianos abrían en canal los cadáveres de

los musulmanes, para comprobar si, como se decía, había oro en su interior. Al no encontrar tan preciado material, decidían consolarse asando su carne, que los textos describen como "más sabrosa que la de la pavo con especias".

Aquel gusto por tan exótica "gastronomía" no fue algo exclusivo de la toma de Jerusalén. El año anterior, tras el asedio y la posterior toma de la ciudad de Maarat (Siria), los cruzados habían dado muestras de ser unos imaginativos *gourmets*. Así lo relató el cronista Raoul de Caen en sus textos:

En Maarat, los nuestros cocían a los paganos adultos en las cazuelas, ensartaban a los niños en espetones y se los comían asados.

Si alguien duda de la veracidad de tales sucesos, sólo tiene que consultar las propias misivas enviadas por los oficiales cristianos a la Santa Sede [38].

Un hambre terrible asaltó al ejército en Maarat y lo puso en la cruel necesidad de alimentarse de los cadáveres de los sarracenos.

No se puede culpar directamente al papa Urbano II de todas estas tropelías, pero sin duda el ofrecimiento de la indulgencia plenaria -el perdón de todos los pecados cometidos hasta el momento- a quienes participaran en la

"santa y justa" contienda atrajo a todo Upo de criminales, asesinos y personajes de la más variada calaña [39]. Todos ellos encontraron el lugar y la excusa perfecta para liberar sus más bajos instintos en nombre de Dios y la cristiandad. De lo que sí se puede culpar a Urbano ü, quien más tarde sería hecho santo por la Iglesia, es de haber iniciado una serie de contiendas que causaron la muerte a decenas de miles de personas, cristianos y musulmanes, en nombre de una "causa justa".

El no vivió lo suficiente, sin embargo, para saber que la Cruzada que había organizado culminó con éxito su misión, la conquista de la Ciudad Santa de Jerusalén.

Las otras Cruzadas

Si la Primera Cruzada pudo considerarse todo un éxito, no podemos decir lo mismo de las siguientes acciones emprendidas por las tropas cristianas en años posteriores. Si en la primera acometida los cristianos parecieron contar con la ayuda "celestial", dicho apoyo se esfumó en lo venidero.

En 1187, Saladino y su ejército recuperaron Jerusalén para el islam, tras una victoria a los cristianos en la batalla de Hattin. A pesar de los esfuerzos de Ricardo Corazón de León de Inglaterra, noble y valeroso guerrero, la Tercera

Cruzada no consiguió expulsar a los infieles de la ciudad de Jerusalén.

La Cuarta Cruzada (1202-1204) fracasó estrepitosamente, como la Quinta, a pesar de la participación de Luis IX de Francia. Los condados y principados cristianos se desmoronaron tras el fin del Reino de Jerusalén. Antioquía cayó en 1268, Trípoli en 1289, y con la derrota de los templarios en Acre (1291), tocó a su fin la presencia militar europea en los territorios de Ultramar...

2. INOCENCIO III (1198-1216) EL INICIO DE LA CRUZADA "ANTICÁTARA"

Pero además de las que tuvieron como escenario a Tierra Santa, hubo otras cruzadas que fueron igualmente sangrientas e injustas. Dos de las más importantes tuvieron lugar -una en Francia y la otra en Constantinopla- durante el pontificado del Vicario de Cristo que conoceremos a continuación.

Lotario di Segni llegó al mundo en la localidad de Anagni en el año 1160. Cuando era sólo un muchacho, inició los estudios de teología en la Universidad de París, que más tarde completaría con los de derecho en Bolonia. Pero además de una sólida formación, Lotario tenía otras "virtudes" que le empujarían hasta la silla de san Pedro años más tarde.

En especial, fue su tío, el papa Clemente III (1187-1191) quien le abrió las puertas del éxito, al concederle la distinción púrpura en 1189, cuando tenía sólo 29 años. Fue también gracias a él que dispuso de una inmejorable escuela sobre las intrigas y los entresijos de la curia, lo que le sería de gran ayuda una vez consagrado Papa.

Esto último ocurrió en 1198, y decidió adoptar el nombre de Inocencio III. Poco después de tomar el poder,

el nuevo pontífice se lanzó a restaurar la autoridad papal en Roma y los Estados Pontificios. La mejor forma de protegerse ante posibles agresiones era adueñándose de los territorios colindantes, y así lo hizo.

Sin duda alguna, durante su gobierno el poder del Papa llegó a sus cotas más altas, e Inocencio no dejó pasar ninguna oportunidad para dejarlo bien claro. En cierta ocasión, con motivo de una misiva al patriarca de Constantinopla, Inocencio se expresó en estos términos: "Cuando Jesús dijo a Pedro 'Apacienta mis corderos', no le pidió sólo que guiara su Iglesia, sino que gobernara todo el Universo". ¡Ahí es nada...! Inocencio III quiso dejar muy claro que la autoridad del Papa estaba por encima de cualquier hombre, fuera este monarca o emperador. Proclamó una bula papal, *De contemptu mundi*, donde plasmaba toda su doctrina teocrática: como representante de Dios sobre la tierra, el papa tiene poder sobre cualquier hombre, rey o emperador, y posee la potestad de coronar o deponer a su antojo.

Al igual que algunos de sus antecesores en el trono, Inocencio también quiso pasar a la historia como un Papa promotor de Cruzadas, y liberador de Tierra Santa. Así que no dudó en predicar la Cuarta Cruzada (1202-1204), que en un principio tenía como finalidad el ataque contra

territorios egipcios. Sin embargo, los venecianos - auténticos patrocinadores de aquella empresa- desviaron las tropas y se dirigieron a Constantinopla, provocando una de las mayores atrocidades en nombre de Dios -en este caso del dios dinero- que se recuerdan. En un principio Inocencio condenó aquella descontrolada acción, pero luego decidió aprovecharla para intentar la sumisión de la Iglesia griega.

La masacre de los hombres buenos

Pero sin lugar a dudas, el suceso más célebre vinculado con el derramamiento de sangre motivado por las decisiones de Inocencio III tuvo lugar en territorio francés.

Ya desde el momento de su elección, el Sumo Pontífice emprendió una clara política destinada a imponer la supremacía de la Iglesia frente a las diversas herejías que amenazaban a la "verdadera" doctrina.

A mediados del siglo XII había comenzado a destacar de forma especial una "nueva" herejía en diversas partes de Europa, aunque con mayor fuerza en varias regiones del sur de Francia, y que acabaría cobrando especial importancia ya entrado el siglo XIII: el catarismo.

Pero antes de adentrarnos en los sucesos históricos que ocurrieron en el sur francés, y en los que jugó un papel

principal el papa Inocencio III y sus inmediatos sucesores, es necesario que conozcamos, aunque sea brevemente, las bases del pensamiento cátaro.

En realidad la herejía catara, aunque medieval, sentaba sus bases muchos siglos atrás, en tierras de Oriente. Su origen parece estar en el zoroastrismo, una de las creencias más antiguas que se practicaron en Oriente Próximo. Podemos seguir su rastro en el maniqueísmo surgido siglos después, hacia el siglo III a.C., cuando el persa Maní gestó una nueva filosofía heredera del zoroastrismo. El maniqueísmo supuso un peligro para el cristianismo primitivo, aunque también influyó en buena medida a la hora de alimentar y desarrollar algunas de sus creencias. Incluso el célebre filósofo san Agustín, uno de los mayores teólogos que ha dado el cristianismo, bebió en sus inicios - aunque más tarde lo rechazara- de los preceptos maniqueos.

Tras la definitiva imposición del cristianismo y su adopción como religión oficial del Imperio Romano, el maniqueísmo y otras corrientes gnósticas parecieron ir diluyéndose, aunque en realidad su semilla seguía germinando lentamente en algunos lugares. Y es así como en la Baja Edad Media empiezan a despertar nuevamente estas ideas, y aparecieron los llamados bogomilos [40],

herederos de aquella doctrina, que se extendieron rápidamente por los territorios del Imperio Bizantino a principios del siglo XI. Ya entonces sufrieron la persecución de Roma, y muchos de ellos acabaron quemados en la hoguera por herejes. Cuando algún tiempo más tarde el territorio de la actual Bulgaria -donde también tenían una importante presencia- se desgajó del imperio de Bizancio, sus líderes declararon el credo católico como oficial, y los bogomilos que allí vivían sufrieron una nueva y cruenta persecución.

Oprimidos por la intolerancia, aquellos hombres tuvieron que emigrar forzosamente, y comenzaron un nuevo periplo que les llevó a tierras de Occidente a finales del siglo XI. Y así se establecieron en territorios europeos como la Lombardía (Italia) y especialmente el Languedoc, que sería el escenario de los hechos que relataremos un poco más tarde.

Y fue así como esta filosofía fue extendiéndose por dichos territorios, muchos de cuyos habitantes fueron adoptando de buena gana aquella creencia.

Como explica Jesús Avila Granados [41], la nueva doctrina tuvo una gran aceptación en esas tierras debido especialmente a dos elementos: la Iglesia de la época era extremadamente rica, y sus mandatarios y ministros no

predicaban con el ejemplo. Además, el feudalismo del momento suponía una tiranía sobre el campesinado, la clase más pobre y perjudicada.

La doctrina cátara

Los seguidores de esta herejía comenzaron a ser conocidos como albigenses -debido a que muchos de ellos se encontraban reunidos en la ciudad de Aibí-, aunque a sí mismos preferían llamarse cataros -del griego *kazaros*, "puro"-.

Los cataros defendían la existencia de dos principios supremos: el Bien, creador de los espíritus, y el Mal, creador de todo lo material.

A partir de esta dualidad, el cátaro admite un mundo de mezcla en el que las almas celestes, seducidas por el Principio o ángel del Mal, se encuentran aprisionadas por la materia de la que no podrán salir, sino a través de sucesivas purificaciones en una incesante reencarnación [42].

Tras la muerte, el alma se ve liberada de esa terrible cárcel que es el cuerpo material, y será trasladada al reino celeste por el propio espíritu.

Los *Bons Hommes* -"hombres buenos"-, como también se conocía a los cataros, aborrecían el consumo de carne y

lácteos, carecían de bienes y no podían guerrear ni jurar. Estas prohibiciones se daban especialmente en el caso de los *Perfectos*, cataros en los que, según su creencia, el espíritu había tomado dominio del alma durante la vida terrena. El resto de cataros -denominados *Creyentes*- no habían alcanzado todavía ese grado, por lo que no se veían sujetos a normas tan estrictas, pudiendo comer carne y poseer bienes privados, además de que se les permitía la unión matrimonial y las relaciones sexuales. Lo que sí compartían tanto *Perfectos* como *Creyentes* era el rechazo a la matanza de animales, la pena de muerte y la guerra.

En lo doctrinal, los cataros no creían que Jesús fuera un Dios, ni tampoco que hubiera muerto realmente en la cruz, ya que aseguraban que era en realidad un ángel con cuerpo aparente y por lo tanto no podía morir. Esto excluía su supuesta resurrección. Sí aceptaban, por el contrario, que tras el nacimiento de Jesús la humanidad se había visto liberada del principio del mal. A pesar de estas peculiaridades doctrinales, los cataros se consideraban cristianos -"buenos cristianos"- y leían el Nuevo Testamento.

Sin embargo, eran muy críticos con la Iglesia Católica y su poder temporal y con todos aquellos sacramentos materiales y su imagería de cruces y esculturas, y la

consideraban la "gran Babilonia, la cortesana, la basílica del diablo y sinagoga de Satán" [43].

Sin duda, ese fue para Roma el punto más inaceptable de toda la herejía catara...

El enfrentamiento

Como ya hemos dicho, la nueva filosofía recibió una buena acogida en la región occitana. Esta zona del sur de Francia, que fue casi con total seguridad la más culta de la época, disfrutó además de una especial permisividad por parte de los señores feudales de la zona. Y en ocasiones algo más que eso, como ocurría con Raimundo IV de Toulouse, que se hacía acompañar siempre de un grupo de Perfectos por si necesitaba que éstos le administraran el *consolamentum* [44] en momentos de peligro. Otros miembros de la nobleza, como las damas Esclaramunda y Filipa, hermanas de Ramón Roger de Foix, fueron conocidas defensoras y practicantes de la doctrina de los hombres buenos.

Es en este contexto en el que comienzan las primeras actuaciones de la Iglesia frente a la cada vez más influyente herejía.

En 1119, el papa Calixto II proclamó la celebración de un Concilio en Toulouse, cuya finalidad era la de condenar

aquella incómoda e insultante herejía. De aquel Concilio surgieron las primeras persecuciones contra los cataros, y fue la primera ocasión que tuvo un Papa de mancharse las manos con la sangre de los albigenses. Sin embargo, la represión no tuvo el efecto esperado. Más bien ocurrió todo lo contrario, ya que, al igual que había sucedido con los primeros cristianos, aquella persecución sirvió para reforzar aún más su fe en sus creencias.

La siguiente iniciativa vino de la mano del papa Eugenio III. En 1145 envió a su legado, el cardenal Alberico de Ostia, para que pusiera fin al desarrollo de la herejía en el Languedoc. Tampoco tuvo éxito, por lo que hubo de recurrir a la ayuda del célebre fundador del Císter, san Bernardo de Claraval. El santo viajó hasta la zona con la intención de convencer a los herejes que sus creencias eran equivocadas. Lo máximo que consiguió fue una promesa de que regresarían a la ortodoxia, pero aquello no se cumplió...

Algunos años más tarde, en 1163, el papa Alejandro III convocó un Concilio en la ciudad de Tours, donde hizo especial referencia al "problema" cátaro [45]. Allí se organizaron las primeras medidas, y los obispos de la zona recibieron la orden de anatemizar a todos aquellos que dieran cobijo a los "terribles" herejes.

Durante los años sucesivos, la Iglesia envió nuevas misiones para atajar el problema, pero los cataros eran testarudos y de firmes convicciones, y no estaban dispuestos a ceder ante aquellas presiones llegadas desde la corrupta Iglesia de Roma. Hasta que Inocencio III llegó al poder en 1198...

El nuevo pontífice encomendó a los monjes cistercienses -encabezados por Fierre de Casteinau, Raoul de Fonfroide y Arnaud Almaric- que acabaran con los cataros mediante la predicación, aunque su empeño cosechó escasos éxitos.

Más tarde, entre 1203 y 1205, son los españoles Domingo de Guzmán [46] y Diego de Osma los elegidos para continuar la tarea. Estos eligieron la predicación y el debate directo con los *Perfectos* cataros, acompañando su discurso de un aspecto de austeridad y pobreza, que creían más afín a aquellos herejes. Incluso llegaron a organizar charlas con la intención de dejarlos en ridículo dialécticamente y traerlos de vuelta al "redil". Pero todo fue en vano. Paralelamente, se había intentado convencer a los señores feudales para que actuasen con mano firme contra la herejía, pero la mayoría, como Raimundo IX, se negaron a ello.

Comienza la Cruzada

No sabemos si esta situación se habría prolongado durante mucho tiempo más, pero lo cierto es que un oscuro suceso vino a desencadenar los hechos, dando lugar a una terrible barbarie. Fierre de Casteinau, el legado pontificio, fue asesinado en 1208, después de que tratara de convencer -sin éxito- al noble Raimundo VI de Toulouse de que iniciara una cruzada contra sus vasallos cataros. Todavía hoy existen dudas acerca de la autoría del crimen, y algunos autores han llegado a sugerir que el asesinato pudo ser inspirado por la propia Iglesia o por nobles del norte para servir de excusa a la acción armada.

De cualquier modo, aquella muerte supuso el detonante definitivo para que el Papa decidiera abandonar la salida pacífica y diplomática y se decantará por la vía de las armas.

Inocencio III llamó a la Cruzada al rey de Francia y los nobles del norte, además de a todos los obispos y arzobispos. El Papa prometió a aquellos que participasen en ella el derecho de saqueo, por el cual podrían quedarse con las tierras de los vencidos, además de beneficiarse de las habituales indulgencias plenarias. De modo que la guerra contra los herejes cataros no sólo despertó el fervor religioso, sino también el material, ya que la Cruzada era

una oportunidad perfecta para los señores y nobles del norte de adueñarse de las tierras más ricas del sur francés.

Y así fue como la sangre bañó aquellas tierras... En verano de 1209 un numeroso contingente [47] de cruzados alcanzó las tierras del Languedoc. La leyenda ha atribuido al legado pontificio, el cister-ciense Arnaud Amalric la célebre frase: "Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos", en respuesta a la pregunta de uno de los cruzados que quiso saber cómo iban a reconocer a los católicos de los herejes.

Si no fue exactamente así, debió ser algo muy parecido, ya que unas 30.000 almas se perdieron durante el saqueo de Béziers el 20 de julio de aquel año. 7.000 de ellas fueron asesinadas durante la quema de la iglesia de la Magdalena. Después los cruzados se abandonaron a una orgía de sangre, destrucción y saqueo, hasta que no quedó nadie a quien atravesar con el acero de las espadas.

Tras la barbarie de Béziers, el segundo bastión cátaro en sufrir el azote de los cruzados fue la ciudad fortificada de Carcassonne. Aunque no ofreció tantas facilidades como la anterior población, finalmente los ejércitos convocados por Inocencio III y dirigidos por el noble Simón de Monfort, acabaron alzándose con la victoria tras un penoso asedio. La ciudad se rindió, pero los cruzados no

cumplieron con el trato acordado y, tras arrasar aquellas tierras, los nobles del norte se repartieron la "tarta" a su antojo.

El terror no terminó allí. Las tropas de Monfort, acompañadas por el no menos sangriento y despreciable Arnaud Amalric, siguieron cometiendo atrocidades allí por donde pasaban. Ya entonces comenzó una práctica que se institucionalizaría tiempo después: la quema de herejes en grandes hogueras.

De modo que el cátaro que no tenía la "suerte" de perecer atravesado por una espada, acababa muriendo entre terribles tormentos. En la localidad de Minerve, en el año 1210, fueron consumidos por el fuego justiciero 140 cataros. Sesenta más perdieron la vida en idéntico castigo en Cassís, y 400 aullaron de dolor abrasados por las llamas en la población de Lavour.

En 1213, durante la batalla de Muret, perdía la vida a manos de las tropas de Monfort el rey Pedro II de Aragón, que había acudido en defensa de sus parientes. Poco después caería Toulouse...

El siguiente gesto de Inocencio III se produjo en 1215, con la celebración del IV Concilio de Letrán, el más importante de los medievales, y que representó la máxima expresión de la teocracia pontificia. Allí se produjo la

condena definitiva del catarismo, además de confirmarse la confiscación de las posesiones del conde Ramón IV de Toulouse y la condena de la doctrina mística de Joaquín da Fiore...

Un año después, en 1216, Inocencio III dejó este mundo. Su sustituto, Honorio III, continuará la terrible labor iniciada por su antecesor en la cruzada contra los cataros.

3. HONORIO III (1216-1227) y GREGORIO IX (1227-1241) EL NACIMIENTO DE LA INQUISICIÓN

Inocencio había muerto, pero la lucha continuó en el Languedoc bajo el mandato de Honorio III, a pesar de las iniciales derrotas de los señores del lugar. Tras el paso a mejor vida de Inocencio, la región catara comenzó a recuperarse y se subleva. Jaime I, el hijo del fallecido Pedro II de Aragón, decidió prestar parte de sus tropas a Raimundo VI. Gracias a esta "inyección" de contingentes se consiguió la reconquista de Toulouse en 1217. Un año más tarde fallecía el sanguinario Simón de Monfort durante el asedio a esta ciudad, víctima del proyectil lanzado desde una máquina de asalto, y con su muerte Occitania comenzó a disfrutar de un breve descanso.

Se consigue recuperar Carcassone en 1224 gracias a las fuerzas de Raimundo Trencavel, y los Perfectos pueden regresar a sus anteriores actuaciones. Incluso pueden permitirse el lujo de celebrar un concilio cátaro en la ciudad de Pieuse en 1226. Sin embargo, aquella victoria inicial iba a durar poco tiempo...

Ese mismo año se inició una contraofensiva cruzada, con la ayuda del monarca francés Luis VIII. Al año siguiente muere también el papa Honorio, tomando el

relevo pontificio Gregorio IX. Y así se llegó al tratado de Meaux, que acabó con la doblegación del nuevo conde de Toulouse, Raimundo VII en Notre-Dame de París. Raimundo tuvo que plegarse también a otra condición, la de la unión matrimonial de su hija Juana con Alfonso de Poitiers, hermano del monarca Luis IX -futuro santo-. Con esta maniobra la nobleza occitana quedaba bajo el dominio del norte francés. El conde tolosano todavía tuvo que ceder en algo más, y juró combatir y perseguir la herejía en sus territorios. El conflicto armado había llegado a su fin...

Nace la "santa" Inquisición

Pero a pesar de los litros de sangre inocente derramada en el campo de batalla, la Cruzada no consiguió erradicar definitivamente el catarismo en el sur de Francia. En realidad casi había conseguido lo contrario, ya que ahora los herejes aparecían como víctimas y mártires ante los ojos de buena parte del pueblo. Aunque ya no tenían a la aristocracia para apoyarles, los cataros siguieron predicando, si bien a partir de ese momento se vieron obligados a hacerlo desde la clandestinidad, y defendidos por grupos de hombres armados.

Así comienza una auténtica caza de herejes. En 1228 se había formado una "inquisición secular", en la que se

ofrecía un beneficio económico de dos marcos a aquel que capturase a un hereje. Un año después el concilio de Toulouse da lugar a la Inquisición episcopal. Finalmente, en 1231 el papa Gregorio IX proclamó la bula *Ule Humani Generis*, fechando el inicio oficial para el nacimiento de la Inquisición, la cual quedó confiada a la recién nacida Orden de los dominicos.

Y así, aquella "policía" de la Iglesia comenzó a llevar a cabo sus terribles prácticas, persiguiendo sin descanso a todo hereje cátaro que caía en sus manos. La sede inquisitorial se estableció en la amurallada Carcassone, y fue allí donde durante mucho tiempo se llevaron a cabo las más atroces torturas contra los herejes.

Pero ni siquiera el Papa había previsto que sus elegidos actuaran con tal dedicación, entrega y "amor" hacia el trabajo, ya que las hogueras aparecen allá donde se fije la mirada. Gregorio IX se vio en la necesidad de hacer que cada dominico estuviera acompañado de un franciscano, de modo que templara los ánimos del primero. Lo que traducido al "cristiano" viene a decir que uno iba a interpretar el papel de "poli" bueno, y otro el de "poli" malo. Así las cosas todos los cataros clandestinos que eran detenidos por los inquisidores pasaban con rapidez a manos de las autoridades seculares, que eran las encargadas de

llevar a cabo la ejecución, ya que la Iglesia, evidentemente, no podía "manchase las manos de sangre".

El celo mostrado por algunos inquisidores fue tan exagerado que llegaron a realizarse exhumaciones de condenados que ya habían fallecido y que estaban enterrados. En 1234, por ejemplo, un inquisidor quiso proceder a la quema de varios herejes ya fallecidos, por lo que exigió a las autoridades de Aibi que procedieran a la exhumación de los cadáveres. Pero aquello era demasiado, y los señores de la ciudad se negaron a participar en la macabra ceremonia; ante la negativa, el inquisidor procedió con la ejecución por cuenta propia y, pala en mano, desenterró a los acusados.

Y las hogueras continuaron. En 1239, doscientos cataros perecían en las llamas encendidas en Mont-Aimé, en la Champaña. Y tres años después tuvo lugar otra atrocidad que pasaría también a la historia. A pesar de las persecuciones, algunas fortalezas continuaban resistiendo a las embestidas de la Iglesia y la Inquisición. Una de ellas, el mítico castillo de Montségur había demostrado ser un buen refugio, y tras sus muros se ocultaban todavía un buen número de *Perfectos*. Allí se había establecido la sede de la Iglesia catara y en sus cercanías tuvo lugar un desafortunado suceso que causaría su final. Algunos

caballeros cataros apresaron al inquisidor Guillaum Arnaud, que se encontraba por la zona en busca de nuevas víctimas. Así que en justa venganza por los crímenes cometidos contra ellos, aquellos caballeros acabaron con su vida.

La ofensa no podía quedar sin su justo castigo, por lo que pronto comenzó un asedio a la fortaleza que se prolongó por espacio de un año. Hasta que finalmente, los últimos cataros que allí se refugiaban se vieron obligados a capitular y rindieron el castillo. Los 225 hombres que habían logrado sobrevivir perecieron entre las llamas de una nueva hoguera. En la actualidad todavía puede visitarse un monumento conmemorativo en recuerdo de aquellas víctimas, y el lugar se conoce todavía hoy como *El Pla dels Cremats* o "Campo de los quemados".

Pero aún quedaba una última fortaleza por tomar, la de Quéribus, que se había convertido así en el último bastión de los cataros. Tampoco tuvo un final mucho mejor. Las tropas del norte se impusieron por las armas, y el sitio cayó finalmente en 1255.

Los escasos cataros que sobrevivieron a la cruzada y a la posterior caza de herejes optaron por huir de la región. Algunos tomaron el camino de Italia, mientras otros escaparon en dirección a la Península Ibérica, atravesando

los Pirineos, y recorriendo lo que se conoce como el *Camí del Bons Homes* [48] o "Camino de los Hombres Buenos". Muchas veces los cataros escapaban por esta ruta con ayuda de caballeros templarios [49], también establecidos en la región del Languedoc. Los templarios jamás participaron en la cruzada contra los albigenses y, de hecho, tuvieron siempre una actitud positiva hacia los cataros, cuando no de abierto auxilio.

Y así, tras la caída de Quéribus, terminó la vergonzosa historia del exterminio de aquellos "hombres buenos". Aquella cruzada iniciada por el papa Inocencio III y continuada por sus inmediatos sucesores se había cobrado, según las estimaciones, cerca de un millón de vidas humanas...

VI - El camino hacia Aviñón

1. CELESTINO V (1294), EL PAPA EREMITA QUE DIMITIÓ

La de Celestino V es, sin duda, una de las historias más conmovedoras, llamativas y a la vez terribles de la historia del pontificado.

Tras la muerte del papa Nicolás IV (1288-1292), la elección de un nuevo pontífice se hizo esperar. Durante espacio de dos años, el trono de san Pedro estuvo vacío. La causa se encontraba en los intereses de cuatro facciones distintas, encarnadas por los Orsini, los Colonna, Carlos II de Anjou y la parte más espiritualista de los franciscanos que, con su enfrentamiento, imposibilitaban la elección de un nuevo Vicario de Cristo. Las dos grandes familias aspiraban a ver dignificados sus apellidos con la elección de un familiar; Carlos II buscaba la designación de un Papa que le permitiera llevar a cabo fácilmente sus pretensiones: entre ellas, la reconquista de Sicilia; por su parte, los franciscanos -que representaban a la mayor parte de la cristiandad-, querían a un hombre santo verdaderamente preocupado de los asuntos del alma, y no de la política y las

conjuras mundanas.

El de Anjou intuyó que el candidato franciscano se adaptaba perfectamente a sus pretensiones: un hombre santo, ajeno a las intrigas, sería más fácil de manipular a voluntad. Así, con el apoyo de Carlos II de Anjou, los franciscanos lograron finalmente elegir a su favorito. El pobre anciano, alejado del mundo, ni siquiera podía imaginarse lo que estaba a punto de venírsele encima. Pero, ¿quién era el elegido para gobernar los designios de toda la cristiandad?

Pietro Angelari de Murrone, había nacido en Isernia -Apeninos Italianos-, en el seno de una familia humilde. Siendo todavía un adolescente ingresó en la Orden de los benedictinos y su recogimiento espiritual le llevó a hacerse eremita en el desierto del monte Maiella, entre los Estados Pontificios y la región de Nápoles. Llevó una vida ascética, teniendo la costumbre de ayunar a diario -exceptuando los domingos-, y cuatro veces al año tenía por costumbre someterse a una penitencia de cuarenta días, tres de los cuáles los pasaba únicamente a pan y agua. Ya en aquella época causó la admiración en numerosos monjes, y fueron muchos los que quisieron seguir su ejemplo, por lo que fundó la Orden de los Celestinos, que fue aprobada por Urbano IV en 1264.

Ese era el hombre a quien tuvieron que encontrar los cardenales encargados de anunciarle la feliz noticia. Y digo encontrar porque los prelados tuvieron que escalar una de las cumbres de los Abruzas para dar con él. Finalmente, cuando alcanzaron el lugar en el que se guarecía Pietro desde hacía medio siglo, apenas pudieron entrever, a través de una pequeña abertura, un rostro barbudo y demacrado y escuchar una voz que les rogaba que se dejaran de bromas pesadas. En un principio Angelan se negó a atender sus peticiones, pero los cardenales insistieron, recordándole los grandes servicios que había prestado a la Iglesia, la congregación de benedictinos que había creado... Nada de lo anterior parecía persuadirle, hasta que los encargados de su búsqueda mencionaron acertadamente una profecía secular que anunciaba a un misterioso papa "angélico". Le señalaron la curiosa coincidencia de que él, precisamente, se apellidaba Angelari.

Finalmente el anciano eremita cedió, y decidió acompañar a los emisarios. Poco después entraba, montado en un asno a la manera de Jesús el Domingo de Ramos, en la ciudad de Aquila, donde fue consagrado nuevo pontífice con el nombre de Celestino V.

Carlos II de Anjou no quiso esperar para comenzar su juego político y comenzó a mover sus fichas: convenció al

recién nombrado Papa de que estaría más seguro y protegido junto a él, en Nápoles. Poco a poco Carlos II fue manipulándole, y días después logró que Celestino nombrara doce cardenales, todos ellos amigos del monarca y, siete de ellos, de nacionalidad francesa. También le urgió a que nombrara un nuevo obispo de Toulouse; casualmente, el propuesto por el monarca para ocupar el cargo no era otro que un joven llamado Luis, hijo del propio Carlos II.

El pobre Celestino comprendió en seguida el juego al que estaba siendo sometido. Pronto se sintió incapaz de corresponder como era debido a las exigencias de su cargo: el trono de san Pedro le quedaba realmente grande. Además echaba terriblemente de menos su vida anterior y, para colmo de males, muchas noches, mientras rezaba en su humilde celda, Celestino escuchaba una voz que decía ser la del Altísimo y que le instaba a renunciar a su cargo [50]. Finalmente, agobiado por la presión y deseoso de volver a su tranquila vida de eremita, el 13 de diciembre de 1294 Celestino V leyó, ante todos los cardenales reunidos, su acta de abdicación [51], una decisión tomada por: ...el deseo por humildad, por una vida más pura, por una conciencia inmaculada, las deficiencias de mi fortaleza física, mi ignorancia, la perversidad de la gente, el anhelo de mi vida anterior...

Once días más tarde, el 24 de diciembre de 1294, la cristiandad "disfrutaba" ya de un nuevo Papa: el cardenal Gaetani, que había ayudado al anterior pontífice a redactar su renuncia, era designado sucesor bajo el nombre de Bonifacio VIII.

Pero el pobre Celestino, pese a sus íntimos deseos, no pudo regresar a su plácida y sencilla vida anterior. El nuevo pontífice, temiendo que los partidarios de Celestino no aceptaran la abdicación y acabara convirtiéndose en antipapa, no lo dudó ni un momento, y para desolación de éste ordenó que se trasladara con él hasta Roma para tenerlo así controlado. Sin embargo, el anciano eremita logró escapar durante el viaje. A sus ochenta años, Celestino se echó a la montaña -aquella que tanto amaba- en un intento por escapar a sus perseguidores.

Sin embargo, el eremita sabía que Bonifacio no iba a descansar hasta dar con él, por lo que se dispuso a cruzar el Adriático, quizá con la esperanza de huir a Grecia o a Dalmacia. Logró zarpar en una embarcación, pero la suerte no parecía acompañarle, ya que unos fuertes vientos en contra le obligaron a regresar a la costa. Allí fue apresado de nuevo por los emisarios del Papa, quienes le encarcelaron en la fortaleza de Fumona. Al parecer, la celda en la que fue recluido era todavía más angosta que su

eremitorio en las montañas, ya que para descansar Celestino tenía que apoyar la cabeza en un pequeño escalón de un altar colocado por orden de Bonifacio VIII.

Allí, entre los muros de Fumona, acabó sus días aquel sencillo y piadoso eremita, meses después, víctima de las intrigas de las que nunca quiso formar parte...

2. BONIFACIO VIII (1294-1303), LA BESTIA NEGRA

Sin duda alguna, el ascenso de Bonifacio hasta lo más alto habría sido imposible de no contar con el apoyo de Carlos II de Nápoles, quien anteriormente también había jugado un papel importante en el nombramiento de Celestino V. Sin embargo, tras conseguir la mitra papal, Bonifacio inició una política que le alejaba de la influencia de Carlos II. Tomó la decisión de trasladarse a Roma, donde fue coronado el 23 de enero de 1295. Iniciaba así una carrera en la que, cada vez más, iba a sentirse ebrio de poder y gloria.

Desde el comienzo de su gobierno, Bonifacio se lanzó a la práctica indiscriminada de la simonía y el nepotismo. Pretendía enriquecerse todo lo posible para beneficiar a su familia, los Gaetani. Para ello comenzó a usar el oro del Estado Pontificio para comprar tierras que más tarde regalaba a su familia. El Papa no estaba preocupado por tales actividades, ya que "estaba convencido de que un pontífice no podía, por definición, cometer simonía, pues él era la Iglesia y la Iglesia era él, y todo lo que poseía la Iglesia estaba a su disposición" [52].

Y así siguió Bonifacio, comprando más y más tierras

para sus familiares, hasta que dicha práctica entró en conflicto con otra de las familias más importantes de Roma. Los territorios que poseía el clan de los Colonna habían quedado "atrapados" entre las tierras adquiridas por el Papa para sus sobrinos. Por si fuera poco, los enemigos naturales de los Colonna, los Orsini, estaban acercando posiciones a la familia del Papa, los Gaetani, que cada vez se hacían más poderosos.

Los miembros del clan Colonna -con los cardenales Pietro y Jacopo a la cabeza- decidieron escoger sus propios aliados. Y los encontraron en los seguidores del malogrado Celestino. Entre estos destacaba su líder, Jacopone da Todi, quien no dudó en acusar al pontífice de haber usurpado el trono que ocupaba el pobre eremita. Además, condenaba abiertamente los pecados del mismo: la simonía y la avaricia.

El enfrentamiento directo entre el Papa y los Colonna saltó definitivamente el 3 de mayo de 1297, cuando uno de los miembros del clan atacó -sin mucha inteligencia por su parte-, una caravana papal cargada de oro para comprar nuevas tierras.

Bonifacio solicitó la presencia de los cardenales Colonna y les obligó a devolver el dinero robado y a entregarle al miembro de la familia causante del atropello,

un joven llamado Esteban. Además, el pontífice les imponía un castigo todavía peor: sus ciudades estarían vigiladas a partir de entonces por destacamentos militares del Estado Pontificio.

Los Colonna no podían aceptar semejante humillación, y tras convocar a toda la familia en Palestrina, su ciudad-bastión, hicieron circular por toda Roma un manifiesto en el que denunciaban las irregularidades del nombramiento del pontífice.

En respuesta, Bonifacio respondió con una bula, *In excelso throno*, mediante la cual excomulgaba a los dos cardenales y a toda la familia. A su vez, los Colonna volvieron a responder, esta vez acusando directamente al Papa de haber asesinado a Celestino.

Lo que vino después fue mucho peor... El Papa lanzó otra excomunión, pero esta vez declaró a sus enemigos herejes, con lo que se convertían en proscritos. Bonifacio organizó una "cruzada" contra ellos y, durante un año, se produjo una guerra que fue conquistando los territorios de los Colonna uno a uno. Cada plaza que era lograda resultaba saqueada y sus bienes, distribuidos entre la familia del Papa. Pero Bonifacio no se contentó con asesinar a los miembros de la familia, sino que hizo lo mismo con todos los campesinos que trabajaban en sus tierras. Mujeres,

ancianos y niños fueron atravesados por el acero de las tropas papales. Más de seis mil personas perdieron la vida durante los ataques. Finalmente, los Colonna tuvieron que refugiarse en su sede familiar, Palestrina. Allí, bajo los mandos de Sciarra Colonna, un avezado hombre de batalla, se habían reunido todos los miembros de la familia. La ciudad era una fortaleza inexpugnable, y disponían de víveres para sobrevivir de forma indefinida. De modo que las tropas pontificias se vieron incapaces de romper aquella defensa.

Como último recurso, Bonifacio recurrió a una vil artimaña. Prometió el perdón y la restitución de sus dignidades a los cardenales Colonna. Confiados, creyeron que la palabra de aquel Papa era la palabra de un hombre de honor. Así que se rindieron. Y efectivamente, dejó libres a Pietro y Jacopo Colonna. Pero Bonifacio no había dicho nada de la ciudad. Palestrina fue arrasada hasta sus cimientos como castigo. Lo único que quedó en pie fue la catedral.

Al verse engañados, los Colonna se rebelaron de nuevo contra el malvado pontífice, lo que originó una nueva persecución, y tuvieron que huir de Roma. Eso sí, antes juraron vengarse...

Bonifacio, "el amo del mundo"

No contento con su "hazaña", y totalmente "borracho" de poder, Bonifacio VIII comenzó a verse como futuro gobernante del mundo. En sus sueños de grandeza, el pontífice aspiraba a unir en amistad a todos los reinos cristianos, y llevarlos en Cruzada contra los turcos. Se vio asimismo como mediador de conflictos entre los distintos monarcas y reinos, pero fue incapaz de cumplir sus ansias de grandeza. Uno de estos monarcas cristianos, el rey Felipe el Hermoso de Francia, iba a interponerse en sus planes...

El largo y penoso conflicto entre Francia e Inglaterra había llevado a la extenuación las arcas de ambos países. De modo que Felipe el Hermoso decidió instaurar unos impuestos a clérigos y monasterios. Bonifacio vio aquel movimiento como un ataque a su poder y, en especial, a los beneficios de la propia Iglesia. Fue así como escribió la bula *Clericis laicos* [53], por la que prohibía a los príncipes seculares imponer al clero cualquier tipo de impuestos sin contar con el permiso papal. Felipe no se echó para atrás y contestó a la bula papal cerrando sus fronteras a la salida de oro y expulsando a todos los extranjeros, lo que incluía a los recaudadores romanos.

Viendo que su estrategia inicial había chocado contra

un sólido muro, Bonifacio trató de mejorar las relaciones con el monarca francés, por lo que permitió al clero entregar sus diezmos. Poco después, por si fuera poco, canonizó a Luis IX. El Sumo Pontífice, tan arrogante y autoconvencido de su poder en un inicio, parecía estar empezando a doblegarse. Sin embargo, aún dispuso un momento de gloria cuando, en 1300, proclamó el Año Santo Jubilar y cientos de miles de peregrinos atiborraron las calles de Roma, dejando tras de sí pingües beneficios en las arcas pontificias. Pero aquello no sólo llenó los bolsillos papales, sino también su ego. Algo, como veremos, que acabó siendo muy perjudicial para él...

Pocos meses más tarde, Felipe el Hermoso movió una nueva ficha con la detención del obispo de Pamiers, Bernardo de Saisset, a quien acusó de trabajar como espía para su temible rival:

Inglaterra. Bonifacio VIII no estaba dispuesto a aceptar una ofensa semejante, y no tardó en redactar una nueva bula con cierto tono irónico y paternalista, la *Ausculta, fili* - "Escucha, hijo"- en la que exigía la liberación del obispo y solicitaba la presencia de Felipe en Roma, acompañado de los obispos franceses para ser sometido a juicio por su atrevimiento.

Sin embargo Felipe IV el Hermoso no se amedrentó,

sino que por el contrario, secuestró la bula e hizo publicar una respuesta que dejase en ridículo al pontífice. Más o menos, dicha contestación se expresaba en los siguientes términos:

Felipe a Bonifacio, a quien mucho se guardará de saludar. Tu desmesurada simpleza debería saber que en los asuntos temporales, no nos sometemos a nadie... y quien lo entendiera de otro modo sería un tonto.

A partir de ese momento los sucesos se desencadenaron con gran rapidez. Felipe, junto a numerosos obispos, proclamó la independencia del monarca francés el 10 de abril de 1302 en la catedral de Nôtre-Dame de París. Por su parte, Bonifacio logró atraer a su causa a más de treinta obispos galos, que acudieron a Roma, quebrantando una prohibición expresa realizada por Felipe. Durante aquel histórico sínodo se redactó la célebre bula *Unam Sanctam*, que fue promulgada el 18 de noviembre de aquel mismo año. El documento papal terminaba con las siguientes palabras de Bonifacio VIII:

Nos decimos, declaramos, definimos y proclamamos que es absolutamente necesario a toda criatura humana someterse al pontífice romano para salvar su alma.

Felipe no podía quedar impasible ante semejante ofensa, si no quería verse deslegitimizado ante sus

súbditos. Era su trono lo que estaba en juego. Y así, sin dudarle un momento, puso en marcha una estrategia que le dio muy buen resultado y que, como veremos en páginas posteriores, volvería a utilizar más adelante: al año siguiente organizó una asamblea en la que se formularon gravísimas acusaciones contra el pontífice. Concretamente, Felipe el Hermoso acusó a Bonifacio de herejía, simonía, y prácticas de brujería. Además, el Papa también habría sido el causante de la muerte de su antecesor, el bueno de Celestino V, no creía en la inmortalidad del alma y, lo que era peor de todo: estaba poseído por el demonio [54].

Como ya vimos antes, algunas de estas acusaciones eran totalmente fundadas. No eran pocos los pecados de este nefasto y poderoso pontífice y algunos cronistas de la época dejaron registradas célebres frases que Bonifacio no tuvo reparo en pronunciar delante de numerosos testigos. "El darse placer a uno mismo, con mujeres o con niños, es tanto pecado como frotarse las manos", había declarado en una ocasión. Otras eran incluso más graves -desde el punto de vista religioso- tratándose del máximo dirigente de la Iglesia:

El hombre tiene tanta esperanza de sobrevivir después de la muerte como ese pollo asado que hay sobre la mesa del banquete.

La efectista jugada de Felipe obtuvo su respuesta en forma de respaldo de la nobleza y la burguesía para que el monarca francés detuviera y sometiera a juicio al "oscuro" pontífice. El siguiente movimiento consistió en ordenar a su canciller Guillaume de Nogaret que capturara al Papa. Nogaret fue igualmente astuto, y no tardó en llegar a un acuerdo con Scíarra Colonna, el guerrero de la familia que había sido expoliada y vejada por Bonifacio tiempo atrás. Ahora podrían cobrarse la venganza que tanto deseaban.

"Morirás como un perro..."

Por su parte, viendo que la situación no era nada halagüeña, Bonifacio huyó a cobijarse en su residencia de Agnani, su ciudad natal. El 7 de septiembre de 1303 Nogaret llegaba hasta el refugio papal acompañado por trescientos caballeros franceses y las tropas de la familia Colonna.

Parece ser que todos los miembros de la curia que habían acompañado a Bonifacio -a excepción de los cardenales Bocassini y Pedro-escaparon como alma que lleva el diablo, dejando al pontífice "sólo ante el peligro". Así fue como Nogaret y sus aliados encontraron a Bonifacio sentado en su trono, ataviado con los atributos papales y dispuesto a recibir la muerte a manos de sus

enemigos. Pero Nogaret -a pesar de las quejas de Sciarra- se conformó, por el momento, con su detención. Durante los tres días que estuvo encarcelado, el Papa se negó a beber ni comer, por temor a ser envenenado.

Sin embargo su prisión no duró mucho. El pueblo de Agnani se levantó en armas, logrando la liberación de su insigne paisano.

De todos modos, y para desgracia de Bonifacio VIII -a quien Dante sitúa en uno de los infiernos de su *Divina Comedia* con el apodo de "Bestia Negra"- su suerte ya estaba echada. El 25 de ese mes de septiembre se trasladó a Roma, donde falleció pocos días después, el 11 de octubre de 1303.

Existen ciertas discrepancias entre los autores que mencionan la muerte de Bonifacio VIII. Unos señalan que fueron las fuertes fiebres sufridas a consecuencia de los graves episodios que le tocó vivir las que le llevaron a la tumba. Otros estudiosos, sin embargo, aseguran que Bonifacio perdió el juicio tras la humillación recibida de sus enemigos, y que un día, en un brote de furia, se golpeó la cabeza contra la pared y se mordió los brazos hasta morir.

El terrible final que le había tocado en suerte vivir confirmaba de manera asombrosa la "profecía" que su

antecesor, el eremita Celestino, habría pronunciado tras su detención en la prisión-fortaleza de Fumona: Has entrado como un zorro, gobernarás como un león... y morirás como un perro [55].

Felipe el Hermoso había ganado su particular guerra contra el papado...

3. BENEDICTO XI (1303-1304)

Nicolás Boccasino, fue -para su desgracia- lo que hoy llamaríamos un "Papa de transición", aunque seguramente a él le habría gustado disponer de más tiempo para enderezar el lamentable estado de la institución que le tocó en suerte dirigir. Boccasino, que hasta el momento de su designación había ocupado el cargo de cardenal-obispo de Ostia, había sido uno de los dos cardenales que permanecieron al lado de Bonifacio VIII durante su arresto a manos de Nogaret y sus esbirros.

Después de la penosa muerte de Bonifacio, 18 cardenales le eligieron por unanimidad como la nueva cabeza de la Iglesia. El 27 de octubre de 1303, apenas dos semanas después de la desaparición de su antecesor, fue consagrado y adoptó el nombre de Benedicto XI. Aunque había sido fiel al nefasto papa Gaetaní, el nuevo pontífice fue todo lo que el anterior nunca llegó a ser: honesto, piadoso y misericordioso.

Inspirado por un auténtico deseo de dar un giro radical al rumbo que llevaba la Iglesia, Benedicto XI intentó solucionar todos los problemas que, como herencia, le dejó su antecesor. Felipe el Hermoso proclamó su obediencia al nuevo pontífice, y éste retiró la excomuni3n

que aún pesaba contra el monarca francés. Aun así, su bondad le impidió perdonar a Guillaume de Nogaret y a Schiarra Colonna, contra quienes inició un proceso legal.

Sin embargo, su tibieza lo convirtió en objetivo fácil para el resto de corruptos cardenales, que buscaban a toda costa un "Papa-títere" a quien manejar. Acosado por los vengativos e incansables miembros del clan Colonna, Benedicto XI se vio obligado a escapar precipitadamente de la Ciudad Eterna y se refugió en Parma.

Allí le alcanzó la muerte, víctima de un higo envenenado, que al parecer le sirvió una falsa monja -en realidad una asesina a sueldo disfrazada- enviada por otro de sus enemigos, el mezquino Guillermo de Nogaret. Su pontificado había durado exactamente un año y un día...

4. CLEMENTE V (1305-1314) EL PONTÍFICE QUE TRAICIONÓ A LOS TEMPLARIOS

Tras la muerte del bienintencionado Benedicto XI, el Vaticano mostró el emblema de "sede vacante" durante diez largos meses. Los veinticinco cardenales reunidos no conseguían ponerse de acuerdo, entre otras cosas porque las familias Orsini y Colonna seguían enfrascadas en sus oscuras intrigas. Finalmente, el rey Felipe el Hermoso -tomando parte por esta última familia- ejerció su influencia y acabó decantando la balanza a favor de Bertrand de Gotte, arzobispo de la ciudad francesa de Burdeos.

Las primeras acciones del nuevo Papa, coronado con el nombre de Clemente V, iban a estar dirigidas a lo que sería la tendencia de su pontificado: beneficiar al monarca francés, a quien mostraría un repugnante servilismo. De hecho, Clemente ya había dado muestras de su sumisión al exigir que le coronaran en la ciudad de Lyon, bajo la directa mirada del rey. Tres semanas más tarde, el Sumo Pontífice nombraba a diez cardenales franceses, cuatro de ellos próximos a Felipe IV.

Por otra parte, Clemente V no se sentía dispuesto a regresar a Roma, y aquello generó una situación inestable en la ciudad, que durante cierto tiempo vivió asolada por el

terror y los crímenes cometidos por las familias más importantes. En 1308 el Papa, controlado como una marioneta, tomó la decisión definitiva: trasladaría la Santa Sede a Aviñón, iniciando así un periodo que duraría 70 años y que más tarde tendría consecuencias terribles.

Mientras, Felipe el Hermoso se frotaba las manos ante el éxito obtenido. Aquel traslado le permitiría dirigir aún con mayor facilidad a su nuevo "juguete". Pero para los romanos aquel cambio de sede suponía algo mucho más grave. Casi toda la economía de la ciudad dependía de los gastos realizados por el clero y los habituales peregrinos. Para mayor desgracia, Clemente V se desentendió de todo y dijo a los romanos que se gobernarán como mejor quisieran. El abandono del pontífice sumió a la Ciudad Eterna en la anarquía, lo que trajo nuevas luchas entre los nobles romanos -los Colonna y los Orsini seguían enfrentando sus aceros y puñales-, ruina y desolación.

Felipe el Hermoso estaba dispuesto a sacar todo el provecho que le fuera posible de aquella sumisión. No contento con haber causado la caída de Bonifacio VIII, quiso que "su" Papa iniciara un proceso contra el que había sido su enemigo, acusándole de herejía. Quizá fue esta la única cosa que no consiguió de Clemente, que logró ir alargando dicho juicio hasta que finalmente el monarca se

cansó [56].

La traición a los templarios

A pesar de esta cesión, Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, aún tuvo otra ocasión de mostrar toda su vileza mientras exprimía, por última vez, al manejable Clemente V. En esta ocasión, si creemos a la leyenda, su villanía iba a costarle la vida. Pero no adelantemos acontecimientos.

Las arcas del monarca estaban en números rojos desde hacía tiempo a causa de los prolongados conflictos bélicos con Inglaterra y Flandes. Le urgía encontrar pronto una solución a ese problema, y Felipe no tardó en hacerlo.

En aquella época, la Orden de los caballeros templarios [57] había regresado ya a Europa tras la pérdida frente a los musulmanes de los últimos territorios en Tierra Santa. Este hecho puso muy nerviosos a los monarcas europeos, y a Felipe IV de forma especial. La función primordial de la Orden del Temple -la defensa del reino cristiano de Oriente- ya no tenía razón de ser, así que tenían las manos - y las espadas- libres para dedicarse a otros menesteres. Teniendo en cuenta el gran poder con el que contaban, no resulta extraño que los monarcas comenzaran a verlos con malos ojos.

Pero el rey francés tenía además otra poderosa razón

para sentirse incómodo con aquellos monjes guerreros: los templarios -auténticos precursores de la banca actual- le habían concedido en préstamo importantes sumas de dinero para sufragar sus numerosos gastos.

Así que Felipe puso a los bravos caballeros en su punto de mira. Si desaparecían los templarios, su deuda desaparecería con ellos.

En realidad, el monarca francés ya había intentado acabar con los templarios durante el mandato de Bonifacio VIII, y llegó a instigar al Papa contra ellos. Pero como ya hemos visto en el capítulo anterior, la relación entre el rey y el Papa era pésima, por lo que Bonifacio rechazó de pleno aquella maniobra.

Pero con Clemente las cosas iban a ser muy distintas. El nuevo pontífice era un simple vasallo del rey, por lo que sus intenciones iban a resultar mucho más fáciles de cumplir.

Y así, en 1307, Felipe comenzó a sembrar acusaciones contra la Orden del Temple. Durante una visita al mismo, el Hermoso dejó caer unos sibilinos comentarios acerca de rumores terribles que había escuchado sobre los caballeros. Sin embargo, los templarios gozaban de una gran consideración, y en un primer momento Clemente V rechazó aquellas terribles acusaciones, manifestando que

eran *Incredibilia, impossibilia, inaudita* -"increíbles, imposibles, inauditas"-.

A pesar de aquel primer fracaso, Felipe el Hermoso no se rindió, y comenzó a expresar sus buenas relaciones con el Santo Oficio francés [58]. La Inquisición se había convertido en otro de los enemigos naturales del Temple, ya que éste había criticado en numerosas ocasiones las caprichosas y temibles actuaciones del Santo Oficio. Así que el rey francés no tuvo demasiados problemas en ganarse su apoyo en esta nueva causa.

Mientras, las acusaciones que le atribuían Felipe y sus esbirros habían llegado ya a oídos del Temple por mediación del Papa, y éstos exigieron que el monarca explicara cuáles eran exactamente los terribles pecados que se les atribuían. En este momento entró otra vez en escena el inefable Guillaume de Nogaret. Siguiendo órdenes de su señor, el de Nogaret comenzó a tejer nuevamente sus artimañas.

Y de este modo, recopiló una serie de acusaciones que aludían -de forma especial- a la ceremonia de iniciación que tenían que realizar los aspirantes a templarios. Según Nogaret se obligaba a los candidatos a escupir sobre la sagrada cruz y a renegar de Dios. Además, los templarios fueron acusados de sodomía y otros actos "impuros" e

inmorales, y fueron asimismo acusados de adorar un ídolo con forma de cabeza, el célebre *baphomet*.

Como ya habrá apreciado el lector, esta maniobra de difamación recuerda poderosamente a la que utilizó en su momento el monarca contra su anterior enemigo, Bonifacio VIII, a quien también se acusó de prácticas de brujería y otras blasfemias.

Una vez recopiladas todas aquellas acusaciones, Nogaret preparó un detallado informe y lo hizo llegar a las más altas autoridades de la Inquisición francesa. La conjura contra los templarios era ya imparable. Pocos días después, el 22 de septiembre de 1307, Felipe IV nombró a Nogaret nuevo ministro de Justicia de la corona, otorgándole plenos poderes para llevar a cabo sus vergonzosos planes.

La detención de los templarios

El 13 de septiembre de 1307 comenzaba la detención de todos los caballeros templarios presentes en suelo francés, y se procedió a confiscar todos sus bienes - ingresos de la Orden incluidos-, último y verdadero motivo de aquel complot iniciado por el rey.

La acción cogió por sorpresa a los caballeros, que fueron llevados a prisión y separados unos de otros. A partir de ese momento se pusieron en marcha los

interrogatorios, con la intención de obtener la confesión de los templarios acerca de las acusaciones que habían recibido. Como es lógico, aquellos aguerridos caballeros que habían luchado en terribles batallas en Tierra Santa no cedieron ante los secuaces del rey. Así que fue necesaria la presencia de la Inquisición para lograr las confesiones aunque fuera mediante el empleo de la tortura.

Los historiadores cifran el número de caballeros templarios en Francia en unos 4.000, pero sólo existe constancia documental de interrogatorios a un millar [59]. Del resto de caballeros no se sabe si lograron escapar o murieron en la cárcel.

Y como decía, la Inquisición hizo acto de presencia y se esmeró en sus torturas. Lógicamente, las confesiones terminaron por llegar, animadas por los dolores infligidos durante los interrogatorios. Muchos caballeros reconocieron las graves acusaciones que pesaban sobre ellos, pero todas estas confesiones se produjeron bajo tortura.

Mientras esto sucedía, Clemente V todavía no había tenido conocimiento de la encarcelación de los monjes-guerreros. No fue hasta la detención del visitador general de Francia, Hugues de Paíraud, que el pontífice tuvo conocimiento por fin de lo ocurrido. De todos modos, su

actuación para salir en defensa de los caballeros fue nula. Por el contrario, cuando finalmente de Molay sucumbió a la tortura y acabó aceptando parte de las acusaciones, la marioneta que era Clemente promulgó la bula *Pastorales prae-minentiae*, por la que ordenaba a los monarcas de la cristiandad la detención de todos los miembros pertenecientes al Temple, y la confiscación de sus bienes. Además, es posible que en el fondo el Papa no se sintiera tan a disgusto con aquella situación. También él veía con recelo el poder que ostentaba la Orden, y de hecho había intentado -sin éxito- fusionar a los templarios con los caballeros de otra Orden, los del Hospital, como forma de reducir la influencia que los caballeros templarios disfrutaban en aquel momento.

Disolución de la Orden

El siguiente episodio de esta dramática historia tuvo lugar el 16 de octubre de 1311, cuando Clemente V convocó un Concilio en la catedral de san Mauricio para poner fin a la Orden de los caballeros del Templo de Salomón. Rodeado por Felipe el Hermoso y un grueso contingente de soldados, el Papa se vio obligado a ceder ante los intereses del ambicioso y despreciable monarca. Clemente intentó retrasar la sentencia todo lo que pudo,

pero ante la insistencia de Felipe, tuvo que ceder. Y así, durante el Concilio de Viena el 3 de abril de 1312, el papa proclamaba la bula *Vox Clamantis* y el Temple quedaba disuelto.

A esta primera medida le siguieron otras, como la publicación de la bula *Ad Providam Christi Vicaría* mediante la cual los bienes de los templarios -los que todavía no había robado Felipe el Hermoso, claro está- pasaban a manos de los hospitalarios. Como es lógico, aquella decisión no agradó nada a Felipe, que perdía así una oportunidad de oro -nunca mejor dicho- para recuperar su todavía maltrecha economía. El disgusto debió ser importante, ya que tan pronto tuvo conocimiento de la medida, escribió una venenosa carta al pontífice en la que se dejaban ver sus mezquinas intenciones:

En vista de que hace poco (...) Vuestra Santidad tuvo cuidado (...) áe abolir el estatuto y el nombre de la antigua Orden del Temple, y que nosotros consentimos que Vuestra Beatitud, al transferir los bienes de la antigua Orden del Temple a una Orden militar nueva o antigua, disponga de ellos según lo que le parecerá a Vuestra Santidad ventajoso para Dios y para ayuda de Tierra Santa; en vista de la decisión final, tomada (...) consistió en que los bienes de la susodicha Orden, junto con los honores y

cargas que lleva consigo, fueran transferidos a los hermanos y a la Orden de San Juan de Jerusalén (...) considerando que los susodichos bienes, sin embargo situados en nuestro reino, se encuentran colocados bajo nuestra custodia y jurisdicción especial y que el derecho de patronato mediato e inmediato sobre ellos nos pertenece, plenamente (...) Que, en cuanto a todos los bienes susodichos, se trabaje en destinarlos a la ayuda de Tierra Santa, hecha la deducción de los gastos necesarios para su custodia y administración [60].

El Papa debió sentir, al menos momentáneamente, algunos remordimientos en su interior por aquella falta de auxilio a los inocentes caballeros, y prometió tratar con benevolencia a los ex mandatarios de la Orden. Pero olvidó sus promesas rápidamente, ya que siguió amilanándose ante el rey francés, y terminó por publicar otra bula más, titulada *Considerantes*, mediante la cual se lavaba las manos en el asunto. En enero de ese mismo año de 1313, el Papa delegaba en tres subordinados para fueran ellos quienes decidiesen la suerte que habían de correr los dirigentes del Temple. Se había consumado la traición...

La maldición de Molay

Y así, finalmente, el 18 de marzo de 1314 el proceso

contra los templarios llegaba a su fin. Los cuatro caballeros más destacados de la Orden, Jacques de Molay - su Gran Maestre-, Hugues de Pairaud, Geoffroy de Gonneville y Geoffroy de Charney fueron llevados hasta un estrado colocado para la ocasión frente la catedral de Notre-Dame de París.

Viendo que estaba todo perdido y que Clemente jamás movería un dedo por ayudarles Jacques de Molay tomó la palabra y ante un público asombrado proclamó:

Es justo que en un día tan terrible y en los últimos momentos de mi vida descubra toda la iniquidad del engaño y haga triunfar la verdad. Así pues, declaro a cielo y tierra, y confieso aun a costa de mi vergüenza eterna, que cometí el mayor de los crímenes, pero no ha sido más que por conveniencia de los que acusan con tanta maldad a nuestra Orden. Yo atestiguo, y la verdad me obliga a atestiguar, que es inocente. No he hecho la declaración contraria sino para interrumpir los excesivos dolores de la tortura y para conmover a los que me los hacían padecer. Conozco los suplicios infligidos a todos los caballeros que tuvieron la valentía de revocar una confesión parecida; pero el horroroso espectáculo que se me presenta no es capaz de hacerme confirmar un primer engaño con un segundo: en una condición tan infame, renuncio de buena gana a la vida.

De este modo, el Gran Maestro de los templarios retiraba la validez de su confesión, arrancada mediante la vil tortura y confirmaba su inocencia y la de los suyos. Hasta ese momento se enfrentaban a una cadena de por vida en prisión, pero por desgracia aquel gesto les convertía inmediatamente en relapsos, lo que justificaba su condena a muerte.

Los cardenales no sabían qué hacer, y decidieron escribir a Clemente V para que tomara una decisión ante aquellos sucesos. Pero Felipe IV, llenó de ira por los nuevos acontecimientos, no estaba dispuesto a esperar ni un minuto más. Tenía la excusa perfecta, y no iba a dejar escapar la sabrosa oportunidad. Así que ordenó que se preparara una hoguera sin pérdida de tiempo, que fue colocada en una pequeña isla del Sena conocida como "isla de los judíos".

Y fue así como Jacques de Molay y Geoffroy de Charney fueron ajusticiados ante el pueblo de París, devorados por las llamas de una hoguera, del mismo modo en que habían muerto los cataros algunos años atrás.

Pero los templarios no dieron el último gusto a Felipe. Murieron con valentía y manteniendo su inocencia, para mayor disgusto del monarca

Antes de expirar -según la leyenda- de Molay lanzó una

terrible maldición contra aquellos que habían causado la desaparición de la Orden: el papa Clemente V y el rey Felipe el Hermoso fueron emplazados por el Gran Maestre templario a presentarse ante el juicio del Altísimo antes de un año.

Y así fue... El malvado monarca murió al caerse de su caballo pocos meses después. Al pontífice que traicionó a los templarios no le esperaba un destino mejor: una agresiva infección intestinal se lo llevó al otro mundo en medio de fuertes dolores. Su enfermedad había comenzado poco después de que De Molay expirara en la hoguera.

Clemente V pasó a la posteridad como un pontífice que se rindió a los deseos de un ambicioso monarca. Su curriculum se completa con la venta de cargos eclesiásticos, el vergonzoso favoritismo que mostró con muchos familiares y, no lo olvidemos, por trasladar la sede papal a Aviñón, algo que tendría graves consecuencias en los años que estaban por venir.

VII - El Papado de Aviñon y el Gran Cisma de Occidente

Después de que Clemente V muriera en 1314 -quien sabe si víctima realmente de la maldición lanzada por Jacques de Molay-, la cristiandad vio como la sede pontificia quedaba vacante durante el excesivamente largo periodo de dos años y tres meses. Las diferencias entre los dos bandos del colegio cardenalicio -formado por diecisiete franceses y tan sólo siete italianos- obligaron a posponer la celebración del cónclave durante todo ese tiempo hasta que finalmente, se celebró en la ciudad de Lyon.

De allí salió coronado -gracias a las intrigas del cardenal Orsini y los reyes de Nápoles y Francia- el cardenal Jaime Duesa, que adoptaría el nombre de Juan XXII y sería apodado con el sobrenombre de "El Banquero de Aviñón". Este Papa fue uno de los mayores exponentes de la simonía, ya que no dudó en poner precio a los distintos puestos eclesiásticos con tal de enriquecer las arcas pontificias. Tras su elección quiso regresar la corte pontificia a Roma, pero las presiones de sus cardenales le obligaron a permanecer en Aviñón.

Ese gesto sería repetido por sus sucesores, Benedicto XII -a quien le persiguió hasta la tumba su fama de borracho empedernido-, Clemente VI -un fornicador y derrochador incansable [61]-, Inocencio VI y Urbano V.

Durante más de setenta años -desde que Clemente V trasladara la sede a la localidad francesa- los papas y su corte estuvieron radicados en Francia. Aquella negligente decisión causaría tremendos quebraderos de cabeza a la propia Iglesia y a buena parte de Europa.

1. GREGORIO XI (1370-1378) UN DESAFORTUNADO REGRESO AL "HOGAR"

Gregorio fue el último de los papas, antes de que se produjera el Cisma, que tuvo su residencia en Aviñón. La responsable de que cambiara Francia por Italia fue -en gran medida- Catalina de Siena, una joven monja con fama de milagrera y adivina [62].

Unos meses antes de la llegada de Catalina a la corte papal, buena parte de Italia se había levantado contra el papado, con los florentinos como principales instigadores, y la ciudad se encontraba bajo excomunión. La misión de aquella "santa" joven era conseguir el perdón del papa. Cuando el pontífice la recibió, Catalina aprovechó la oportunidad para rogarle que abandonara Francia y volviera a la convulsa Italia, argumentando la degradación a la que había llegado la sede de Aviñón.

Gregorio quedó fascinado por el porte y las supuestas dotes adivinatorias de Catalina, y finalmente accedió a su petición.

Y así, el 13 de septiembre de 1376 la corte de Gregorio se ponía en marcha, rumbo a la Ciudad Eterna. Poco tardarían en surgir los problemas...

En el mes de febrero de 1377, la ciudad de Cesena se

levantó en armas como protesta por los terribles actos de unos mercenarios bretones que habían llevado el caos a la población. Como respuesta, el Papa envió al cardenal Roberto de Ginebra y a sus temibles mercenarios para acallar la revuelta. El cardenal era un hombre cruel y sanguinario, y sus mercenarios acabaron con la vida de unas cuatro mil personas. En lugar de terminar con la rebelión, aquel desproporcionado castigo hizo que todas las regiones del norte del país se alzarán en contra del papado.

En medio de este ambiente enrarecido le alcanzó la parca a Gregorio, que dejó escapar su alma estando en Roma. Las leyes sobre el cónclave eran muy estrictas: el nuevo Papa debía ser elegido en la misma ciudad en la que hubiera muerto el anterior.

En aquel momento Roma contaba con la presencia de dieciséis cardenales, que se repartían de la siguiente forma: diez eran franceses -repartidos en los bandos "francés" y "limousin", cuatro eran italianos, uno español -Pedro de Luna, que mantuvo una posición neutral- y el último, "el Carnicero de Cesena", el temible cardenal de Ginebra, que estaba aliado con el bando "francés". Todo parecía indicar que el nuevo Papa sería francés, pero el destino es caprichoso y los miembros del Sacro Colegio no imaginaron lo que iba a ocurrir. Multitud de romanos

violentos se echaron a la calle, exigiendo la elección de un pontífice romano o, en su defecto, uno que al menos fuera italiano. Según el cronista francés Jean Froissart, el pueblo de Roma fue muy claro:

Dadnos un Papa romano... o haremos que vuestras cabezas sean más rojas que vuestros sombreros.

Los cardenales no quisieron arriesgar sus pellejos, así que decidieron escoger a un italiano. Sin embargo, los cardenales italianos no cumplían las expectativas: uno era demasiado viejo -el cardenal romano-, a otro le ocurría todo lo contrario, ya que era un Orsini demasiado joven y ambicioso, y los otros dos procedían de territorios levantados contra el papado. Así que decidieron elegir a alguien ajeno al colegio cardenalicio, y el escogido fue Bartolomeo Prignano, arzobispo de Bari. El 18 de abril fue consagrado y tomó el nombre de Urbano VI.

2. URBANO VI (1378-1389), EL PAPA ENAJENADO

Todo parecía solucionado, pero el nuevo Papa iba a causar uno de los periodos más lamentables de la historia del papado...

Según el secretario del pontífice, Dietrich Von Niem, Urbano era "un hombre devoto y humilde, que mantuvo sus manos limpias de todo regalo, enemigo y perseguidor de los simoníacos, amante de la justicia y la caridad...". Pero el carácter de aquel hombre iba a cambiar radicalmente tras recibir la tiara papal. Conociendo lo que sucedería tras su elección, cualquiera diría que el espíritu santo les había jugado una broma de mal gusto a los cardenales al inspirarles la elección de un hombre que, en adelante, iba a comportarse como un completo enajenado...

Durante su alocución inaugural, en un arranque que calificaríamos de locura, Urbano atacó a quienes le habían elegido, los cardenales. Ennegrecida su razón por el odio acumulado hacia ellos durante todos los años pasados en Aviñón, el pontífice les dedicó una dura y violenta crítica. Cada uno de ellos recibió su respectiva reprimenda, acusándoles de su escandalosa riqueza, de simonía, inmoralidad, etc... Aquella ofensa, por supuesto, no podía

quedar sin respuesta. Roberto, el cardenal de Ginebra, respondió:

No has tratado hoy a los cardenales con el respeto que recibieron de tus predecesores. Te digo en verdad que si tú rebajas nuestro honor, nosotros rebajaremos el tuyo [63].

Pero el nuevo Papa hizo caso omiso de aquellas advertencias y, no contento con haber ridiculizado a los cardenales, se dispuso a hacer lo propio con el resto de aquellos que él creía lo merecían. Insultó a los embajadores enviados por la reina Juana de Nápoles, que era una aliada, y también insultó a su marido Otón durante un banquete oficial. Pero no acabaron ahí las ofensas del nuevo Sumo Pontífice. Urbano siguió en sus trece hasta que, finalmente, llegó incluso a la agresión directa del cardenal de Limoges.

Hastados de tal comportamiento, los cardenales fueron saliendo de forma discreta de la Ciudad Eterna, y se dirigieron a Anagni. Allí, en la ciudad donde se había refugiado en su día Bonifacio VIII, comenzó a gestarse una conjura contra Urbano VI.

Los cardenales discutieron si el Papa podía ser depuesto, ya que al haber sido elegido bajo coacción, quizá no era legítimo... Urbano se enteró y ofreció someterse a un Concilio que determinara la validez o no de su elección.

Aquel gesto no importó a sus cardenales, que ya habían decidido escoger a un nuevo candidato: el elegido no fue otro que el "Carnicero de Cesena", el "cardenal-guerrero" Roberto de Ginebra.

Escogió el nombre de Clemente VII.

En respuesta, aunque ya tarde, Urbano creó un Sacro Colegio paralelo, formado por cardenales italianos. El Cisma de Occidente ya era una realidad...

Además de una división en la Iglesia, el Cisma creó también dos bandos en las monarquías europeas, ya que los países se posicionaron con una u otra facción. Así, Escocia y Francia se aliaron con Clemente, mientras Inglaterra e Italia hacían lo propio con Urbano. Catalina de Siena puso a disposición de Urbano a Alberico da Barbiano, un joven noble que dirigía a un grupo de duros mercenarios italianos. Estas tropas interceptaron a Clemente y destruyeron su ejército. Las tropas francesas que se encontraban en Sant' Angelo se rindieron, y Clemente se vio obligado a huir a Aviñón.

En el primer momento de Cisma, Urbano había recibido la ayuda de Juana, la reina de Nápoles, a pesar de que poco antes había sido vejada por el Papa "legítimo". Sin embargo, tras la primera victoria sobre Clemente Juana cambió de idea, ayudó y acogió a Clemente antes de su partida hacia

Aviñón. Urbano, napolitano de nacimiento, no olvidaría nunca semejante ofensa...

Para vengar el atrevimiento de Juana, buscó a alguien que acabara con ella. El elegido fue Carlos de Durazzo, familiar de Andrés, el marido asesinado de Juana [64], que también deseaba vengar la muerte de su pariente. Claro que, además de venganza, también esperaba cobrarse la corona de Nápoles. Urbano también buscaba otro beneficio: su sobrino Francesco Prignano recibiría algunos territorios de aquel reino. Carlos cumplió la primera parte de su promesa, y asesinó a Juana a pesar de que se había rendido. Al parecer utilizó el mismo método que habían empleado con Andrés, su familiar, estrangulando a la reina con una cuerda de seda, y después la humilló colocando su cadáver a modo de escarmiento en mitad de la plaza del mercado.

Pero Carlos no cumplió la segunda parte de su promesa, y el papa Urbano VI quiso acudir a Nápoles para solucionar aquella afrenta. Sus cardenales intentaron evitarlo, explicándole que los romanos se alzarían en cuanto vieran que el Papa y sus cardenales abandonaban la ciudad. Urbano estaba decidido, y en abril de 1383 puso rumbo a Nápoles acompañado por un ejército de mercenarios pagado con las arcas pontificias. Poco podía imaginar el Papa que tardaría cinco años en regresar...

Cuando llegó a Nápoles, Urbano fue retenido brevemente por Carlos de Durazzo, quien rechazó con sorna sus reclamaciones. Después fue totalmente ignorado. Pudo entrar en Nápoles, pero sin los honores que había imaginado recibir. Antes había enviado como avanzadilla al cardenal Sangro, quien se encargó de eliminar a los partidarios de Clemente que había en la ciudad. Con semejante presentación es lógico que el pueblo de Nápoles no saliera a recibirle con una amplia sonrisa...

Más grave a los ojos de sus paisanos fue la afrenta cometida por el sobrino del Papa. Francesco había secuestrado a una bella muchacha de la ciudad y la violó repetidas veces, protegido como estaba por los aceros de los mercenarios de su tío el Papa. Cuando los parientes de la joven se presentaron ante Urbano VI para exigir explicaciones, éste disculpó a Francesco con una vergonzosa frase:

"No es más que un muchacho..."

Torturas a sus cardenales

Las relaciones entre el Papa y De Durazzo fueron empeorando, y Urbano decidió salir de Nápoles, aunque tampoco regresó a Roma. En su lugar dirigió sus pasos hacia la ciudad de Nocera, lo que causó un notable

desagrado en buena parte de sus cardenales. Dos de ellos, Sangro y un inglés llamado Adam Easton intentaron convencer al Papa de la necesidad de regresar a la capital de los Estados Pontificios. Sus recomendaciones cayeron en saco roto, y las conspiraciones regresaron. De nuevo llegaron a oídos de Urbano aquellas intrigas, y seis cabecillas fueron arrojados a una cisterna hasta decidir su destino final.

Dietrich von Niem se convirtió en un excepcional cronista de aquellos hechos, entre otras cosas porque recibió la orden de interrogar a aquellos cardenales sublevados junto a otros funcionarios y al inefable Francesco. Temiendo unos interrogatorios excesivamente crueles, Dietrich pidió a Urbano que tuviera piedad de ellos, sino quería perder el apoyo de los cardenales que todavía le eran fieles. En mala hora...

Urbano no sólo desoyó las recomendaciones del joven alemán, sino que entró en cólera, lanzando exabruptos e imprecaciones. Y como temía Dietrich, los "interrogatorios" fueron terribles. El cardenal Sangro recibió un castigo ejemplar, al ser castigado a padecer el *strappado*: lo levantaron hasta el techo y cuando estaba en lo más alto, lo dejaron caer violentamente hasta el duro suelo. El proceso se repitió en tres ocasiones, y a pesar de

que Dietrich intentó convencerlo de que confesara para evitar más tormentos, Sangro se negó. Aquello era demasiado para la conciencia del honesto Dietrich, y escapó sigilosamente del castillo en dirección a Nápoles.

Poco después la guerra entre Urbano y Carlos era ya totalmente abierta. El Papa lo excomulgó y puso a Nápoles bajo interdicto, con la intención de coronar a su sobrino como nuevo rey. Durazzo contestó al Papa rodeando la residencia de Urbano, y las tropas ofrecieron 10.000 florines por la entrega del pontífice, vivo o muerto, como si fuera un cuatrero del salvaje Oeste. Este respondió envalentonado, y asomándose a una ventana del castillo, maldijo al ejército de Carlos y realizó una excomunión "en masa".

Hasta en esa situación que parecía insalvable para su gacinate, tuvo suerte el pontífice. En el último momento, un señor local retiró su lealtad a Carlos y sacó a Urbano de la ciudad asediada valiéndose de sus tropas. La corte papal puso rumbo de nuevo, en esta ocasión a la costa, donde el *dux* de Genova había prometido enviar unas galeras para rescatarle. Urbano se llevó a los cardenales díscolos, con la intención de continuar los "interrogatorios". A uno de ellos incluso lo mató durante el camino, para espanto del resto.

Cuando el séquito llegó a la costa comprobaron disgustados que las galeras prometidas no habían llegado, y cayeron en la cuenta de que al estar Nápoles en manos enemigas, habrían tenido que atracar en la costa adriática. Así que tuvieron que ponerse de nuevo en marcha, cruzando media Italia. Finalmente fueron recogidos por las embarcaciones y llevados a Genova.

Allí estuvieron año y medio más, para desesperación de sus anfitriones. Los genoveses tuvieron que llamar la atención a Urbano para que mantuviera a raya a sus descontroladas tropas de bárbaros mercenarios. Además, sus salvadores le recordaron que amén del pago de 130.000 florines por el alquiler de las galeras, el Sumo Pontífice había prometido dejar en libertad a los cardenales torturados, cosa que no había cumplido.

Cuando un grupo de valerosos genoveses intentó liberar a los desgraciados cardenales que quedaban con vida, Urbano ordenó asesinar a cinco de ellos. Las fuentes mencionan dos finales distintos -aunque igualmente terribles- para aquellos pobres diablos:

según unos habrían sido enterrados vivos y, para otros, fueron metidos en sacos y arrojados al mar. El sexto cardenal, el inglés Adam Easton, tuvo la suerte de salvar el pellejo gracias a la presión ejercida por su rey, Ricardo II.

Al día siguiente de la ejecución cardenalicia, Urbano puso de nuevo pies en polvorosa. En esta ocasión su destino era Perugia, donde ya se estaba reuniendo un nuevo ejército para tomar Nápoles. Pero aquella nueva "cruzada" terminó en el mayor de los ridículos. A mitad de camino los mercenarios renunciaron a la empresa, ante la falta de fondos. El Papa se quedó "compuesto y sin tropas", únicamente acompañado por un centenar de incondicionales.

Para colmo de males cayó víctima de unas fiebres que le produjeron alucinaciones en las que veía a san Pedro ordenándole volver a Roma. Y así lo hizo ¡por fin!, después de peregrinar por media Italia durante cinco años. Urbano entró en Roma en septiembre de 1388. Un año más tarde pasó a mejor vida, acompañado en su agonía por el cronista Dietrich...

3. EL FIN DEL CISMA

Tras el fallecimiento del desquiciado y "viajero" pontífice, los cardenales romanos escogieron nuevo sucesor. El continuador del papado romano fue Bonifacio IX. Cinco años más tarde fallecía también el Papa de Aviñón, el terrible y sanguinario Clemente VII, alias "El Carnicero", quien como ya vimos se había cobrado más de cuatro mil almas en Cesena cuando era cardenal.

Aquel habría sido un momento idóneo para acabar con el Cisma, pero en lugar de esto, los cardenales franceses escogieron al cardenal español Pedro de Luna, quien a partir de 1394 pasó a llamarse Benedicto XIII.

En vista de que la bicefalia de la Iglesia no acababa, los dos profesores más eminentes de la Universidad de París - en aquella época la cuna de la teología-, propusieron la celebración de un concilio que acabara definitivamente con el Cisma.

Este concilio tuvo lugar finalmente en la ciudad de Pisa en 1409. Sin embargo, el llamamiento fue ignorado por ambos papas -Benedicto XIII y Gregorio XII-, por lo que se decidió que fueran depuestos y se nombró como nuevo pontífice a Alejandro V, que fue aceptado como legítimo por Inglaterra, Francia y buena parte de Alemania.

Como era previsible, los papas de Aviñón y Roma hicieron caso omiso a su deposición, y siguieron considerándose los auténticos sucesores de san Pedro. Así que tras el Concilio de Pisa, la cristiandad ya no gozaba de la existencia de dos papas, como hasta ese momento, sino que tenía tres Santos Padres. Claro que cada uno de ellos tenía a su vez una corte de colegios cardenalicios, lo que generó problemas graves como que algunas diócesis contaran a su vez con tres obispos.

4. EL OTRO JUAN XXIII (1410-1415)

En sus primeros planes, Baldassare Cossa -futuro papa pisano Juan XXIII- no había barajado la posibilidad de hacer carrera en la Iglesia. Sin embargo, tras iniciar sus andanzas profesionales como marino y soldado, acabó siendo nombrado cardenal y legado del Papa romano Gregorio XII en Bolonia. Allí demostró su buen hacer como estadista, al lograr la anexión de la ciudad para los Estados Vaticanos. Ya en aquel entonces salió a relucir su carácter violento, y se ganó la antipatía de sus convecinos.

Más tarde abandonó a Gregorio, el Papa de Roma, y formó parte del Concilio de Pisa en el que se nombró nuevo pontífice a Alejandro V, al que se encargó de "guiar" como sí él mismo estuviera ocupando el trono pontificio, algo que acabaría sucediendo de forma efectiva.

Tras la muerte de Alejandro en 1410, Cossa fue nombrado nuevo Príncipe de los Apóstoles por los cardenales de la facción de Pisa, tomando el nombre de Juan XXIII. Ya en aquel momento circularon las sospechas y rumores que le señalaban como causante de la muerte del Papa mediante envenenamiento.

Ya como pontífice, Juan XXIII se embarcó en una serie de enfrentamientos militares con el rey de Nápoles, a quien

derrotó en varias batallas, obteniendo algunos territorios. Sin embargo su suerte cambió por completo, y acabó expulsado de la Ciudad Eterna. Viéndose en tales circunstancias, el papa Cossa decidió pedir ayuda al monarca alemán, Segismundo, quien aceptó su solicitud a cambio de que Juan XXIII convocara un nuevo Concilio con la finalidad de terminar de una vez por todas con el Cisma que, como si de un cáncer se tratara, estaba "comiéndose" la Iglesia desde dentro.

En un principio el papa Juan no se mostró muy convencido, pero finalmente accedió a celebrar el concilio en la ciudad de Constanza en noviembre de 1414, con la seguridad de que saldría de allí legitimado como único y verdadero sucesor de san Pedro.

Según el escritor Peter de Rosa [65], la celebración de aquella masiva reunión de miembros de la Iglesia tuvo que cumplir algunos requisitos. Al parecer, el lugar de la celebración tenía que ser lo suficientemente grande como para acoger a las numerosas prostitutas de la ciudad que habían acudido hasta allí conocedoras de los pecaminosos gustos de muchos miembros de la Iglesia. Las fuentes señalan la presencia de hasta 12.000 meretrices... Seguramente, se trata de una cifra inexacta y exagerada, pero resulta innegable que aquellas mujeres tuvieron

clientes de sobra para ganarse el pan.

De cualquier forma, el sucesor de Alejandro V tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Cossa estaba convencido de que aquel concilio, que había reunido a más de 18.000 clérigos de distinto rango, le serviría para ser reconocido como pontífice legítimo frente a sus adversarios de Roma -Gregorio XII- y Aviñón -Benedicto XIII-. Sin embargo, estaba muy equivocado. El concilio pretendía ir mucho más allá: entre su finalidad estaba, además de acabar con el Cisma, acometer una reforma de la Iglesia y condenar las diversas herejías que aparecían en ese momento.

Y Juan XXIII pronto comprobó que no sólo no tenían pensado hacerle Papa, sino que iban a aprovechar la celebración del concilio para juzgarlo por las acusaciones de herejía, asesinato, adulterio y mil pecados más, cometidos durante su vida anterior al pontificado.

En la madrugada del 21 de marzo de 1415, viéndose acorralado, Juan decidió huir oculto bajo la identidad de mozo de cuerdas. El disfraz no debía ser muy convincente, ya que poco después fue apresado y trasladado hasta el cercano castillo de Gottiieben. Dos meses después fue definitivamente depuesto, bajo los cargos de "notoria simonía, dilapidación de bienes, costumbres detestables y

deshonestas y otros muchos crímenes" y llevado a prisión [66].

Por su parte, Gregorio XII abdicó voluntariamente, tal y como había prometido con anterioridad. Todo lo contrario a lo que hizo el español Pedro de Luna, Benedicto XIII, que se negó a dejar el cargo, y finalmente se refugió en el castillo templario de Peñíscola, en Castellón, donde murió en 1424 a la avanzada edad de 92 años [67].

Los participantes en el concilio, finalmente, nombraron nuevo pontífice a Martín V, acabando con el nefasto periodo del Cisma de Occidente...

VIII - Los Papas del Renacimiento

El Renacimiento supuso para el arte y el conocimiento un periodo brillante, glorioso, mágico, que echaba la vista a lo mejor de las grandes culturas de la humanidad. Por el contrario, la historia del papado en este periodo es uno de los más nefastos y vergonzosos que puede recordar la Iglesia. Prácticamente sin excepción, la mayoría de los Sumos Pontífices que tuvieron la oportunidad de guiarla en este periodo se abandonaron a los mayores pecados imaginables.

Fiestas, lujo, orgías, escandalosos favoritismos, venta de cargos eclesiásticos, asesinatos, guerras, intrigas... Fue esta época y no otra, la que vio aparecer a un pontífice como el español Alejandro VI, el papa Borgia, que ha tenido el dudoso honor de pasar a la historia como icono del mal encarnado en la Iglesia.

En el descargo de todos ellos podemos decir que la suya no era una condición única y exclusiva de la jerarquía eclesiástica, sino algo propio de la gran parte de la nobleza y la burguesía europea. Al menos -algo hemos de agradecerles-, la gran mayoría de ellos

fueron grandes mecenas de artistas que han dado placer

a nuestras retinas, financiado a hombres geniales como Rafael, Miguel Ángel, Leonardo y tantos otros.

Finalmente, ese degradado comportamiento hizo surgir también una crítica feroz que tendría en Lutero a su máximo exponente.

Suena a tópico, pero es la absoluta verdad. Después del nefasto gobierno de estos papas, la Iglesia y el papado nunca volvieron a ser lo mismo.

1. SIXTO VI (1471-1484) UN GOBIERNO PODRIDO POR EL NEPOTISMO

Fue el primero en demostrar todo lo que un 'Papa era capaz de hacer y cuántas cosas, que algún día serían condenadas como faltas, podía disculpar con su augusta autoridad.

Maquiavelo

Francesco Della Rovere había nacido en una familia muy pobre, hasta el punto de que sus padres, incapaces de mantenerlo debidamente y de facilitarle una educación, cedieron su custodia a un convento de los Hermanos Menores.

El pequeño Della Rovere tenía dotes para el estudio, y sus maestros consideraron oportuno que ampliara sus conocimientos en las ciudades de Pavía y Bolonia. Su pasión por el estudio acabaría haciendo de él un buen profesor que impartió sus conocimientos en las ciudades más importantes de toda Italia. Y cuando cumplió los cincuenta años, fue elegido nuevo superior de la Orden que le había acogido y educado en su niñez. Sólo tres años después ya era cardenal.

El 9 de agosto de 1471 se convirtió en el nuevo

pontífice, Sixto IV. Nada más poner el pie en el Vaticano se lanzó a practicar el que sería su mayor pecado. Tanto Francesco como su familia habían pasado muchas penurias, rodeados por la pobreza, así que el recién nombrado Papa seguramente pensó que sería justo compensar aquella injusticia. Y así comenzó un escandaloso y desenfrenado favoritismo.

Primero inundó con riquezas a sus seis hermanos. Después nombró cardenales a varios sobrinos. Uno de ellos, Giuliano, se convertiría con los años en otro Papa, Julio II "El Terrible", de quien nos ocuparemos a su debido tiempo. Además de la púrpura, Giuliano recibió también seis obispados y varias abadías. Con otro de sus sobrinos, Pedro Riario, fue aún más generoso: además de nombrarle cardenal, le regaló varios obispados, y le concedió una asignación de 2.400.000 francos y el patriarcado de Constantinopla. Por desgracia para él, Pedro no pudo disfrutar mucho de aquellos bienes. Su vida inmoral y desordenada se lo llevó a la tumba. Así que fue su hermano Jerónimo quien heredó todas sus pertenencias. Mejor hubiera sido que acabara como su hermano Pedro.

Jerónimo no se sentía satisfecho con aquellas riquezas. Poseía el título de conde y estaba casado con la duquesa de Milán, Catalina Sforza. ¿Pero por qué conformarse con eso

si podía ser príncipe con la ayuda de su tío? Y así fue como Sixto IV se vio mezclado en uno de los episodios más negros de su época: la conjura de los Pazzi. Jerónimo se alió con esta rica familia de banqueros con la intención de tramar un complot que acabase con sus más acérrimos enemigos, los Médicis, y hacerse con el control de su ciudad, la hermosa Florencia. Y así, el 26 de abril de 1478 la conjura se puso en marcha y triunfó... a medias. Giuliano de Médicis fue asesinado, pero Jerónimo y los Pazzi no lograron hacerse con Florencia. Se inició entonces una guerra entre la ciudad y el papado. La consecuencia fue la excomunión directa de Lorenzo de Médicis y la ciudad de Florencia.

La Iglesia tiene un precio

Como es lógico, aquella dedicación exclusiva a los asuntos temporales le impidió ejercer su papel como cabeza de la Iglesia y dirigir sus asuntos. Sixto IV fue un príncipe temporal, uno más entre los muchos que había en Italia en aquellos años.

Además, tenía a sus sobrinos exprimiendo las arcas pontificias [68], así que tuvo que ingeniárselas para encontrar nuevas formas de beneficio. Sólo precisó echar la vista atrás y ver lo que habían hecho la mayor parte de

sus antecesores. Aumentó los impuestos y le dio un nuevo impulso al mercado de indulgencias. En 1475 proclamó el séptimo Jubileo, lo que atrajo a miles de peregrinos y con ellos sus muy provechosas limosnas. De hecho la visita de fieles debió ser muy productiva, ya que Sixto decidió prolongar el Jubileo hasta el año siguiente.

Tampoco tuvo ningún problema en ponerle precio a los cargos eclesiásticos. Además, si hacía falta siempre podía aumentarse el número de cargos de la curia. Y de hecho lo hizo, alcanzando los 625, una cifra que no sería superada hasta la llegada del papa Borgia. Tampoco despreció Sixto IV los ingresos procedentes de los impuestos que, por ejemplo, pagaban "religiosamente" las casas de placer de sus Estados.

El concilio que nunca se celebró...

Antes de acceder al papado, Francesco della Rovere no era un cardenal especialmente rico, así que no pudo comprar el cargo mediante sobornos. De modo que tuvo que lograrlo mediante promesas y la aceptación de varias condiciones. Una de éstas consistía en la celebración de un concilio. Con su mano sobre la Sagrada Biblia, Francesco juró solemnemente que aquel concilio tendría lugar. Sin embargo, parece que una vez consiguió la tiara sufrió un

instantáneo y selectivo ataque de amnesia, ignorando lo prometido.

Quien no olvidó la promesa del Papa fue el arzobispo de Munster, Andrés Zamomitic, que al ver que el concilio no llegaba nunca, decidió convocarlo él mismo en marzo de 1482. Sixto, rabioso, lanzó la excomunión contra la ciudad de Basilea, donde se había refugiado el arzobispo tras el enfado papal, y exigió su entrega inmediata. Pero Basilea se negó en redondo, y aquella situación se prolongó durante dos años, hasta que Zamomitic se quitó la vida, quizá por temor al terrible castigo que le esperaba si caía finalmente en las garras del pontífice.

En 1478 Sixto IV había tomado otra de sus decisiones nefastas: otorgó una bula mediante la que concedía permiso a los Reyes Católicos para que establecieran la Inquisición en España y que dicha institución estuviera directamente al cargo de las de la Corona, y no de la Iglesia. Sólo tres años después, en 1481, tenía lugar el primer Auto de Fe contra los judaizantes sevillanos.

Para rematar aquella decisión, el Papa publicó otra bula en 1483 mediante la cual el dominico español fray Tomás de Torquemada se convertía en inquisidor general. Sólo vamos a reseñar brevemente algunas de las atrocidades cometidas por el Gran Inquisidor bendecido por el

mismísimo Papa. Durante el mandato de Torquemada, "los tribunales inquisitoriales mandaron a la hoguera a unas 8.800 personas, 6.500 más fueron quemadas en efigie -por no haber comparecido o por haber muerto ya en las cárceles secretas- y hubo 90.004 reconciliados mediante diversas penas" [69].

Sus sucesores no se quedaron atrás. Sólo un ejemplo que, por cierto, nos viene de perlas para nuestro repaso a los papas indignos:

Adriano de Utrecht, obispo de Tortosa y años después Papa bajo el nombre de Adriano VI [70] (1522-1523), condenó personalmente a la hoguera a 1.344 personas, 672 en efigie y "reconcilió" a 26.214. Bonitas cifras para un sucesor de san Pedro y supuesto predicador de un mensaje de amor al prójimo.

Eso, claro está, sin olvidar que sólo catorce años después de su nacimiento, aquella Inquisición permitida y legalizada por obra y gracia de Sixto IV protagonizó uno de sus más vergonzosos episodios: la injusta y denigrante expulsión de miles de judíos de la Península.

2. INOCENCIO VIII (1484-1492), MARTILLO DE BRUJAS

Al morir Sixto IV el 12 de agosto de 1484, había dos pretendientes en pugna por obtener la tiara: el español Rodrigo de Borgia y Giuliano della Rovere. Ambos eran sobrinos de sendos pontífices; el primero de Calixto III y el segundo, del recién fallecido Sixto. Eran los favoritos y, sin embargo, ninguno de ellos se sentó en la silla de san Pedro. Giuliano se dio cuenta muy pronto de que los cardenales no tenían intención de otorgarle su voto, así que hizo lo único que pudo en ese momento: evitar que saliera elegido su adversario y mover sus fichas para que el nuevo Papa fuera uno de sus hombres.

Y así fue. El colegio cardenalicio escogió al cardenal Giovanni Battista Cibo, hijo de un senador romano que se había educado durante su juventud en la corte de Nápoles y en las universidades de Roma y Pádua.

Si Sixto IV había despejado cualquier duda sobre su pecaminosa actitud, el nuevo Papa, Inocencio VIII, tampoco defraudó en este aspecto. Antes de recibir la mitra papal había traído al mundo a dos hijos: Franceschetto y Teodorina. En este asunto hay que reconocerle al Papa su honestidad. Hasta aquel momento la mayoría de los papas o

cardenales que tenían hijos bastardos solían esconder su condición concediéndoles el menos escandaloso apelativo de "sobrinos". Pero Inocencio no creyó necesario aquel protocolo hipócrita, y reconoció abierta y públicamente a sus hijos ilegítimos.

Y al igual que su predecesor, Inocencio tampoco dejó escapar la oportunidad de beneficiar a los suyos. Franceschetto recibió como regalo el casamiento en una fastuosa boda con Magdalena de Médicis, hija de Lorenzo el Magnífico; un año más tarde hacía lo propio con su nieta Battistina, la hija de Teodorina, a quien casó con el nieto del rey de Nápoles, Luis de Aragón.

El papa Della Rovere había dejado las arcas pontificias totalmente exhaustas después de sus continuas batallas y los regalos a sus sobrinos, por lo que Inocencio VIII heredó unas cuentas en números muy rojos. Para intentar paliar aquella penosa situación tampoco dudó en empeñar la tiara, la mitra y parte de los tesoros papales, según iba siendo necesario. Pero aquello era sólo una solución temporal, así que comenzó a estrujar las amplias posibilidades que otorgaba la venta de cargos eclesiásticos al mejor postor.

Otra fuente de ingresos, esta bastante fuera de lo común, la obtuvo tras llegar a un curioso acuerdo con el

sultán Bayaceto II. A cambio de unos 40.000 ducados anuales, Inocencio se comprometía a "custodiar" a un hermano del sultán, llamado Djem. Al parecer, éste resultaba demasiado molesto por su desenfreno con las mujeres del harén de su hermano y, sobre todo, por el peligro que suponía como aspirante al trono.

Caza de brujas

Entre las decisiones más negativas de este Santo Padre se encuentra la proclamación de la bula *Summis Desiderantis Affectibus*, mediante la cual se daba carta blanca a la "caza de brujas". Y no era una metáfora. Aquel documento hizo que se multiplicara la fiebre contra aquellas mujeres que, supuestamente, tenían tratos con el maligno.

Fueron dos inquisidores alemanes de la Orden de los dominicos, Heinrich Kraemer y Jacob Sprenger, quienes tras pedir ayuda a Inocencio en su lucha contra las hechiceras publicaron en Estrasburgo el que se convertiría en libro de cabecera de todos los inquisidores de Europa: e l *Malleus Malleficarum*, también conocido como "Martillo de Brujas". El libro disfrutó del apoyo pontificio, e incluía en sus primeras páginas la bula de Inocencio. Aquel manual del "perfecto inquisidor" se convirtió,

tristemente, en un *best-seller* de la época que hasta el siglo XVIII sirvió para llevar a miles de mujeres inocentes a la hoguera...

Inocencio VIII nunca gozó de muy buena salud. En sus ocho años de papado tuvo diversos achaques, y más de una vez se pensó que estaba a punto de pasar a mejor vida. En una de estas ocasiones en las que Inocencio parecía estar con un pie en el otro lado, su hijo Franceschetto tuvo la genial idea de robar el tesoro pontificio y escapar con él. Para su desgracia, el Papa se recuperó y tuvo que regresar y devolver lo robado.

Cuando finalmente se acercó su verdadero final, y siguiendo indicaciones de su médico, hizo que "sangraran" a tres jóvenes para recibir una transfusión, en la creencia de que aquel remedio le devolvería la salud. Por desgracia, ni él ni aquellos inocentes sobrevivieron al tratamiento.

3. ALEJANDRO VI (1492-1503), EL NEFASTO PAPA BORGIA

Durante toda su vida, Alejandro VI no hizo otra cosa que engañar al mundo. Nadie dominó como él el arte de la pillería. Nadie confirmó sus promesas con juramentos más sagrados, pero tampoco nadie le dio nunca menos importancia a sus juramentos. Siempre consiguió abusar de las gentes porque nadie conocía mejor que él el lado flaco de los hombres.

Maquiavelo.

Rodrigo de Borja nació un 1 de enero de 1431 en la localidad valenciana de Játiva. Su futura trayectoria estuvo marcada desde un principio por la elección como Papa de su tío materno, Alonso Borja, quien tomó el nombre de Calixto III. Poco después de conseguir la tiara, éste otorgó a su joven sobrino el cargo de notario apostólico el 10 de mayo de 1455. A partir de ese momento tuvo una fulgurante carrera. Unos meses después, en febrero de 1456, y con sólo 25 años, conseguía la púrpura cardenalicia. Finalmente, en 1457 recibía el grado de vicescanciller de la Iglesia de Roma, un puesto más o menos equivalente al del Secretario de Estado Vaticano en la

actualidad.

Rodrigo de Borja -conocido ya en aquel momento de su vida con el apellido con el que pasaría a la historia, Borgia- todavía tuvo que esperar unos años para ocupar el trono de san Pedro. Sin embargo, no desperdició el tiempo. Durante los cinco pontificados que tuvo la ocasión de contemplar durante su estancia en Roma, el astuto y ambicioso Rodrigo acumuló un cargo tras otro además, claro está, de una de las mayores riquezas de la época [71].

Durante todo este tiempo, y a pesar de su condición de "hombre de Dios", el célebre Borgia había llevado una vida que, siendo más que generosos, calificaremos de licenciosa. Sobrado como estaba de dinero, no le importó traer a este valle de lágrimas a una considerable sucesión de vastagos. Primero fueron Isabel, Pedro-Luis y Jerónima, cuya madre nos es desconocida. Más tarde se añadirían a esta lista los pequeños Juan, César, Lucrecia y Jotré, fruto de sus pecaminosas relaciones con la que fue su amante favorita: Vanozza de Catanei.

El 11 de agosto de 1492 Rodrigo Borgia obtuvo finalmente la tiara papal. Eso sí, tras previo pago de los más de 80.000 ducados que tuvo que desembolsar para comprar los votos que le otorgarían el poder absoluto [72]. Tomó el nombre de Alejandro VI, en recuerdo a su admirado

Alejandro Magno.

Al día siguiente a su coronación celebró una lujosa ceremonia digna del más poderoso emperador romano, y aquello era simplemente una muestra de lo que era capaz de realizar.

Desde el primer momento de su pontificado se lanzó a ejercer un desvergonzado nepotismo. Con sólo 18 añitos, su hijo César obtenía el cargo de cardenal. A Juan logró conseguirle una ventajosa dote, al casarlo con María Enríquez, prima de Fernando el Católico, lo que le valió convertirse en duque de Gandía. Por su parte, Jofré tomó la mano de una nieta del rey de Nápoles. En último lugar, su amada Lucrecia -la favorita entre todos sus descendientes- se desposó a los trece años con Juan Sforza, años más tarde con Alfonso de Biscegli, y finalmente con Alfonso d'Este. También otorgó diversos favores a otros familiares cercanos, nombrando cardenales a cuatro de ellos.

Roma invadida

Estos escandalosos favoritismos no escaparon a la crítica. En 1494, el cardenal Giuliano della Rovere [73] tuvo que pedir asilo y ayuda en la corte de Carlos VIII, rey de Francia, tras haber encabezado una oposición contra Alejandro VI por este motivo.

Aquel fue el comienzo de una alianza entre Della Rovere, Ludovico Sforza -regente de Milán- y el monarca francés en un intento de derrocar al papa Borgia. Sus intenciones pasaban, además, por atacar Nápoles y recuperar así el trono perdido por los Anjou. El monarca francés, que según todas las crónicas no contaba con muchas luces, accedió encantado.

Pero no contaban con la inteligencia de Alejandro VI. Viéndose en peligro y tras comprobar que ninguna monarquía cristiana pensaba acudir en su ayuda, el Papa pidió ayuda al sultán Bayaceto, quien irónicamente era su enemigo. Parecía una idea descabellada, pero el Borgia contaba con una baza importante: todavía custodiaba a Djem, el hermano de Bayaceto prisionero de varios papas a cambio de dinero, y que suponía un peligro para el poder del sultán.

Así que Alejandro tramó una enorme -pero efectiva- mentira. Explicó al sultán que el ejército dirigido por el rey francés tenía como objetivo final liberar a Djem y alzarlo en el trono. El Papa le pidió que convocara a las tropas de sus amigos venecianos y, de paso, que le enviara los 40.000 ducados que le debía. Pero Alejandro no esperaba la respuesta que le llegó a través del emisario del sultán: le pagaría 300.000 ducados -y no 40.000-, pero era más

cómodo matar a Djem y dejarse de guerras inútiles.

La tragedia parecía inevitable, mientras las tropas francesas avanzaban hacia la Ciudad Eterna.

Finalmente las tropas enemigas entraron en Roma el último día del año 1494. El papa se refugió en la fortaleza de Sant' Angelo -ya habitual en este tipo de situaciones-, llevándose con él a Djem. Y dieron comienzo las negociaciones... Aunque parezca increíble, Alejandro VI salió bien parado. Carlos se conformó con exigir un puesto de cardenal para uno de sus colaboradores, la custodia de Djem y la entrega de César Borgia como muestra de buena voluntad. Al final el papa Borgia tuvo tanta suerte que el rey francés tuvo que contentarse con llevarse a César. Bueno, en realidad ni siquiera eso... Cuando acababa de salir de Roma, el hijo del Papa se escapó y no pudieron atraparlo. En cuanto a Djem, el pobre perdió la vida en extrañas circunstancias. Según el maestro de ceremonias papal, John Burchard, "de algo que comió a pesar suyo".

Falsas promesas

El 15 de junio de 1497, el papa Borgia tuvo que enfrentarse a uno de los momentos más difíciles de su vida. Aquel día, el cadáver de su hijo Juan apareció flotando en las aguas del Tíber. Había sido asesinado [74]. Parece ser

que este terrible suceso afectó hondamente al Santo Padre, que interpretó la muerte de su vastago como un castigo del cielo. Alejandro VI hizo propósito de enmienda y prometió enderezar su vida y dedicarse a la reforma de la Iglesia [75]. Pero por desgracia, como señaló Maquiavelo, las promesas de Borgia no valían mucho...

Las críticas que recibía el pontífice no se limitaban, para su desgracia, a las lanzadas por el cardenal Juliano Della Rovere. Ya desde antes de alzarse con el trono de Pedro, Alejandro había estado recibiendo duras críticas por parte de un fraile florentino un tanto exhaltado llamado Savonarola. Ya nombrado Vicario de Cristo, Alejandro VI no dudó en conseguir que eliminaran a semejante molestia. El 23 de mayo de 1498, Savonarola moría ahorcado. El cadáver del fraile fue incinerado, y sus cenizas arrojadas con desprecio al río Amo.

Tampoco le temblaba la mano al pontífice a la hora de encarcelar, torturar e incluso asesinar a cualquier cardenal o noble que se interpusiese en su camino y que, sobre todo, tuviera algo que él quisiese poseer.

Como es lógico, no tardó en surgir un sentimiento de odio y desprecio hacia toda la familia, y se produjeron levantamientos populares en su contra. Incluso los Orsini y los Colonna, dos clanes de la nobleza romana que habían

sido tradicionalmente enemigos, pactaron con el fin de acabar con el poder de la terrible familia. Como forma de protección, el papa Borgia decidió que lo mejor era fortalecer el poder de la familia emparentando a sus hijos. Así, invalidó el matrimonio de Lucrecia con Sforza y la casó de nuevo con un hijo del rey de Nápoles, Alfonso II. También hizo que su hijo César renunciase a su puesto cardenalicio para casarse con Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra. De este modo se ganó también el apoyo de la monarquía francesa.

Llenas las arcas pontificias con las indulgencias vendidas a los peregrinos que acudieron en masa al jubileo romano de 1500, y con la venta de los puestos cardenalicios, César -convertido en *gonfalonero* -capitán general- de las tropas pontificias- y su padre organizaron un poderoso ejército. Paralelamente, el vastago aventajado de los Borgia asesinó al marido de su hermana Lucrecia, dejándole el camino libre para casarse de nuevo.

Con ayuda de las tropas francesas, el ejército comandado por Alejandro VI y su hijo César derrotó a los hombres de la familia Colonna. Mientras su padre estaba fuera de Roma, Lucrecia ejerció como "papisa" en funciones, controlando la Iglesia. Más tarde la hija del Papa se casaría con Alfonso d'Este, enojando a la otra familia en

conflicto con los Borgia, el clan de los Orsini, quienes comenzaron a urdir una nueva trama para acabar con Alejandro VI. Sin embargo nada de esto sirvió. El papa Borgia encarceló al cardenal Orsini, se quedó con todas sus posesiones y ordenó que le ejecutaran.

Padre e hijo se dispusieron a imponer su autoridad en los Estados Pontificios. No fueron pocos los éxitos obtenidos en estas campañas militares, aunque como ocurre en toda la historia de esta familia, tampoco faltan aquí comportamientos poco honrosos. Siguiendo la pauta de todo su pontificado, Alejandro VI no dudó en favorecer a sus familiares, "regalando" todos aquellos territorios que iban conquistando. El descaro del Papa llegó hasta tal punto que incluso concedió el ducado de Sermoneta a su nieto, el hijo de Lucrecia, que por aquel entonces tenía tan sólo dos años.

Una vida "licenciosa"

En cuanto a su vida privada, antes de ser elegido Príncipe de los Apóstoles, Rodrigo Borgia se había entregado por completo al desenfreno, las fiestas, excesos y actividades nada apropiadas para un miembro destacado de la Iglesia.

Ya en 1458, el por entonces papa Pío II tuvo que

reprenderle con dureza públicamente [76], a causa de la vida poco apropiada que llevaba. Todo parece indicar que no abandonó tales prácticas tras convertirse en el sucesor de Pedro. En el mismo año de su elección como pontífice, Alejandro VI compartía lecho con una de sus amantes en el mismísimo palacio pontificio. Entre otras de sus conquistas -a pesar de contar ya con una edad avanzada- estaba una bella joven llamada Julia Farnesio, esposa de un miembro de la familia Orsini. "Julia la Bella", como también era conocida entre la jet romana de la época, fue pronto considerada como "concubina del Papa". Todo parece indicar, aunque nunca se ha podido saber con seguridad, que de esta relación nació el pequeño Juan Borgia, también conocido como el "infante romano". En 1501 se publicaron dos bulas, contradictorias entre sí. En una de ellas se afirmaba que el pequeño Borgia era hijo del propio Papa, mientras que en la otra se sostenía que éste era descendiente de César, y por lo tanto su nieto.

A pesar de los anteriores episodios, existe un suceso que demuestra sin lugar a conjeturas el tipo de vida disoluta que llevaba el papa Borgia. Los historiadores poseen una inmejorable fuente de información sobre éste y la vida de la época gracias al diario que, entre 1483 y 1508, escribió Juan Burchard, maestro de ceremonias de la casa del

pontífice. Gracias a sus páginas se ha hecho célebre un episodio que ha ayudado en buena medida a alimentar la nefasta leyenda de Alejandro VI y los Borgia en general. En el diario de Burchard se lee que, durante la noche del 31 de octubre de 1501, se celebró una impresionante orgía en la que participaron el Papa, sus hijos Lucrezia y Cesar, y otros familiares. Imagínese el lector la increíble escena: cincuenta prostitutas, procedentes de los mejores burdeles romanos, bailaban desnudas para regocijo de todos los presentes. Se celebraron "concursos" que premiaban la potencia sexual de los participantes, que competían por ver quién lograba satisfacer a más meretrices. Estas también competían, según el relato de Burchard, en una singular pugna que consistía en coger castañas del suelo sin usar las manos ni la boca y estando, por supuesto, totalmente desnudas.

La historia oficial de la Iglesia asegura que el Sumo Pontífice, Alejandro VI, murió el 18 de agosto de 1503 a consecuencia de unas fortísimas fiebres producidas por la malaria.

Sin embargo, son muchas las fuentes que, por el contrario, defienden que su muerte se produjo por envenenamiento. El hecho de que su hijo César enfermara al mismo tiempo y el estado que presentaba el cadáver

poco después de su muerte parecen dar la razón a los que defienden la teoría del asesinato. Si fue así, Borgia podría haber muerto víctima de la caníarella, el célebre veneno que su familia y él mismo pusieron de moda.

4. JULIO II (1503-1513), "EL TERRIBLE"

Giuliano Della Rovere había soñado con ocupar el trono de san Pedro desde que era joven, cuando su propio tío se convirtió en el papa Sixto IV. Aquel hecho supuso un cambio notable en su vida y en la de su familia, ya que hasta entonces habían sido muy pobres.

Pero a partir de entonces, con un familiar en lo más alto del poder de Roma, las cosas iban a dar un giro radical. El mismo año del nombramiento de su tío como Papa, Giuliano fue nombrado obispo de Carpentras. Dos meses después, en diciembre de 1471, recibía la púrpura y se convertía en cardenal de *San Pietro ad Vincola*. No quedó ahí la cosa. Su tío Sixto le benefició también con el regalo del arzobispado de Avignon y otros ocho obispados. Su carrera eclesiástica no dejó de crecer en influencia a partir de ese momento, incluso tras la muerte de su tío y ya con el nuevo papa Inocencio VIII en el trono.

Por desgracia para Giuliano, la privilegiada situación que había logrado, y sobre todo la influencia que había adquirido se redujeron notablemente con la adquisición -nunca mejor dicho- del papado por parte del infame Alejandro VI. Giuliano veía indignado el nepotismo y la simonía practicada por el papa Borgia -en especial porque

ambicionaba para sí ese puesto-, por lo que dirigió duras críticas al "toro español". Como era de esperar, y como ya mencionamos brevemente en el capítulo anterior, Alejandro VI no encajó nada bien aquellos reproches, y Giuliano tuvo que huir en 1494 para no perder el pescuezo, y se refugió en la corte de Carlos VIII, el rey francés.

Pero la historia y los romanos no verían el verdadero rostro de "El Terrible" Della Rovere hasta que éste no se hizo con el solio pontificio.

A la muerte del papa Borgia, le sucedió brevemente Pío III, quien habría aguantado menos de un mes, y que desapareció del mapa también bajo rumores de envenenamiento.

Aquel era el momento que Giuliano había estado esperando, y no dejó escapar la oportunidad que se le presentaba. Así que inició sus maniobras, sobornando aquí y allá, haciendo promesas solemnes, siempre con dinero de por medio, con el fin de asegurarse la elección como nuevo pontífice. Sus gestiones demostraron ser muy efectivas, y tuvieron una rápida respuesta, ya que el cónclave duró menos de un día. Della Rovere consiguió así lo que había estado soñando durante tantos años. El 26 de noviembre de 1503 tomaba la tiara y escogía el nombre de Julio II, en honor a su admirado Julio César, y como

premonición de la que sería su característica principal.

Sus primeras acciones como pontífice ya mostraron que iba a ser un Papa con vicios y debilidades tan despreciables como algunos de sus predecesores. No mostró el menor reparo ni asomo de vergüenza cuando decretó, por ejemplo, que a partir de su mandato todo que aquel que usara el dinero para comprar cualquier cargo sería depuesto de inmediato. Fue toda una demostración de cinismo, sobre todo viniendo de un Papa como él, que había destinado buena parte de su fortuna para hacer exactamente eso mismo.

Julio tampoco desaprovechó la oportunidad de sacar provecho de la venta masiva de indulgencias. De hecho, llevó esta práctica a sus límites, cediendo buena parte de dichas indulgencias a la banca, para que fuera directamente ella quien las vendiera.

El soldado de Dios

Sus preocupaciones como Vicario de Cristo, más que religiosas o sacerdotales, fueron eminentemente estratégicas y políticas. Así, uno de sus principales intereses fue construir unos Estados Pontificios sólidos y libres de los yugos de monarcas extranjeros. Para lograr su objetivo primero recuperó los territorios que el papa

Borgia se había adueñado para él y su familia. Después echó mano de las provechosas uniones matrimoniales, y desposó a una de sus hijas -sí, Julio II tampoco se libraba, a pesar de su condición, de tener varios descendientes- y a un sobrino con miembros del clan Orsini, y a otra de sus sobrinas la casó con un Colonna.

Pero estas inteligentes maniobras no fueron suficientes en algunos casos, y el Papa tuvo que hacer uso de las armas. El mismo, protegido por una resplandeciente y hermosa armadura, dirigió a los ejércitos que recuperarían Perugia y Bolonia en 1506. Aquella no fue la única ocasión en la que Julio II empuñó un arma y mató enemigos para cumplir sus pretensiones. Por algo se le conoce en la historia por los apelativos de "El Terrible" y "el soldado de Dios". Tanto desde el punto de vista de la Iglesia como el del poder temporal las actuaciones de Julio II resultaron bastante positivas ya que, si bien todo su papado fue una enorme campaña militar, el poder del Vaticano resultó fortalecido.

Tras haber recuperado las ciudades de Bolonia y Perugia, Julio II se dispuso a recuperar algunos territorios de la Romana que estaban en manos de los venecianos. Así, en 1509 se formó la Liga de Cambrai, mediante la que ganó la alianza del emperador Maximiliano I, Fernando el Católico, y el rey francés Luis XII. Gracias a su ayuda el

Papa recobró aquellos territorios.

Sin embargo, la alianza había sido sólo temporal. Cuando el Papa vio cumplida su ambición de reunir y reforzar los Estados Vaticanos, quiso liberar a toda Italia del yugo y la presencia extranjera, sobre todo si ésta era francesa. Aquello no agradó nada al monarca francés, y en respuesta organizó en 1510 un sínodo de obispos galos en la ciudad de Tours. Allí se decretó que el pontífice no tenía potestad para guerrear con ningún monarca extranjero y, si a pesar de eso se atrevía a hacerlo, el monarca podría invadir los Estados Pontificios. Aquello era sin duda una amenaza en toda regla.

Un año después, Luis XII convocó un concilio en Pisa con la presencia de nueve cardenales contrarios al Papa y el apoyo de Maximiliano I. Julio II respondió a su vez convocando otro concilio para el año siguiente, y logró que España, Inglaterra y Venecia se unieran a él en la Santa Liga frente a las tropas francesas. Más tarde se les unió también Maximiliano, y Luis XII fue derrotado. Poco después, en febrero de 1513, Julio II dejaba este mundo.

Además de su faceta de guerrero, hay que reconocerle que dejó a la humanidad un importante legado cultural gracias a su mecenazgo a grandes artistas del Renacimiento como Bramante, Rafael y, sobre todo, a Miguel Ángel, con

quien tuvo graves enfrentamientos y a quien encargó, además de su tumba, las maravillosas pinturas que decoran los techos de la Capilla Sixtina.

5. LEON X (1513-1521), EL HEDONISTA

Con Julio II muerto y enterrado, veinticinco cardenales se reunieron en cónclave para designar al nuevo ocupante de la silla papal. Por primera vez en muchos años, todos estaban de acuerdo. No querían un pontífice como el anterior, sólo dispuesto a ceñirse la armadura y guerrear. Así que no tardaron en encontrar un favorito. Su nombre era Giovanni de Médicis.

Tan sólo tenía una pega: el rico florentino era excesivamente joven -tenía 37 años-, y aquello eliminaba las opciones de los cardenales más ancianos de poder alcanzar ellos el papado algún día. Por el contrario, el joven Médicis no gozaba de muy buena salud, y aquello tranquilizó lo suficiente a los cardenales, que se decantaron definitivamente por él.

Y así fue como el hijo de Lorenzo el Magnífico, señor de Florencia, obtuvo la tiara y fue consagrado como León X.

Un niño en la jerarquía

Giovanni había sido preparado desde su más tierna infancia para triunfar en la carrera eclesiástica. Con sólo siete años ya había recibido la tonsura. Un año después, ya

era abad de Fount-Douce (Francia), a los nueve de la de Panigano, y a los once de la célebre abadía de Monte Cassino. Evidentemente, aquella sucesión de cargos se los debía a los empeños de su padre. El broche final llegó en plena pubertad de Giovanni.

Lorenzo presionó al papa Inocencio VIII para que su imberbe retoño fuera nombrado cardenal con catorce años. Y efectivamente, así fue, aunque con la condición de que no pudiera ingresar en el colegio de cardenales hasta los diecisiete, una edad que consideró más prudente.

Cuando Giovanni cumplió por fin el requisito impuesto por el Papa, se desplazó hasta Roma para incorporarse a sus nuevos quehaceres. Se convertía así en el cardenal más joven de la historia de la Iglesia. No era más que un muchacho, pero muy pronto aprendió las reglas del juego político. Durante su etapa como cardenal tuvo una actuación bastante digna. Como Papa las cosas serían muy distintas...

Lujo y despilfarro

El día de su coronación resultó ser un buen aviso de lo que sería su mandato. Fue un exceso de lujos y despilfarro que superaba incluso a la que en su día celebró Rodrigo Borgia. Para ser exactos, toda aquella ostentación de

riqueza y poder costó 100.000 ducados. Para que el lector se haga una idea, aquella cifra suponía la séptima parte de lo que había recaudado su antecesor durante todo un pontificado de victorias bélicas. No era mal comienzo. Tampoco es de extrañar por tanto, que una de sus primeras frases poco después de ser elegido fuera: "Disfrutemos del papado, pues Dios nos lo ha dado".

A partir de ese momento León X se dedicó a llevar una vida de placer y esparcimiento, dejando desatendidas sus labores eclesiásticas. Su pasión favorita eran los deportes - a pesar de que los tenía prohibidos por las leyes canónicas -, especialmente la caza.

El derroche que había visto Roma el día de su coronación continuó siendo la tónica general de su pontificado. Formó una corte que contaba con 683 personas, una cifra cuatro veces mayor que la de su antecesor. Pero no sólo él se dedicó a tales excesos. Los ricos comerciantes y banqueros florentinos, paisanos del Papa, no dudaron en agasajarle como era debido esperando, eso sí, ser justamente recompensados. Y para ello no escatimaron en gastos, celebrando espléndidas y suntuosas fiestas de grandes festines y, donde no faltaba la presencia de bellas cortesanas, de cuyas atenciones también disfrutó el Papa.

León fue también un pontífice plagado de caprichos y excentricidades, que gustaba de favorecer a cualquiera que llamase su atención de alguna forma. Aquel Médicis era un verdadero apasionado de la antigüedad -cuyo estudio se había puesto muy de moda en su época-, y fue concediendo cargos a cualquier personaje que destacara en ese campo. Además de con los intelectuales, escritores y poetas de distinta calidad, León se mostró especialmente generoso con Pietro Aretino, un célebre escritor del momento que estaba especializado en cuentos pornográficos.

Evidentemente, toda aquella agitada vida social le dejaba poco tiempo para dedicarse a temas relacionados con su cargo.

El triunfo del nepotismo

Los pecados del papa León no se limitaron sólo a disfrutar sin freno de todos los placeres que su posición y su riqueza le ponían al alcance de la mano. También, al igual que la mayoría de sus más recientes predecesores, no dudó en practicar un descarado favoritismo hacia su familia.

Poco después de obtener la tiara había concedido el cargo de cardenal a su primo Giulio, incurriendo con ello en otra grave falta: la de perjurio. Giulio era hijo ilegítimo

[77], por lo que fue necesaria la redacción de un documento falso en el que se aseguraba que sus padres sí estaban casados. Además de la púrpura, León otorgó a su primo el cargo de Vicecanciller y le cedió el título de Señor de Florencia, feudo de la familia.

A su hermano Giuliano, que prefería seguir siendo laico, le consiguió el matrimonio con una princesa francesa. De ese modo un Mediéis se unía por primera vez a una familia real.

La boda de su hermano fue una excusa perfecta para hacer de nuevo lo que más le gustaba: rodearse de lujo y gastar oro sin control. La "factura" de aquella celebración, con sus numerosas fiestas, empleados, trajes y demás parafernalia alcanzó una cifra incluso superior a la de su coronación: 150.000 ducados.

El Papa tenía más planes para su amado Giuliano, como concederle algún territorio más aparte de los que ya le había concedido como regalo de bodas. Pero no tuvo oportunidad de hacerlo, ya que su hermano falleció apenas dos años después.

Desaparecido su familiar más cercano, ya sólo le quedaba favorecer a su sobrino Lorenzo, hijo de su otro hermano, también fallecido. Lorenzo tenía ya dieciocho años, así que León pensó en concederle algún regalo. Tal

vez un ducado. Y pensó que la mejor elección para el joven Lorenzo era la ciudad de Urbino. Sólo había un problema: la ciudad ya contaba con un señor, Francesco Della Rovere, quien a su vez había sido sobrino del anterior Papa.

Aparte de aquel "pequeño" detalle, no había mayor impedimento. Como Sumo Pontífice que era, León poseía la autoridad para destituir a cualquiera de sus vasallos que le pareciera poco adecuado. Por desgracia para Della Rovere, sobraban faltas a las que agarrarse, ya que eran muchos sus pecados.

El sobrino de Julio II se rebeló ante tal injusticia y traición [78], pero aquel gesto sólo le sirvió para ser excomulgado. Con ayuda de tropas francesas y pontificias, un Lorenzo de Médicis adolescente entró triunfal en Urbino el 8 de agosto de 1516.

Pero no quedaron ahí las cosas. El defenestrado Francesco reunió un nuevo ejército y se dispuso a contraatacar. Mientras, León X pidió grandes créditos para hacer frente a los costes de la nueva guerra que se avecinaba. En un ingenuo gesto diplomático, el ex duque de Urbino envió a uno de sus hombres para negociar y proponerle a Lorenzo que acabaran con la disputa entre ellos dos, a modo de duelo. El joven Médicis debió pensar que era absurdo arriesgar el pellejo cuando ya tenía

soldados de su tío para hacerlo por él, así que mandó al embajador a Roma para que se presentara ante el Papa. Este aprovechó la oportunidad y, como el miserable que era, torturó al enviado de Della Rovere hasta que confesó la estrategia militar que éste pretendía utilizar en la contienda.

Finalmente, el Papa y su sobrino Lorenzo obtuvieron la victoria, aunque las arcas vaticanas -y el apoyo de su propio colegio cardenalicio- quedaron seriamente resentidas. El papa Médicis se había convertido en todo aquello que habían querido evitar los cardenales cuando lo eligieron: guerrero, simoniacó, despilfarrador, caprichoso y entregado a un inmoral favoritismo. Y lo peor es que aún no lo habían visto todo...

Crimen y castigo

Como ya dijimos al comienzo de este capítulo, la salud de León X no era precisamente de hierro. Entre sus muchas dolencias, el Papa sufría una molesta y dolorosa úlcera anal. Y fue esta enfermedad la que casi le lleva a la tumba, y no precisamente porque sufriera un empeoramiento de ella.

En 1517, fecha del siguiente episodio, los cardenales ya estaban más que hartos del Papa al que habían aupado en el último cónclave. Y algunos estaban más arrepentidos que

otros...

El joven cardenal Alfonso Petrucci -tenía sólo veintisiete años-, por ejemplo, tenía sobrados motivos para odiarle. Las posesiones de su familia en Siena habían sido confiscadas por las autoridades papales después de que la facción de la ciudad partidaria de la familia Médicis, a la que pertenecía el Papa, derrocaria al hasta entonces señor de la urbe, que era casualmente el hermano de Petrucci. Y así, pronto comenzó a germinar en su cabeza la idea de eliminar a León y cobrarse una justa venganza.

Al final, y tras pensarlo con detenimiento, Petrucci ideó el plan perfecto -al menos eso pensaba él-, para acabar con el Papa sin levantar sospechas y coronar al cardenal Riario. Se las apañó para que el médico habitual del pontífice no acudiera el día que le correspondía, y en su lugar trajo a otro que iba a seguir sus instrucciones: tenía que incluir veneno en la pomada destinada a tratar la dolorosa úlcera. El plan era perfecto: limpio, sin armas ni sangre de por medio y, sobre todo, difícil de detectar.

Pero la suerte no sonrió al conspirador. León X se sintió incómodo y reticente a mostrar sus excelentísimas posaderas a un médico que no era el habitual, y se negó a que le realizara las curas correspondientes.

En aquel momento el Papa no supo o no quiso ver las

extrañas circunstancias que habían rodeado a aquel episodio con el médico "suplente". Pero el joven e inexperto Petrucci demostró tener una boca demasiado grande y una lengua excesivamente inquieta para alguien que pretendía derrocar mediante el asesinato a tan poderoso enemigo como era el papa Médicis. De modo que al final, la existencia de aquella trama terminó por llegar a los oídos del pontífice, y el indiscreto y poco cuidadoso cardenal tuvo que poner tierra de por medio y escapar de Roma.

Puede que Petrucci hubiera dado muestras de cierta imaginación al idear un asesinato como aquel, mediante el uso de un unguento envenenado, pero desde luego no gozaba de una gran inteligencia, o pecaba en exceso de ingenuidad. Sea como fuere, lo cierto es que cuando León X le ofreció el salvoconducto para regresar a Roma, Petrucci lo aceptó. No debió pensarlo fríamente, ya que de lo contrario quizá hubiera recordado cómo el Papa, el mismo que ahora le hacía la promesa de que podía regresar sin temor a represalias, había faltado a su palabra en una circunstancia demasiado similar, cuando apresó al embajador del ex duque de Urbino.

Pero como decíamos, Petrucci aceptó igualmente y regresó a la Ciudad Eterna, quizá con la esperanza de ser

perdonado. Nada más lejos de la realidad. Una vez puso un pie en Roma, fue arrestado por las fuerzas pontificias y arrojado a la más oscura de las celdas de la fortaleza de Sant' Angelo.

Aquella nueva muestra de desprecio hacia su propia palabra fue duramente criticada por muchos, especialmente por el embajador español, que había dado su promesa al iluso Petrucci de que no sufriría daño alguno. Pero León no atendió a sus reproches, y se limitó a contestar: "No es necesario mantener la palabra dada a un envenenador".

A partir de este momento comienza la segunda parte de la trama, cuando el Papa se propone averiguar hasta dónde llega la conspiración dirigida contra su sacrosanta persona. La fortaleza de Sant' Angelo, que tenía ya una larga y terrible tradición como prisión de los personajes más ilustres, contaba asimismo con un excelente y entregadísimo equipo de torturadores. León X ordenó que aplicaran sabiamente sus conocimientos para sacar de Petrucci hasta la última letra del último nombre de todos implicados en la conjura.

Y como era de esperar, Petrucci, que ya había demostrado tener una lengua excesivamente vivaracha en circunstancias normales, cantó como un ruiseñor, animado por el dolor de las torturas. Lo que salió de sus

temblorosos labios sorprendió al propio Papa. Las redes de la trama llegaban más lejos de lo que había imaginado en un principio: hombres como el cardenal Riario, el más veterano del Colegio Cardenalicio, Adrián de Corneto -que gozaba de las simpatías de León-, Sorderini o De Saulis estaban implicados en aquella oscura historia.

El papa Mediéis no lo pensó dos veces y pasó a la acción. Lo más urgente era quitarse de en medio a quien había sido elegido para sucederle si la treta del veneno hubiera resultado exitosa: Riario.

Afortunadamente, disponemos de un fantástico relato de lo que sucedió a continuación que procede de un testigo privilegiado de lo sucedido: el maestro de ceremonias pontificio, París de Grassis. Al igual que su antecesor en el cargo, el alemán John Burchard, De Grassis también llevaba un diario personal en el que recogía los hechos más significativos ocurridos en la corte. Pero dejemos que sea éste [79] quien nos relate lo que vieron sus ojos aquel 21 de mayo de 1517:

El Papa mandó llamar después al cardenal de Ancona, con quien estuvo más de una hora. Como todos nos sorprendimos de tan larga entrevista, miré a través de la puerta entreabierta, y vi en la cámara del Papa al capitán de la guardia y a dos soldados que estaban esperando

completamente armados. Temí alguna circunstancia adversa, pero permanecía en silencio. Sin embargo, al ver a los cardenales Riario y Farnese entrar en la cámara del Papa con gran júbilo, llegué a la conclusión de que el Papa los había llamado para consultar con ellos la promoción de cardenales, de lo cual había hablado aquella mañana. Pero apenas hubo entrado el cardenal Riario, el Papa -que usualmente caminaba con gran cuidado entre dos de sus chambelanes- salió rápidamente de la habitación y, cerrando las puertas tras él, dejó al cardenal Riario con los guardias. Muy asombrado ante aquellas prisas, le pregunté al Papa las razones de ellas y también si pensaba entrar al consistorio sin su estola. Le colocamos la estola. Estaba pálido y muy agitado. Entonces me ordenó, con un tono más enérgico que el habitual, que echara a todos los cardenales del consistorio, y a continuación, en voz todavía más alta, que cerrara la cámara consistorial. Obedecí, y ya no me quedó ninguna duda de que el cardenal Riario había sido arrestado. Los otros asistentes y yo empezamos a hacer conjeturas sobre las causas de aquel proceder, pero el Papa se las explicó personalmente poco después.

Con Riario también entre rejas, León X siguió ejecutando su plan para "limpiar" el Sacro Colegio. Su siguiente paso consistió en convocar un nuevo pleno con

los cardenales para el día 8 de junio. Cuando llegó el día, con aire apenado, el Papa dirigió un disgustado y dolido discurso a sus cardenales, durante el cual les preguntó qué había hecho para merecer ese trato.

Lo cierto es que, echando la mirada atrás, la pregunta se respondía sola, pero evidentemente nadie abrió la boca. Luego comenzó el interrogatorio y todos los cardenales fueron "invitados" a decir sí eran inocentes o culpables. León jugaba con ventaja, ya que contaba con la confesión de los detenidos, así que fue arrinconando a los incriminados: Soderini, Corneto... Cuando reconocieron su culpa, León adoptó un tono falsamente misericordioso y - ante la sorpresa general-, declaró que a pesar de la gravedad del delito, los culpables sólo sería multados y recibirían su perdón.

Y el papa Médicis cumplió su palabra... Bueno, en realidad sólo en parte. La Iglesia no podía verse salpicada con la sangre de la ejecución, así que entregó al "cerebro" de la trama, Petrucci, al elegido para sucederle, Riario, y a De Saulis a las autoridades civiles para que dieran buena cuenta de ellos. Por su parte, los cardenales Corneto y Soderini fueron más desconfiados que el ingenuo Petrucci, y a pesar de la promesa de perdón, decidieron no arriesgarse y huyeron de Roma mientras todavía tenían

aliento para correr.

Al final sólo se dio muerte a Petrucci y sus ayudantes - médico "sustituto" incluido-, ya que el resto de cardenales no implicados en la trama obligaron al Papa a cumplir su promesa; así que Riario y De Saulis salvaron el pellejo. Como decíamos, Petrucci y compañía no tuvieron tanta suerte y, tras ser torturados brutalmente con hierros ardientes, les obsequiaron con una bonita corbata de sogá.

Incluso en una situación como aquella, en la que su vida había corrido un grave peligro, León X supo sacar un beneficio económico. Antes de terminar aquel ajetreado mes, el Papa nombró 31 nuevos cardenales -todos ellos afines a él-, cuyos puestos fueron espléndidamente obtenidos mediante el pago de grandes sumas de dinero. Además del beneficio económico, León se aseguraba así que no volviera a suceder nada similar a aquella sublevación. Y de hecho, así fue. Hasta su muerte, León no volvió a sufrir el peligro de la conspiración.

6. PABLO IV (1555-1559), EL "PEQUEÑO" HITLER

El siguiente Papa no pertenece ya a los pontífices del Renacimiento. Sin embargo, he decidido incluirlo en este capítulo de todos modos. En primer lugar por la proximidad cronológica con los anteriores, y en especial porque comparte con éstos algunos de sus peores vicios. De todos modos, Pablo IV supone el último exponente de un tipo de Sumos Pontífices que durante siglos habían estado llevando las riendas de la Iglesia. No quiere decir esto que a partir de este momento los papas puedan ser considerados santos, ni mucho menos, pero ciertamente no encontraremos sucesos tan graves como los que hemos podido ver hasta este momento de la historia. Tras esta aclaración, les dejo con la vida de este pontífice, que se caracterizó en el breve mandato por su nepotismo, su odio hacia los españoles y, sobre todo, por su fanatismo y su trato hacia los judíos.

Giovanni Pietro Caraffa se convirtió en el papa Pablo IV en 1555, cuando era ya un anciano de ochenta años. Caraffa había nacido en Nápoles en 1476, en el seno de una noble familia. Desde muy joven se sintió atraído por la Iglesia, influenciado por un tío suyo que era cardenal.

Durante el mandato de León X fue designado embajador en Inglaterra y España -donde ejerció como Vicecapillán de la corte-, pero más tarde, y gracias al nefasto Clemente VII, pudo regresar a Italia.

Fue nombrado cardenal en 1536, y unos años después, en 1542, pasó a presidir la nueva comisión en Italia de la terrible Inquisición. Mientras desempeñó este cargo desplegó toda la mano dura que le fue posible. Su fanatismo llegaba a tal grado que en una ocasión llegó a declarar: "Si mi propio padre fuera convicto de herejía, yo mismo cogería con mis manos la leña para la hoguera".

Una vez en el trono de san Pedro, Pablo IV retornó a uno de los vicios que había corrompido a los papas del Renacimiento: el nepotismo. Agració a tres de sus sobrinos con el cargo de cardenal, aunque fue uno de ellos, Carlos Caraffa, quien más abusó de su nueva condición, haciendo que su propio tío llegara a avergonzarse de sus acciones.

Enemigo de los judíos

Pero sin duda alguna, las actuaciones más despreciables que cometió el papa Caraffa durante los escasos cuatro años que ostentó la tiara están relacionadas con el injusto y vergonzoso trato que dio a los judíos italianos. Como si de

un nuevo Torquemada se tratara, el Papa ordenó que todos los judíos que residían en los Estados Pontificios fueran recluidos en *ghettos*. Por si esto fuera poco, dispuso también que debían llevar un denigrante sombrero amarillo que advirtiera de su condición. Sin duda fueron decisiones deshonorosas para un "Santo Padre", que más que un predicador de un Evangelio de amor universal aparece ante la historia como una especie de pequeño Hitler.

Su pasado como Inquisidor había dejado huella, y se hizo notar durante su pontificado. No dudó en intensificar el empleo de la tortura durante los procesos inquisitoriales y fue un duro contra-reformista.

Pero además era tremendamente desconfiado, lo que le hizo sospechar de todos, incluso de sus más cercanos colaboradores. Por desgracia para algunos de ellos, esta desconfianza resultó fatal. El cardenal Morone fue encarcelado por orden del Papa en la fortaleza de Sant' Angelo, y no salió de allí hasta la muerte del pontífice.

En 1559, el último año de su vida, aún tuvo ocasión de dar un nuevo ejemplo de su fanatismo e intransigencia. Publicó un índice de libros prohibidos, un catálogo de obras que a su juicio resultaban muy peligrosas para la fe católica. Entre ellas, incomprensiblemente, había incluido algunos libros de la Biblia y escritos de varios Padres de la

Iglesia.

Finalmente el papa Pablo IV dejó este mundo el 18 de agosto de 1559. Los romanos respiraron tranquilos, y como muestra del odio que le profesaban, derribaron la estatua que le representaba en el Capitolio, y echaron abajo los edificios de la otra "santa" institución que había presidido: el Santo Oficio.

IX - El Pontificado del Siglo XX

1. LA MISTERIOSA MUERTE DE JUAN PABLO I (1978)

Sólo habían transcurrido 33 días desde su consagración como Papa cuando Albino Luciani, más conocido como Juan Pablo I, apareció muerto en las estancias vaticanas en la madrugada del 29 de septiembre de 1978. Nunca antes un pontificado tan breve iba a generar tantos ríos de tinta...

Ese mismo día, a primera hora de la mañana, la Secretaría de Estado del Vaticano realizó un comunicado explicando las circunstancias en las que se había descubierto el cadáver. Según las fuentes vaticanas, hacia las 05.30 horas de la madrugada el secretario particular del Papa, el irlandés John Magee, "no habiéndole encontrado en la capilla, como de costumbre, le ha encontrado muerto en la cama, con la luz encendida, como si aún leyera. El médico, Dr. R. Buzonetti, que acudió inmediatamente, ha constatado su muerte, acaecida probablemente hacia las 23.00 horas del día anterior a causa de un infarto de miocardio". Sin embargo, las dudas no tardaron en surgir en torno a aquella primera versión. Ese mismo día 29 un

periodista averiguó que fue la hermana Vincenza, una religiosa que solía atender a Luciani -y no el secretario personal del Papa- quien había encontrado el cuerpo al entrar en su cuarto, después de no haber obtenido respuesta a sus llamadas. La monja encontró a Juan Pablo I sentado en la cama, con la luz encendida y las gafas puestas, y sujetando entre sus manos unos documentos que más tarde desaparecieron sin dejar rastro.

Sin pérdida de tiempo, la hermana Vincenza avisó al secretario John Magee, quien a su vez puso al tanto de lo ocurrido al cardenal Villot. Fue éste quien hizo llamar al Dr. Buzonetti para que certificara el fallecimiento del Santo Padre. Después llegaron los embalsamadores, quienes al examinar el cadáver determinaron que debía haber muerto más tarde de lo asegurado por el comunicado oficial, posiblemente en torno a las 04.30 horas de la madrugada del mismo día 29.

Sorprendentemente, los miembros del Sacro Colegio - y más especialmente el cardenal Villot- rechazaron la realización de una autopsia al cadáver del Papa, y también descartaron la apertura de una investigación para esclarecer las causas de la muerte. Todo esto resultaba bastante sospechoso, sobre todo teniendo en cuenta otras de las declaraciones de la hermana Vincenza al periodista italiano

aquella misma mañana. Según la monja que atendía a Juan Pablo I, éste había estado muy nervioso la noche anterior a su muerte. En opinión de la religiosa seguramente debido a la fuerte discusión que el pontífice había tenido con Villot y otros purpurados al plantearles los cambios que tenía pensado acometer en la propia curia y el IOR, el Banco Vaticano.

Ante tal acumulación de circunstancias extrañas, surgen múltiples interrogantes. ¿Por qué ese empeño insistente en no realizar una autopsia? ¿Por qué se llevó a cabo el embalsamamiento con tanta celeridad? ¿Qué motivos había para no desear que se efectuara una investigación oficial?

Ese mismo año, el cardenal Villot aportaría nuevos datos sobre el fallecimiento de Albino Luciani que intentaban dar respuesta a estos interrogantes. Según el Secretario de Estado, todo se debió a un desgraciado accidente:

El Papa tomó por error una sobredosis de su medicina. Sí se hubiese hecho una autopsia, obviamente hubiese indicado esa fatal sobredosis. Nadie habría creído que Su Santidad lo había hecho de forma accidental. Algunos alegarían suicidio, otros, asesinato. De modo que se acordó que no se realizara autopsia alguna.

El medicamento que mencionó Villot era *Effortil*, un

fármaco destinado a tratar la presión arterial baja que padecía Juan Pablo I. Lo que no queda claro es cómo equivocó Juan Pablo I la dosis si estaba acostumbrado a tomar el medicamento de forma habitual.

Según el padre Gennari, fueron la gran presión, las preocupaciones y el estrés lo que llevaron al Papa a cometer el error en la dosis. Sin duda, una explicación realmente endeble.

Contraataque desde el Vaticano

Con toda seguridad, una de las personas que mejor conoce los entresijos de esta historia -además, claro está, de los principales implicados en la misma- es el periodista y escritor británico David A. Yailop. Este publicó en la década de 1980 un libro titulado *En el nombre de Dios* - Ed. Planeta-, que se convirtió inmediatamente en un *best-seller* y en el que denunciaba la existencia de un complot para eliminar al papa Luciani. En su libro, Yailop muestra que el Vaticano ocultó las circunstancias exactas de la muerte del pontífice, algunas de las cuales acabamos de comentar. Como es lógico, tras el enorme éxito cosechado por su libro, la teoría de la conspiración se extendió como un reguero de pólvora por todo el mundo. Ante una situación tan incómoda, el Vaticano se vio en la obligación

de acallar dudas tan molestas, y en 1984 inició una estrategia para contrarrestar la teoría del magnicidio.

Así, el Vaticano invitó al periodista John Cornwell a que realizara una investigación formal, facilitándole el acceso a los implicados en todo lo ocurrido aquella noche. Dicha investigación tomó forma de libro y acabó saliendo a la luz bajo el título de *Un ladrón en la noche*. En opinión de Cornwell, Luciani no murió víctima de un asesinato: "Las pruebas me llevaron a una conclusión que me parece más vergonzosa y más trágica que cualquiera de las conspiraciones propuestas hasta el presente: (...) Se dejó morir por no sentirse capacitado para ser Papa". Según el periodista, Juan Pablo I llegó a esa situación tras sentirse despreciado, ridiculizado e ignorado por la curia.

Sin embargo, el trabajo de Cornwell no convenció, o al menos no tanto como el realizado por Yallop. Y lo cierto es que la duda siguió manteniéndose con los años, según aparecían nuevas informaciones.

En 1991, los periódicos de todo el mundo se hacían eco de una impactante noticia: la hermana Vicenza no había encontrado a Su Santidad en la cama de su cuarto, sino sentado en su despacho y frente a un documento confidencial de la Secretaría de Estado del Vaticano y su testamento. La información procedía de fuentes de primera

mano, como eran el propio hermano del pontífice y su sobrina, quienes tras años de silencio, habían decidido contar lo que sabían. Ellos mismos explicaron a un periodista italiano -que fue el encargado de difundir la noticia- que habían guardado silencio siguiendo indicaciones del Vaticano, ya que la muerte se habían debido a "un designio inescrutable de la Providencia" [80]. Ahí es nada...

¿Quién quería su muerte?

Desde su nombramiento, Juan Pablo I dio muestras de ser un Papa renovador, y se dispuso a realizar una serie de reformas importantes en el seno de la propia Iglesia.

Luciani poseía además un pensamiento liberal que molestaba enormemente a los sectores más conservadores de la curia. Era un partidario del acercamiento a otras religiones, y se mostraba abierto frente a temas como el control de la natalidad o el divorcio. También pretendía regresar al colegialismo, de modo que el poder estuviera repartido entre los obispos.

Pero además de este carácter abierto y progresista, había otro detalle, quizás el más importante, que convertía a Juan Pablo I en un personaje muy peligroso para determinados individuos: su conocimiento de la existencia

de un entramado financiero ilegal que relacionaba a ciertos sectores del Vaticano con la mafia ítalo-americana y con la logia masónica *P-2 -Propaganda Due-*, a la que supuestamente pertenecían destacados miembros de la curia.

Luciani tuvo conciencia de tales vinculaciones en 1972, cuando todavía ejercía como Patriarca de Venecia. El futuro Papa había investigado las circunstancias que rodearon a la compra de la Banca Cattolica Véneto por parte del *IOR* -"Instituto para las obras de religión", también conocido como Banco Vaticano-, y los oscuros personajes que estuvieron detrás de ella.

Pero antes de continuar, conozcamos mejor los inicios de este truculento episodio...

Mafia, blanqueo de dinero y logias masónicas...

Todos los periodistas que han rastreado las pistas de este lamentable asunto coinciden en su conclusión: la mafia ítalo-americana se valió de las instituciones financieras del Vaticano para blanquear el dinero sucio obtenido con sus actividades ilegales.

Uno de los personajes clave en dichas actividades es Michele Sindona, un banquero milanés que había conseguido una pequeña fortuna blanqueando el dinero de

las familias mafiosas Inzerillo y Gambino, de Nueva York.

Algún tiempo después, Sindona conoce al cardenal Montini -futuro papa Pablo VI-, a quien ayuda financiando la construcción de un asilo en la diócesis que tenía a su cargo [81]. Aquel gesto creó unos lazos de amistad entre Montini y Sindona. Esa amistad es la que permitió a Sindona conocer a Máximo Spada, director del Banco Vaticano. La conexión con la red financiera de la Iglesia comenzaba a dar sus primeros pasos.

Sindona continuó estableciendo nuevas amistades con gente que podía ayudarle en sus intereses, y es así como conoce a un siniestro personaje, Licio Gelli, un rico e influyente empresario. Gelli tenía un oscuro pasado a sus espaldas. En su juventud había sido un *camisa-negra* con Mussolini, había luchado en España apoyando al bando nacional y más tarde fue colaborador de los nazis. Era un hombre sin escrúpulos y no le importaba cambiar de bando si aquello le resultaba beneficioso, por lo que años más tarde incluso trabajó para el *KGB* y finalmente la *CÍA*. A mediados de los años 60 Gelli se sintió atraído por la masonería, y decidió entrar en una logia. Cuando obtuvo el grado de maestro, fundó la suya propia: la llamada *Propaganda Due*.

Sindona -ahora acompañado por Gelli- siguió

estrechando lazos con miembros del Vaticano. Así fue como entró en contacto con Umberto Ortolani, abogado del Papa. Ortolani entró a formar parte de la logia P-2, y terminó convirtiéndose en el lugarteniente del mismo Gelli. En este momento hizo su aparición otra importante ficha en este peligroso juego: monseñor Paúl Marcinkus. En 1963, Marcinkus era el guardaespaldas e interprete favorito de Pablo VI y, tras salvarle la vida, se convirtió en un hombre de su confianza. Más tarde el obispo Marcinkus pasó a dirigir el Instituto para las Obras de Religión. Siguiendo los consejos de Sindona, Marcinkus comenzó a invertir el dinero de la Iglesia. Mientras, éste se aprovecha de la estructura bancaria vaticana para sus actividades ilegales, blanqueando dinero de la mafia y evadiendo impuestos.

Aquellas actividades fueron muy provechosas para Sindona, pero en su momento más álgido se produce la crisis del petróleo, y comienzan a circular rumores que lo relacionan con la mafia, por lo que su "imperio" termina por venirse abajo y decide huir a EEUU. Aquel suceso causó importantes pérdidas en las arcas vaticanas, aunque Marcinkus negó en todo momento conocer a Sindona. Sí fue detenido, sin embargo, Luigi Mennini, secretario inspector del *IOR*, acusado de lucrarse vendiendo divisas en

nombre de la Santa Sede.

Tras el "batacazo" sufrido por Sindona, éste fue sustituido por otro importante personaje de la trama: Roberto Calví, subdirector desde 1962 del Banco Ambrosiano, que pertenecía en buena parte al citado JO-R. Más tarde se convirtió en tesorero de la logia P-2, y Sindona le presentó al arzobispo Marcinkus. En 1971 éste último se elevó hasta el Consejo directivo del Banco Ambrosiano en Nassau. Y Calví siguió realizando operaciones de blanqueo utilizando las finanzas vaticanas. Así, en 1972 se hizo con la Banca Católica Venetto, que compró a través del JOR. Este es el hecho que investigó el entonces Patriarca de Venecia, Albino Luciani, futuro Juan Pablo I, y que avanzamos antes. Y así fue como Luciani descubrió las maniobras de Calví, Marcinkus y Sindona.

Calví siguió enriqueciéndose mediante diversas transacciones realizadas a través del Ambrosiano, y de una compañía vinculada con el IOR, *Suprafin*. Sin embargo, Calvi había empezado a despertar la antipatía de Gelli y Sindona, quienes le solicitaban cada vez mayores sumas de dinero, a lo que éste acabó negándose. Finalmente sus antiguos socios urdieron un plan para sacar a la luz los negocios sucios de Calvi, que tuvo que escapar a Sudamérica.

No mucho después Albino Luciani fue elegido nuevo pontífice, con el nombre de Juan Pablo I. En ese momento fueron muchos los que comenzaron a temer las consecuencias...

¿Asesinato?

Apenas dos semanas después del nombramiento de Luciani como nuevo pontífice, una revista italiana, *Op* [82], publicaba un sorprendente artículo que, bajo el título de "La Gran Logia Vaticana", daba a conocer una lista de 121 nombres de miembros del Vaticano que, supuestamente, pertenecían a logias masónicas. Al parecer Juan Pablo I habría encargado una investigación al cardenal Benelli con la finalidad de determinar la veracidad de dicha lista, pero su repentina muerte lo impidió.

Entre los nombres publicados por la revista *Op* se encontraban algunos ya conocidos por nosotros: el cardenal Villot y el arzobispo Marcinkus. Ambos continuaron en sus puestos tras la muerte de Juan Pablo I.

Conociendo todos los detalles anteriormente expuestos queda claro que existe más de una duda razonable para tomar en serio la teoría de la conspiración. ¿Asesinaron al Papa los implicados en la trama mafia-masonería-finanzas para evitar ser descubiertos? Según David Yailop, las

características de la muerte del Papa -a pesar de no existir una autopsia-, podrían encajar perfectamente con la acción de un veneno llamado digital. Y ese era, precisamente, la sustancia que Gellí obligaba llevar a todos los miembros de su logia P-2. De hecho, según Yailop, el propio Gelli habría manifestado en más de una ocasión lo "fácil que sería matar a un Papa". Pero además hay otros detalles que levantan la sospecha. Entre las escasas actividades que tuvo ocasión de realizar Juan Pablo I como Papa estuvo el encuentro con el Patriarca de Leningrado, Nikodim. Mientras charlaban y tomaban un café, el religioso ruso murió repentinamente de un infarto. Tras la muerte del pontífice pocos días después, más de uno pensó que quizá la taza de café que había tomado Nikodim aquel día iba dirigida en realidad a Luciani. Quién sabe...

El fin de los "conspiradores"

Si Juan Pablo I fue víctima de una conspiración para acabar con su vida es algo que, seguramente, permanecerá en el secreto para siempre. Sobre todo teniendo en cuenta que nunca se realizó una autopsia que permitiera conocer con seguridad las causas de su muerte.

De cualquier forma, el desgraciado final que tuvieron gran parte de los implicados en la trama constituye otro

elemento más a sumar en la ya numerosa lista de circunstancias extrañas.

Así, Sindona acabó siendo procesado en Estados Unidos, acusado de haber cometido 65 delitos de distinto tipo. Entró en prisión en marzo de 1980 y más tarde fue extraditado a Italia, donde le condenaron a cadena perpetua. Nunca tuvo ocasión de cumplir la pena impuesta. Sólo dos días después de ser encarcelado murió víctima de un café envenenado.

Un año después, la policía italiana inició la persecución contra Gelli y, aunque no lograron atraparle, descubrieron en su domicilio los archivos referentes a la logia P-2. Entre los documentos encontrados las autoridades dieron con los nombres de cientos de grandes figuras de la sociedad italiana: jueces, policías, militares, banqueros e incluso ex primeros ministros como Giulio Andreotti. El escándalo acabó con la caída del gobierno, entre cuyos colaboradores se encontraban miembros de la logia. En mayo de 1981 Roberto Calvi fue detenido, acusado por la quiebra del Banco Ambrosiano. Un año más tarde salió en libertad bajo fianza y viajó hasta Londres, donde la policía lo encontró muerto en extrañas circunstancias, colgado en el puente de Blackfriars -"Monjes negros"-, con los bolsillos llenos de piedras. En un principio se barajó la

posibilidad de un suicidio, pero esta hipótesis se fue abandonando para dirigir las investigaciones hacia la tesis del asesinato. Según su esposa, Caivi había sido víctima de "feroces luchas vaticanas".

Sólo Marcinkus escapó a aquella extraña "maldición", ya que escapó de la acción de la justicia y también de morir en circunstancias similares a los anteriores. Incluso tuvo la suerte de continuar en el IOR gracias a Juan Pablo II, puesto que ocupó hasta 1989. Finalmente se jubiló en 1996, asegurando que era inocente de todas las acusaciones recibidas...

2. JUAN PABLO II

Cuando los cardenales se reunieron de nuevo en cónclave por segunda vez en un mismo año, nadie imaginaba que iba a ser un desconocido polaco el que ocuparía el trono de Pedro para suceder a Juan Pablo I. Pero finalmente, el 14 de octubre de 1978 la fumata blanca anunció que Karol Wojtyla se había hecho con el solio pontificio y tomaba el nombre de Juan Pablo II.

Su candidatura fue promocionada por los cardenales Kóning -arzobispo de Viena- y el estadounidense Krol [83], arzobispo de Philadelphia. Para convencer al resto de electores utilizaron el argumento de que Wojtyla no era un hombre de política. Sin embargo la decisión final aún se hizo esperar, ya que fueron necesarias ocho votaciones para llegar al acuerdo que todos conocemos. Aquel sería el comienzo del pontificado del primer "no italiano" que accedía al poder papal después de más de 450 años de claro dominio de subditos del país transalpino. Karol Wojtyla tenía 58 años y un largo pontificado por delante...

Marcado por la muerte

Karol Wojtyla nació en la localidad polaca de Wadowice, muy cerca de la frontera con la República

Checa, el 18 de mayo de 1920. Se crió en una familia católica muy humilde, junto a sus padres y su hermano. Muy pronto tendría que enfrentarse con la tragedia. Cuando tenía sólo 10 años su madre, Emilia Kaczorowska, murió de un repentino ataque al corazón. Sólo dos años más tarde, en 1932, fallecía también su hermano mayor Edmund, un joven médico que había contraído la escarlatina.

Así que el joven Wojtyla se quedó sólo con su padre, un antiguo militar que había servido en el ejército austríaco. Cuando el futuro Papa cumplió los 18 años, en 1938, él y su padre trasladaron su vivienda a Cracovia para que el joven pudiera proseguir sus estudios en la universidad.

Ya entonces había comenzado a demostrar sus dotes como actor, aunque durante un tiempo había rondado por su cabeza la posibilidad de hacerse sacerdote. De cualquier forma aquella idea seguramente había quedado apartada de su mente cuando conoció en esa misma época a una joven judía de la que llegó a enamorarse.

Pero la tragedia había decidido no apartarse todavía de su vida. En 1939 los nazis invadieron Polonia, y poco después comenzaron las terribles atrocidades, llevándose a los judíos a los campos de concentración y de exterminio. Entre aquellos desdichados judíos estaba la muchacha a la que Karol Wojtyla había comenzado a amar.

Dos años después, cuando regresaba de trabajar, encontró a su padre muerto en casa. El joven polaco se había quedado sólo, y aquella antigua idea de hacerse sacerdote volvió a cobrar fuerza en su mente y en su corazón.

Algún tiempo atrás Karol había conocido a un personaje un tanto extravagante, Jan Leopóid Tyranowski, un sastre con fama de profetice y visionario, pero también ultranacionalista. Fue él quien ejerció de guía espiritual a Wojtyla en esos años.

Cuando murió su padre, Karol comenzó a frecuentar el seminario clandestino de Cracovia, que había sido organizado por el arzobispo de la ciudad, el cardenal Stephan Sapieha, durante la ocupación nazi. Sapieha jugó un importantísimo papel en la carrera eclesiástica del futuro Papa, y fue él mismo quien lo ordenó sacerdote en noviembre de 1946.

Doce años más tarde, tras haber cursado estudios de teología en Roma, fue nombrado obispo de Ombia por el papa Pío XII. Tenía sólo 38 años. Más tarde le llegaría el arzobispado de Cracovia, en 1964, y finalmente, la púrpura cardenalicia tres años después.

Durante la celebración del Concilio Vaticano II -en el

que fue el obispo más joven- participó en el grupo más conservador, oponiéndose a las grandes reformas progresistas y avanzando lo que sería su pontificado en determinadas facetas.

A lo largo de los 26 años que ostentó el título de Vicario de Cristo viajó a 129 países, recorriendo en total más de un millón de kilómetros. Su periplo viajero comenzó tan sólo cuatro meses después de ser elegido, cuando visitó México, República Dominicana y las Bahamas. Entre los países que más veces visitó -además de su amada patria-están EEUU, Francia, España o Portugal.

¿Una conspiración dentro del propio Vaticano?

Sin duda alguna, uno de los momentos clave de la vida de Juan Pablo II tuvo lugar el 13 de mayo de 1981, cuando estuvo a punto de perder la vida a manos de un terrorista turco, Ali Agca, quien le disparó varias veces en la mismísima plaza de San Pedro del Vaticano.

Todavía hoy, 24 años después de aquel intento de magnicidio, persisten numerosos interrogantes acerca del crimen. ¿Hubo una conspiración de alto nivel, procedente de las mismas entrañas de la Iglesia, para tratar de matar a Juan Pablo II?

Aquel 13 de mayo de 1981 la plaza de San Pedro

rebosaba de fieles que, como tantas otras veces, querían saludar a Juan Pablo II. Unas 30.000 personas ocupaban en aquel momento el lugar, con motivo de la audiencia general que tenía lugar ese día. Eran casi las cinco y media de la tarde, y nada hacía presagiar que algo terrible estaba a punto de suceder.

De pronto, entre el gentío que se agolpaba en la plaza para ver al Papa comenzó a moverse un hombre de tez morena, que permanecía agazapado entre la gente en dirección al lugar por el que iba a pasar Juan Pablo II con su característico papamóvil. El turco Mehmet Ali Agca se aproximó todo lo que pudo a las vallas de protección y, tras apuntar con su arma, descerrajó cuatro disparos a poca distancia de Wojtyla.

Afortunadamente, sólo dos de los proyectiles alcanzaron su objetivo, con diferente resultado. Mientras una de las balas simplemente causó una herida superficial en un brazo, la otra resultó mucho más peligrosa, al atravesarle el abdomen, afectando a varios órganos vitales. El Papa tuvo que ser operado de urgencia, y la delicada intervención se prolongó por espacio de cinco horas. Aquel fue un duro golpe para el hasta entonces sano y fuerte Karol Wojtyla. Su salud nunca volvería a ser la misma.

En cuanto a Agca, la justicia italiana le condenó ese

mismo año a cumplir cadena perpetua por su intento de magnicidio. Este joven de 23 años e ideología de extrema derecha ya tenía experiencia en este tipo de crímenes, ya que dos años antes, en Turquía, había terminado con la vida del director del diario turco *Milliyet*, Abdi Ipekei, un militante de izquierdas.

A lo largo del juicio que le llevó a la cárcel italiana, Agca insistió una y otra vez en que había actuado completamente sólo, guiado por un ímpetu religioso mediante el cuál quería "redimir al Islam" eliminando a la cabeza del catolicismo. La policía encontró entre sus pertenencias una carta [84] que parecía confirmar esta postura.

Sin embargo, había varios puntos "oscuros" en toda aquella historia. Agca había sido detenido en Turquía tras el asesinato del periodista de izquierdas, y encerrado en prisión. Sin embargo, a finales de noviembre de 1979, y coincidiendo -casualmente- con una visita del Papa a Turquía, Alí Agca consiguió fugarse de la cárcel que le retenía. Una de las primeras cosas que hizo fue escribir una carta al diario *Milliyet*, para avisar de que tenía intenciones de asesinar a Juan Pablo II.

A pesar de todas estas "llamadas de atención", y de que al policía turca facilitara fotografías y copia de las huellas

dactilares del joven turco a la Interpol, Agca no tuvo ninguna dificultad en pasar de país en país, viajando por toda Europa -España incluida-, hasta que finalmente alcanzó Italia en 1981.

Por si todo esto fuera poco, otras fuentes dignas de crédito aseguraron tiempo después que varios servicios secretos de distintos países estaban al tanto de que "algo" se estaba tramando en contra del pontífice. Alexandre de Mareche, jefe de los "espías" franceses en la época del atentado, cuenta en su libro *Dans le secret des punces* que ellos tenían información sobre un posible atentado, y así lo informaron al servicio secreto Vaticano [85]. Si la inteligencia vaticana estaba al tanto de aquello, ¿por qué no se tomaron medidas? Durante el primer juicio, como dijimos, Agca juró una y otra vez que había actuado completamente solo. Sin embargo, a partir de la celebración del proceso de apelación en 1986, Agca comenzó a cambiar sus declaraciones iniciales, causando el desconcierto de las autoridades y la policía. El terrorista dijo entonces que había actuado siguiendo las directrices de una operación mucho mayor, en la que estaban involucradas varias personas de nacionalidad búlgara.

Esa era, precisamente, la tesis que defendía el periodista turco Ugur Mumcu, quien propuso por primera

vez lo que se dio en llamar "la pista búlgara". Según los defensores de esta hipótesis, existía una conspiración urdida por los servicios secretos soviéticos y de la Alemania del Este -la temible *Stasi*-, para acabar con el Papa, a causa del peligro que éste suponía para el comunismo. Se llegó a investigar la posible implicación de varias personas de esta nacionalidad, pero finalmente fueron puestas en libertad por falta de evidencias que las relacionaran con los hechos.

Y así hasta el año 2000, fecha en la que Agca fue indultado y salió de la prisión italiana en la que estaba retenido. Sin embargo, no quedó en libertad, ya que tenía pendientes todavía dos causas en su país, el asesinato del periodista y un robo a mano armada. Poco después de llegar a Turquía para cumplir con su condena, Agca hizo unas declaraciones que volvieron a poner de actualidad la teoría de la conspiración: según sus palabras, los verdaderos "cerebros" del atentado estaban dentro del mismo Vaticano. Una nueva versión que defendió nuevamente el 31 de marzo de 2005, cuando declaró que había actuado solo, aunque con la ayuda de miembros de la jerarquía vaticana. ¿Pero quién podría estar interesado, dentro del Vaticano, en eliminar a Karol Wojtyla? ¿Quizá los mismos que habrían terminado con la vida de su

antecesor, Juan Pablo I?

Muchos de los hechos que rodearon al atentado siguen siendo toda una incógnita para las autoridades y la policía, por lo que no es extraño que el Parlamento italiano haya decidido reinvestigar el caso de nuevo, en busca de más pistas que permitan esclarecer los puntos oscuros.

Juan Pablo II y el Tercer Secreto de Fátima

Cuando el Papa se recuperó del atentado perpetrado por Agca, no tardó en atribuir el hecho de que se había salvado a una intercesión de la Virgen María. Wojtyla llegó a asegurar que no se había convertido en mártir "porque la Virgen había desviado la bala del autor del atentado". Juan Pablo II fue durante toda su vida un devoto de la Madre de Jesús; nunca ocultó su gran pasión por la Virgen polaca de Czestochowa, la de Lourdes y, más especialmente, la de Fátima.

De hecho, el atentado que sufrió en San Pedro tuvo lugar el 13 de mayo, fecha de la festividad de esa Virgen, lo que seguramente alimentó aún más su convencimiento de que se había salvado por la intervención mariana. Casi un año después, el 12 de mayo de 1982, un sacerdote español, el exaltado Juan Fernández Krohn, intentó acabar con la vida del Papa armado con una bayoneta, aprovechando que

Juan Pablo II se encontraba en Fátima para dar gracias a su benefactora. Krohn no logró cumplir su objetivo, y aquel nuevo suceso aumentó aún más la estrecha vinculación entre Wojtyla y la Virgen de Fátima. Tanto es así que en 1984 hizo que llevaran al santuario portugués la bala que los médicos de la clínica Gemelli le habían extraído del intestino.

El episodio más significativo en esta curiosa relación entre el Papa y Fátima se produjo el 13 de mayo del año 2000, cuando Juan Pablo II acudió de nuevo al santuario portugués para beatificar a Francisco y Jacinta Marto, los pastorcillos que junto a su prima Lucía -la única superviviente en aquel momento [86]- habían protagonizado las supuestas apariciones marianas en el ya lejano año de 1917.

Según el testimonio de los tres niños, la Virgen les había transmitido un secreto dividido en tres partes durante su tercera aparición, el 13 de agosto de 1917. Las dos primeras partes de aquel secreto se habían divulgado ya en 1942 [87], pero la tercera permaneció oculta, a pesar de que debía haberse dado a conocer en 1960.

En realidad, esa tercera parte del secreto seguía en la memoria de Lucía dos Santos, que se había convertido en religiosa tras vivir las supuestas experiencias milagrosas. Y

hasta el año 1944, fecha en la que la vidente se encontraba en una congregación de religiosas de Tuy -Pontevedra-, el célebre Tercer Secreto no fue puesto por escrito. Aquel misterioso texto permaneció custodiado en un sobre hasta que, en 1957, el papa Pío XII pidió que se lo entregaran. El no se atrevió a abrirlo para conocer su contenido. Su sucesor, Juan XXIII, sí lo hizo, en agosto de 1959. Pero el Papa Bueno se negó a revelar lo que decía, argumentando lo siguiente: "No quiero ser profeta de tanta desgracia".

Meses después se hizo otro comunicado a la prensa, en el que se informaba que el secreto no iba a ser publicado, "y quizá nunca sea revelado". Así comenzó un secretismo que se iría prolongando con los años, y las especulaciones sobre el contenido del texto aumentaron cada vez más. ¿Era tan terrible lo que allí se decía que no podía ser divulgado? Pues bien, como decía antes, el papa Wojtyla acudió a Fátima con la intención de beatificar a los dos pastorcillos, que habían muerto poco después de las apariciones. Pero además, buena parte de los más de 500.000 asistentes estaban convencidos de que Juan Pablo II iba a aprovechar la ceremonia para dar a conocer el contenido del famoso Tercer Secreto. Y efectivamente, el Papa hizo varias menciones durante la misa a los temas que recogía el mensaje, pero no reveló nada.

Cuando terminó la ceremonia, fue el Secretario de Estado Vaticano, Angelo Sodano, quien tomó la palabra para decir:

El Sumo Pontífice me ha encargado hacer os un anuncio. Como es sabido, su objetivo aquí ha sido la beatificación de los dos pastorcillos. Sin embargo, quiere atribuir a esta peregrinación el valor de un renovado gesto de gratitud hacia la Virgen por la protección que le ha dispensado durante su pontificado, y que parece guardar relación con la tercera parte del secreto de Fátima... que el Papa ha confiado a la Congregación para la Doctrina de la Fe con la tarea de hacerlo público.

A pesar de aquella declaración pública, aún hubo que esperar hasta el 26 de junio de 2000 para ver publicado el contenido íntegro del secreto. El Vaticano dio a conocer un facsímil del documento manuscrito por Lucía, acompañado por una serie de comentarios realizados por la Congregación para la Doctrina de la Fe. La parte que más nos interesa decía así:

Y vimos (...) a un Obispo vestido de blanco -hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre-. También a otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una escabrosa montaña, en cuya cima había una gran Cruz de troncos toscos como si fueran de

alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con andar vacilante, apesadumbrado de dolor y de pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegando a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros y flechas (...)

Según Sodano, el texto era una visión simbólica sobre "la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos, y describe el sufrimiento de los testigos de la fe del último siglo del segundo milenio". Pero además, la visión del "Obispo vestido de blanco" había sido interpretada como una visión profética del atentado que sufrió Karol Wojtyla en 1981, concretamente el 13 de mayo, fecha de la festividad de Fátima.

Sin embargo aquella interpretación no convenció a casi nadie, y las críticas no tardaron en llegar: si el Tercer Secreto hacía mención al atentado de Juan Pablo II y al sufrimiento de los creyentes por el ateísmo, ¿por qué se mostraron tan reticentes los papas Pablo VI y Juan XXIII en darlo a conocer? ¿Es lógico que el Papa bueno hubiera quedado aterrado por su contenido, no queriendo ser "profeta de tanta desgracia"?

Las acusaciones de ocultación no se hicieron esperar, y varios estudiosos de las apariciones de Fátima y los misteriosos "secretos" barajaron la posibilidad de que el Vaticano hubiera facilitado tan sólo una parte del pretendido mensaje profético de la Virgen. Para algunos, éste podría hacer alusión a un hecho mucho más terrible que el atentado contra Karol Wojtila: el fin de la Iglesia de Roma...

¡Santo Súbito!

Poco después de la muerte del Papa polaco, los medios de comunicación de todo el mundo recogieron la noticia: el proceso de beatificación de Juan Pablo II ya estaba en marcha.

Así lo anunció su sucesor, Benedicto XVI, el 13 de mayo de 2005. No fue, evidentemente, una fecha elegida al azar. Ese día se cumplían 24 años desde el atentado sufrido por Karol Wojtyla en la plaza de San Pedro, cuando fue tiroteado por Ali Agca.

Pero además, y lo que resulta incluso más significativo, es que se trata de la fecha del 88 aniversario de la primera de las apariciones de la Virgen en Fátima en Cova de Iría, cuya importancia en la vida de Juan Pablo II acabamos de comentar. Al respecto de la elección de tal fecha,

monseñor Saraiva, prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos y de los Beatos, declaró a la prensa: "No puede hablarse de coincidencia de fechas, sino de Providencia" [88].

Benedicto XVI realizó el anuncio durante la visita a la basílica de San Juan de Letrán, donde leyó una comunicación en latín en la que anunciaba lo siguiente:

Bajo la petición del cardenal Ruini, el Sumo Pontífice Benedicto XVI, consideradas las peculiares circunstancias expuestas en la audiencia concedida al cardenal Vicario General el 28 de abril de 2005, ha dispensado el tiempo de cinco años de espera después de la muerte del siervo de Dios Juan Pablo II -Karol Wojtyla-, Sumo Pontífice, para que la causa de beatificación y canonización de este siervo de Dios pueda comenzar lo antes posible. A pesar de cualquier cosa en contra. [89]

La medida -aunque de forma legal ya que el Papa tiene autoridad para hacerlo- se "salta" las normas del derecho canónico, que estipula al menos un periodo de cinco años [90] tras la muerte del candidato a beato antes de iniciar un proceso de estas características. En el caso de Juan Pablo II sólo habían pasado cuarenta días desde su muerte, por lo que Benedicto XVI dio muestras de tener un interés muy especial por iniciar el proceso. Apenas unos días después

de la muerte de Wojtyla, el entonces todavía cardenal Joseph Ratzinger había puesto en marcha una recogida de firmas entre sus colegas con el fin de entregársela al que fuera elegido nuevo pontífice, solicitando que se iniciara el proceso de beatificación de Juan Pablo II.

Ese sentir de Ratzinger tenía su reflejo entre los fieles. Los días que siguieron a su muerte, y en especial durante la celebración de su funeral el 7 -¿8?- de abril, ya pudimos ver a miles de fieles en la plaza de San Pedro que pedían su beatificación. Carteles y gritos que rezaban "¡Santo Súbito!" -¡Santo ya!- inundaban la plaza de San Pedro.

Algunos días después, el arzobispo polaco Stanislaw Dziwisz secretario personal de Wojtyla y uno de los personajes más influyentes del Vaticano durante los últimos años, representó el papel más importante en la propuesta de beatificación de Wojtyla. Dziwisz informó que el número de casos milagrosos atribuidos al anterior Papa "es tan numeroso que se guardan en un informe especial en la Secretaría de Estado del Vaticano" [91].

Y eso es precisamente lo que necesitaba la causa abierta a favor de Juan Pablo II para conseguir su beatificación: milagros.

Lo cierto es que supuestos casos milagrosos atribuidos a su persona no le faltaban. Entre los casos recopilados por

el arzobispo Dziwisz se encontraba el de un multimillonario estadounidense, que además era judío, que aseguraba haberse curado de un tumor cerebral tras asistir a una misa privada ofrecida por Juan Pablo II en su residencia de Castelgandolfo en 1997. El enfermo estaba desahuciado por los médicos -según explicó Dziwisz-, pero tras recibir la forma consagrada directamente de manos del Papa, se curó de forma milagrosa e inexplicable "en el curso de unas pocas horas".

Más conocido gracias a la difusión que recibiera en los medios es el del niño mexicano Herón, aquejado de una leucemia y que tras ser besado por el Papa durante su viaje a México en 1990 también se curó por completo de forma misteriosa. Cuando se produjo el encuentro el niño tenía sólo 4 años, y era uno más entre los miles de personas que habían acudido al aeropuerto de Zacatecas para ver al pontífice. Seis meses después de aquello ya estaba completamente curado.

Pero en la larga lista de supuestos beneficiados por los dones curativos del Santo Padre no sólo había laicos. Incluso miembros de la curia fueron bendecidos por los milagros de Juan Pablo II. Uno de estos hombres era el cardenal Francesco Marchisano, un anciano de 75 años que aseguraba haber recuperado el habla después de que

Wojtyla le acariciara. Marchisano explicó que perdió la voz tras una operación de carótidas, y tras recibir la visita de Juan Pablo II comenzó a hablar.

Y así podríamos continuar hasta completar la lista de supuestos milagros atribuidos a Wojtyla, que es cada vez mayor. De cualquier forma, se necesita demostrar -según el Código de Derecho Canónico- la existencia de algún milagro por intercesión de Juan Pablo II después de su muerte el 2 de abril de 2005.

A la vista de estos hechos -y del fervor popular que arrastrara siempre tras de sí-, cualquiera diría que, en efecto, Karol Wojtyla fue un hombre santo. Sin embargo, como ser humano de carne y hueso, el Papa polaco también tuvo su "lado oscuro"...

Los pecados de Juan Pablo II

Ya hemos visto sus virtudes y sus supuestos milagros, así que ahora es el momento de conocer sus errores.

Los pecados de Karol Wojtyla no tuvieron nada que ver con aquellos terribles crímenes cometidos siglos atrás por sus predecesores, y que mancharon de sangre el trono y las vestiduras pontificias. Tampoco se abandonó a la práctica del nepotismo, la simonía o a prácticas poco decentes. Aquel tipo de pecados fueron más propios de otras épocas.

Por el contrario, sus faltas fueron las de la inflexibilidad, el machismo, el anacronismo, la intransigencia, el miedo a la reforma o el castigo al ostracismo de aquellos que demostraban poseer sentido crítico.

Wojtyla fue, como hemos visto, un fervoroso devoto de la Virgen María. Y sin embargo, a pesar de aquella adoración a la feminidad, Juan Pablo II consideró siempre a las mujeres como criaturas de segunda clase. Dentro de la Iglesia les negó el derecho a ejercer el sacerdocio, y a las laicas que defendían el uso de anticonceptivos las "acusó" de promover la "cultura de la muerte". Por un lado pedía a los Estados que devolvieran a la mujer "el pleno respecto a su dignidad y su papel", como hizo durante la Conferencia de Pekín en 1995, mientras por otro les negaba la libertad de decidir sobre su maternidad, prohibiendo duramente el aborto y los anticonceptivos.

Tras su muerte, algunos medios recordaron una triste anécdota sobre su machismo, ocurrida en uno de los viajes a Estados Unidos. Durante un encuentro con monjas norteamericanas, la hermana Theresa Kane, una destacada religiosa, aprovechó la presencia del pontífice para criticar el escaso papel otorgado a la mujer dentro de la Madre Iglesia. Cuando terminó su improvisado discurso, Wojtyla

se acercó a ella y le dijo: "No se olvide nunca, hermana, de que el lugar preferido de la Virgen fue de rodillas a los pies de la Cruz" [92].

Esa curiosa contradicción fue algo recurrente a lo largo de su pontificado, como ha hecho notar numerosas veces uno de sus mayores críticos -y víctimas-, el teólogo alemán Hans Küng.

Juan Pablo II mostró siempre dos caras y dos formas de actuar. Una que enseñaba al mundo y otra, la que realmente tenía, dentro de la Iglesia. Sólo así se entiende que un Papa como él, que se presentaba a sí mismo como defensor y luchador por los derechos humanos en todo el mundo, negase éstos a los miembros de su institución.

Fue un enemigo acérrimo de quienes pedían el derecho al matrimonio de los sacerdotes y, al mismo tiempo, intentó que la Iglesia acallara el escándalo de la pedofilia en su seno. Eso sin olvidar que Juan Pablo II tampoco disimuló nunca su rechazo hacia los homosexuales.

En lo que suponía una triste involución, se negó a compartir su poder con los obispos, retrocediendo varios pasos respecto a los avances conseguidos en el Concilio Vaticano II, y se comportó en muchos aspectos como un verdadero monarca absoluto.

El mismo Wojtyla, que se decía enemigo de la pobreza

en el Tercer Mundo, negó a aquellos pobres herramientas para luchar contra el imparable crecimiento demográfico o la plaga del sida, prohibiendo algo tan simple y a la vez beneficioso como el uso del preservativo. Y todo por su inmovilismo en materia de dogma y moral. No se puede decir que el Papa matara directamente a nadie, pero con seguridad una postura más tolerante y abierta habría salvado miles de vida.

¿Y qué decir de su cruzada contra la llamada Teología de la liberación? Religiosos como Leonardo Boff, Gustavo Gutiérrez o Ignacio Ellacuría, que criticaban la pobreza y las injusticias sociales generadas por el capitalismo sufrieron pronto el azote de Wojtyla. En 1984, Juan Pablo II estampó su firma en el texto elaborado por su lugarteniente Ratzinger, y la Teología de la Liberación quedaba condenada de inmediato.

Con aquel documento comenzó el largo camino hacia el ostracismo de todos aquellos religiosos que habían defendido una Iglesia en la que los pobres y los desfavorecidos representaban el papel principal.

Pero si los partidarios y defensores de la ésta fueron duramente reprimidos, todo lo contrario ocurrió con el *Opus Dei*. La polémica organización católica recibió una gracia extraordinaria: su elevación a la categoría de

prelatura personal, mediante la cual la Obra quedaba únicamente bajo la autoridad papal -y la divina, se sobreentiende-, algo que causó un gran malestar en todos los sectores de la Iglesia, incluso en la propia curia. En resumen, y recogiendo de nuevo la opinión de Küng, el papado de Juan Pablo II, "a pesar de sus aspectos positivos, se revela a fin de cuentas como un desastre".

X - Profecías ¿Se acerca el fin de la Iglesia?

1. LAS PROFECÍAS DE LOS PAPAS DE SAN MALAQUÍAS A JUAN XXIII

Tras la muerte de Juan Pablo II, y hasta la celebración del cónclave que terminó con la elección de Benedicto XVI, las "apuestas" sobre los papables que tenían más opciones para hacerse con el solio pontificio compartieron protagonismo con otras listas -menos ortodoxas-, en los medios de comunicación.

Periódicos, programas de radio y televisión [93] se hicieron eco de la existencia de varias profecías sobre los papas, que podrían servir para averiguar quién iba a ser elegido como nuevo Vicario de Cristo.

No era un fenómeno nuevo. En realidad dichas profecías han captado el interés del público e incluso de la propia Iglesia desde el momento en que fueron formuladas, la mayoría muchos siglos atrás.

Aunque este capítulo no hace alusión a comportamientos indignos y condenables de los pontífices, no me resisto a analizar este tema, que si bien no pertenece

a la historia negra de los papas, si merece ser incluida en el apartado referente al lado oculto y menos conocido de la Iglesia.

Lo que usted, amigo lector, encontrará a continuación es un repaso a las profecías papales más importantes y conocidas. Quisiera dejar claro de antemano que mi postura hacia este tema es de profundo escepticismo, si no de negación total. Eso no impide sin embargo que resulte interesante su análisis, sobre todo si tenemos en cuenta que los fieles y la propia Iglesia -al menos en determinadas épocas de su historia- toman en cuenta lo que dicen algunas de estas pretendidas profecías. Es posible incluso que miembros de la curia, como buenos conocedores de tales textos, hayan intentado utilizarlos en su propio beneficio...

2. LAS PROFECÍAS DE SAN MALAQUÍAS

En 1595, veía la luz en Venecia un libro titulado *Lignum vitae* -"El árbol de la Vida"-, obra del monje benedictino Amoldo de Wion. Dicha obra, dedicada al rey español Felipe II, consta principalmente de un detallado repaso a la vida de varios benedictinos que, hasta la fecha de su redacción, habían alcanzado el título de obispo. Al llegar el turno de uno de ellos, y tras relatar episodios variados de su existencia, Wion añade sobre él:

Escribió algunos opúsculos. Hasta hoy, no he tenido la oportunidad de ver ninguno, excepto una profecía relativa a los soberanos pontífices. Como es muy breve, y que yo sepa no ha sido impresa todavía, y dado que a muchos les complacería conocerla, paso a copiar su texto.

La obra a la que hace referencia el monje francés es la célebre *Profecía de san Malaquías*, cuyo autor sería -supuestamente- el mismo santo que le da nombre. En concreto, la profecía es en realidad una lista de 112 lemas o frases crípticas escritas en latín. Dichos lemas se corresponderían a su vez con 112 pontífices, comenzando con Celestino II (1143-1144) y terminando con el último Papa, Pedro Romano, con el que supuestamente llegaría el fin del mundo o un suceso de gran importancia para la

propia Iglesia católica, dependiendo de las distintas interpretaciones.

De resultar cierta, la profecía de san Malaquías tendría un interés especial en nuestros días, ya que tras la elección del papa Benedicto XVI -a quien le correspondería el lema *De Gloria Olvae*, "De la gloria del olivo"-, se supone que sólo quedaría un Papa, el ya mencionado Pedro Romano, y con él, el fin del mundo.

Pero antes de repasar algunos de los lemas más conocidos, y las distintas posturas acerca de la veracidad o falsedad de las profecías, es preciso que conozcamos un poco la personalidad de su presunto autor.

Un piadoso monje

Malaquías -su nombre real era Malacky O'Morgair- fue un monje irlandés que vivió en la primera mitad del siglo XII (1094-1148). Nació en la ciudad de Armagh, y desde muy joven sintió la llamada del sacerdocio. Después de abandonarlo todo, convivió durante un tiempo junto a un anciano eremita llamado Ismar, hasta que el obispo de la ciudad conoció su piadosa vida y decidió ordenarle sacerdote. En aquel entonces Malaquías tenía 25 años.

Desde aquel momento, el futuro santo dedicó todos sus esfuerzos a la evangelización de las zonas más humildes,

hasta que a la edad de 30 años fue nombrado obispo de la ciudad de Down, más tarde arzobispo y por último recibió el cargo de Primado de Irlanda, el puesto eclesiástico más alto que se podía ostentar en su país. Algún tiempo después, en 1139, decidió visitar la Ciudad Eterna, y cuando se encontraba a mitad de camino, en tierras de Francia, aprovechó para visitar el monasterio de Claraval, donde conoció a su fundador, san Bernardo, a quien le uniría desde ese momento una gran amistad.

Finalmente, durante un nuevo viaje -esta vez a Francia- en 1148, unas fiebres le causaron la muerte, mientras estaba en compañía de su amigo Bernardo. Éste escribiría algún tiempo después una biografía del monje irlandés, *Malachiae Vita* -"Vida de Malaquías"-, en la que se mencionan las supuestas dotes de videncia y otros portentos protagonizados por el monje, y que resulta de gran ayuda para conocer los pormenores de la vida de aquel benedictino, que terminó siendo canonizado por el papa Clemente III.

¿Predicciones acertadas?

Pero veamos ahora en qué consisten exactamente los célebres lemas de san Malaquías para que se hayan convertido en algo tan polémico. Ya expliqué antes que la

misteriosa lista comienza con Celestino II, el siguiente Papa en ocupar el trono de san Pedro tras la redacción de la lista por el monje irlandés.

A Celestino le correspondería, por tanto, el primer lema, *Ex castro tiberis* -"De un castillo junto al Tíber"- . Y efectivamente, dicho Papa nació en un castillo situado a las orillas de aquel río. Hay que aclarar que la mayor parte de los lemas o claves latinas de la lista hacen generalmente alusión al emblema propio del pontífice o a algún hecho de la vida de éste o de su reinado.

Veamos otros ejemplos. Avanzando en la lista encontramos *Ex eremo celsus* -"Elevado desde el desierto"-, que se corresponde con el papa eremita Celestino V (1294), de quien ya hablamos en su debido momento. En este caso el lema también parece coincidir a la perfección con el Papa en cuestión, ya que Celestino era un eremita que fue "elevado" desde su retiro hasta el pontificado.

Respecto al papa Benedicto XII (1334-1342), su clave latina dice *Frigidus Abbas* -"Abad frío"-, y da la casualidad de que desempeñó la labor de Abad del monasterio de Fuente Fría.

Tampoco escapan al escrutinio visionario los papas cismáticos, como el español Benedicto XIII, que fue Papa

en Aviñón. El lema que le correspondería es *Luna Cosmedina* -"Luna de Cosmedín"-. En este caso resulta incluso más acertado, ya que éste se llamaba Pedro de Luna, y fue cardenal de Santa María in Cosmedin.

Si nos centramos en los papas más recientes, los que gobernaron en el siglo XX, encontramos también algunas coincidencias interesantes, aunque salta a la vista que no son tan evidentes y claras como las anteriores, un detalle que explicaremos un poco más abajo. Sobre Juan XXIII, el Papa Bueno, Malaquías habría escrito el lema *Pastor et Nauta* -"Pastor y navegante o piloto"-. Los estudiosos de las profecías señalan que, efectivamente, Juan fue un pastor, y nauta podría aludir a que fue Patriarca de Venecia -la ciudad sobre el agua- o a que "pilotó" el Concilio Vaticano II.

A Juan Pablo I se le atribuye el lema *De medietatae lunae* -"De la mitad de la Luna" o "De la media Luna"-, lo que supuestamente coincidiría con que fue elegido cuando nuestro satélite estaba en la mitad de su ciclo, algo que también ocurrió durante su ordenación como sacerdote y como obispo. En esta misma variante "astronómica" se ha propuesto la explicación de que el dístico alude al breve "reinado" de Juan Pablo I, que se prolongó desde una media Luna hasta la siguiente. Además, los estudiosos de

Malaquías han destacado también en este caso el hecho de que el nombre real de Juan Pablo I, Albino Luciani, podría hacer referencia al lema. *Albino* puede traducirse como "blanco/a", mientras que Luciani procedería del término *Luce*, en italiano "Luz". Así, su nombre podría interpretarse como "Luz Blanca", quedando identificado con la luz de la Luna. En cuanto al papa Woytila, las combinaciones son incluso más numerosas -y también más endebles-. Su lema sería *De Labore Solis* -"Del trabajo del Sol" o "De la fatiga del Sol"-. Muchos han querido ver una referencia a su país natal, Polonia, donde el Sol es más débil, a causa del clima. Otros han sugerido una interpretación relacionada con la delicada salud del pontífice, en especial en los últimos años. Finalmente, se ha propuesto como explicación que nació el día de un eclipse de Sol, cosa que también ocurrió el día de su funeral. La pega a esta última teoría es que dichos eclipses sólo fueron visibles desde otros continentes, y no en los que se encontraba Juan Pablo II.

¿Benedicto XVI = "La Gloria del Olivo"?

Como habrá podido apreciar el lector, en el caso de los últimos papas las interpretaciones para hacer coincidir los lemas con sus respectivos pontífices son cada vez más arriesgadas y menos evidentes que en los primeros.

Cuando finalmente falleció Juan Pablo II en 2005, las "apuestas" comenzaron a surgir. No fueron pocos los medios que dedicaron espacio y tiempo a contrastar la lista de papables con el lema *De Gloria Olivae* -"La Gloria del Olivo"-, en busca de alguien que encajara con el perfil.

Entre otros, fueron señalados como posibles candidatos a coincidir con la clave latina los siguientes cardenales: Martini -quien vive retirado en Jerusalén, ciudad directamente asociada al olivo-, Lutsiger -por su origen judío-, e incluso el cardenal Amigo, español y por lo tanto procedente de un país con gran relación con el olivo. Además, otra de las interpretaciones sobre el lema identificaba a "La Gloria del Olivo" con un periodo de paz a nivel mundial, o con un pontífice con un especial protagonismo en asuntos de paz. Y al final, como sabemos, salió elegido el cardenal Ratzinger, papa Benedicto XVI. Tras un primer momento de confusión, los intérpretes de las profecías de Malaquías siguieron rebuscando entre las posibilidades, *ya posteriori* encontraron algunas coincidencias. A saber: el nombre de Benedicto -Benito en otros idiomas- podía relacionarse con san Benito, fundador de la Orden de los benedictinos, que también son conocidos como "olívicos" u "olivareros". Por otra parte, se ha señalado también que Ratzinger fue hasta su

nombramiento el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe -antiguo Santo Oficio o Inquisición-. Si revisamos el escudo de la Inquisición encontramos, efectivamente, una rama de olivo acompañando a una espada y una cruz.

In persecutióne extrema

Y así llegamos al que sería el último lema de la profecía de san Malaquías. En realidad no se trata de un lema como los anteriores, sino de una frase -también en latín- de una extensión mayor.

In persecutióne extrema sacrae romanae ecclesiae sedebit Petrus Romanos: qui pascet oves in multis tribulationibus: quibus transactis, civitas septicollis diruetur: et iudex tremendus iudicavit populum.

O lo que es lo mismo:

"En la última persecución de la Santa Iglesia Romana, un romano llamado Pedro apacentará el rebaño en medio de grandes tribulaciones. Pasarán éstas, Roma será destruida y el Juez terrible juzgará el mundo".

Como vemos no parece un futuro nada halagüeño, más si tenemos en cuenta que, dada la edad de Benedicto XVI, nada hace esperar que su pontificado sea excesivamente largo. Así que si tuviéramos que creer en la veracidad de las

profecías de san Malaquías, estaríamos cerca de vivir una época terrible y convulsa o incluso el fin del mundo.

De todos modos, no debería el lector preocuparse demasiado -al menos no por lo que dice la profecía- si nos atenemos a las distintas críticas que los lemas supuestamente escritos por el santo irlandés han recibido desde hace siglos.

Dudas más que razonables

Una de las principales "pegas" a las que se enfrentan los defensores de la autenticidad de las profecías es la de su datación. Como ya expliqué, la lista fue publicada por Amoldo de Wion en 1595. Hasta ese momento, cinco siglos después de la vida de Malaquías, nadie había oído hablar de ellas.

Pero además, resulta también bastante sospechoso que Wion no aportase ningún manuscrito más antiguo de donde él habría copiado los lemas de Malaquías. Tenemos que hacer un acto de fe y creer en su palabra. Otro detalle que no ayuda a la credibilidad de la profecía es el hecho de que san Bernardo, buen amigo del irlandés y autor de su biografía, no mencione en ningún momento un hecho tan importante como la existencia de la lista sobre los papas, sobre todo teniendo en cuenta que sí menciona sus dotes

visionarias y otros milagros:

Las disciplinas reconocieron que Malaquías gozaba del espíritu de la profecía... Si nos fijamos bien en los hechos llevados a cabo por él, nos daremos cuenta que entre ellos no faltan profecías, revelaciones, castigos de impíos, gracias de curación, conversiones, resurrecciones de muertos... Dios, que lo amaba, lo adornó con todas sus glorias.

La crítica a la verosimilitud de la lista publicada por Wion no es algo nuevo. De hecho, ya en el siglo XVII el jesuita francés Claude Francois Menestrier rebatió su autenticidad. Según Menestrier, la lista de los papas habría sido creada ex profeso en 1590, coincidiendo con la celebración de un nuevo cónclave, y con la intención de influir en el nombramiento del siguiente Papa. Según el jesuita, la profecía habría servido para intentar que el cardenal Simoncelli se alzara como sucesor de Urbano VII. El lema que correspondía al siguiente Papa era *Ex antiquetate urbis* -"De la ciudad antigua"- y Simoncelli era, "casualmente", de la ciudad de Orvieto, que en latín sería *Urbs Vetus* -"ciudad vieja"-. A pesar de todo, Simoncelli no salió elegido. Pero además, Menestrier apuntó otro detalle bastante acertado contra la autenticidad de la profecía: los lemas anteriores a la fecha de la publicación cuadraban

perfectamente con los papas correspondientes, algo que no ocurría de la misma forma con los que vinieron tras su aparición -como hemos podido ver, por ejemplo, con los lemas de los papas del siglo XX, bastante más abiertos a la especulación.

Curiosamente, aquellos primeros 74 lemas que van desde Celestino II hasta Urbano VII (1590) -los más acertados-, aparecían acompañados en la obra de Wion por unos comentarios interpretativos, obra de un dominico de la época, Alphonsus Ciacconius, un especialista en la historia de los papas. Curioso, ¿no? Los críticos creen que pudo haber sido Ciacconius el autor de la "profecía" ya que, casualmente, era amigo del cardenal Simoncelli, a quien como hemos dicho le venía de perlas el lema *Ex antiquetate urbis...* Pero aún hay más. Se ha descubierto también que los lemas incluyen ciertos errores que, según algunos estudiosos, podrían tener su explicación en el hecho de que al autor de las falsas profecías copiase a un historiador contemporáneo llamado Panvinio, autor de un libro sobre la vida de los papas. Veamos lo que dice el clérigo francés Cristiani en su libro *Nostradamus, Malaquías y Cía.:*

En la lista de nuestra pretendida profecía no hay menos de ocho antipapas. De estos ocho, dos son representados

como cismáticos: Nicolás V -no el verdadero-, en 1327, al que llama la profecía: *corvus schismaticus*, "el cuervo cismático", y Clemente VIII, llamado *schismas barcinorum*, "cisma de los barceloneses" (1424).

¿Por qué aparecen dos antipapas solamente de los ocho? (...) Es que el historiador contemporáneo de Wion, Panvinio, no había dado el nombre de antipapa más que a los dos personajes indicados. Se deduce de aquí que Wion sencillamente se ha reducido a copiar la lista de los papas de Panvinio. Y tan cierto es esto que incluso ha reproducido sus errores, doquiera que se hallaban. Panvinio, por ejemplo, había dicho que Eugenio IV perteneció a la Orden de los Celestinos. El pseudo-Malaquías se apodera de este detalle y fabrica su lema: *lupa caelestina*, "la loba celestina". Pues bien, Eugenio IV no fue Celestino, sino agustino. (...) Panvinio había cometido además otro error, a propósito de Clemente IV (1265-1269), y había visto en sus armas un dragón. El lema de Wion: *draco depressus*, "el dragón aplastado", tiene su origen en Panvinio, que había confundido en el escudo de este Papa el águila con un dragón.

Como vemos, todo parece indicar que la lista atribuida a Malaquías fue "fabricada" en fechas más tardías, y que parece tener pocas propiedades proféticas. Sin embargo,

aún quedan algunas preguntas interesantes por responder: si todo fue una estratagema para conseguir la elección del cardenal Simoncelli, ¿por qué se publicó la lista cinco años después del cónclave si además no había tenido éxito?

Una influyente profecía

Dejando ya de un lado la supuesta veracidad o no de las profecías, más importante resulta el hecho de que éstas fueran tomadas con un gran respeto por parte de creyentes e, incluso, por la propia jerarquía eclesiástica. Hasta tal punto es así, que podemos decir que la creencia existente en ellas llegó a decidir alguna elección papal.

Pocos años después de su publicación en la obra de Wion, numerosos sabios y religiosos de la época mostraron un gran interés por ella, llegando a publicarse numerosas obras que analizaban su contenido. Miembros de la Iglesia como el benedictino Henríquez, el dominico Giannini o el jesuíta Lapede escribieron pequeños tratados sobre la cuestión, apostando por la veracidad de su contenido. A estos hay que incluir otros más críticos, como el ya mencionado Menestrier.

La ciudad de Roma fue testigo del gran interés del pueblo y la misma curia por las profecías, lo que motivó que se editaran numerosas obras que intentaban satisfacer

el fervor popular.

Pero aquel "fenómeno Malaquías", que iba camino de convertirse en un *best-seller* -salvando las diferencias-, también tenía repercusiones a otro nivel más alto.

Cuando se produjo la elección del papa Clemente X en 1670, se realizaron numerosas inscripciones que aludían a él como *De flumine magno* -"del gran río"-, precisamente porque esa era la divisa que le correspondía en la lista de Malaquías. Aquella alegría por el nuevo Papa se veía aumentada por el hecho de que en este caso parecía coincidir con la clave latina: Clemente había nacido a la orilla del Tíber.

Algo similar ocurrió con el papa Alejandro VIII, cuyo lema debía ser *Peonitentia gloriosa* -"la penitencia gloriosa"-, lo que se interpretó como una alusión a la festividad que se celebraba el día de su elección, el 6 de octubre, san Bruno, cuya Orden cartujana era famosa por sus penitencias.

Más importante que estas interpretaciones es, sin duda, el hecho de que un Papa sea elegido teniendo en cuenta la lista de Malaquías. Ya vimos que sus críticos argumentan que esa pudo ser su finalidad real, aunque habría fracasado en el caso para el que fue elaborada. En otros cónclaves parece que tuvo más éxito. Al menos eso es lo que parece

que ocurrió durante el celebrado en 1667, donde fue elegido Clemente IX.

Al Papa que saldría elegido de aquel cónclave le correspondía la divisa *Sidus olororum* -"el astro de los cisnes"-, y el futuro Clemente IX había sido alojado aquellos días en una estancia conocida como "estancia de los cisnes", debido a que había una pintura en la habitación que representaba a estos animales. No sabemos si aquella estancia le correspondió por casualidad o le fue otorgada por alguien que conocía bien las profecías y que estaba interesado en su nombramiento, pero lo cierto es que de una forma u otra, en aquel caso la creencia en los lemas de Malaquías decidieron una votación tan importante como aquella.

3. LAS PROFECÍAS DE NOSTRADAMUS

Si bien las profecías de san Malaquías sobre los papas son las más conocidas, existen otras que también pretenden contener información sobre el futuro de la Iglesia y sus pontífices. Sin duda todo el mundo conoce las célebres *Cuartetas* publicadas en 1555 por Michel de Nostredame, más conocido como Nostradamus. Sin embargo, es menos sabido el hecho de que aquel médico francés de origen judío también dedicó parte de sus textos "proféticos" a los sumos pontífices. Curiosamente, existen numerosas coincidencias entre las predicciones del misterioso médico y las del monje irlandés Malaquías.

Según una tradición -no hay documento alguno para confirmar su veracidad-, en 1530 Michel de Nostredame viajaba en una muía por las cercanías de la ciudad de Ancona cuando, de pronto, se topó de frente con dos monjes franciscanos que también se encontraban de viaje. Nostradamus bajó de su cabalgadura y, para asombro de los monjes, se arrodilló ante uno de ellos y exclamó: "Rindo homenaje al futuro Papa". Bastantes años después, en 1585, aquel joven religioso que debió pensar que el muchacho que se postró ante él estaba loco, era coronado Papa. Se trataba de Felice Peretti, Sixto V.

Nostradamus, el médico profeta

Michel de Nostredame había nacido en diciembre de 1503 en la localidad francesa de Provence. Criado en el seno de una familia de judíos conversos, entre sus antepasados se encontraban destacados eruditos en materias poco ortodoxas, lo que influiría notablemente en su futura vida. Su bisabuelo, por ejemplo, dominaba los secretos de la astrología, un conocimiento que heredó más tarde Michel. Años después el inquieto joven se tituló en medicina en Montpellier -llegó a servir como médico en la corte del rey Carlos IX-, y más tarde dedicó su vida a viajar por buena parte de Europa, empapándose de los saberes ocultos que encontró en Francia, Italia y Alemania.

No sabemos si sus famosas *Cuartetas* surgieron de los conocimientos que cultivó durante toda su vida o si procedían de supuestas facultades visionarias y proféticas, pero lo cierto es que a su muerte había dejado un misterioso legado, compuesto por 1.174 profecías, que cautivarían durante siglos a estudiosos y público en general.

No nos interesa aquí analizar los textos que aluden a los sucesos históricos que supuestamente quedaron reflejados en sus crípticos textos, por lo que nos centraremos sólo en

aquellos que podrían estar relacionados, según los expertos, en el tema que nos interesa: los pontífices y la Iglesia.

Por ejemplo, una de las cuartetos destacadas por los estudiosos de las profecías, la VII, 29, dice así:

El gran Duque de Alba se rebelará y traicionará a los grandes padres. El Grande de Guisa vendrá a terminarlo victoriosamente. Cautivo llevado y levantado monumento.

Estos versos, procedentes de las profecías de Nostredame, fueron publicadas como ya dijimos, en 1555. Sólo dos años después, la historia parecía confirmar sus visiones. En 1557, el papa Pablo IV interceptó una serie de cartas destinadas al español Duque de Alba que mencionaban la predisposición a la revuelta de los barones romanos. Poco después, el de Alba hizo avanzar a sus tropas en los Estados Pontificios. Se desató así un conflicto bélico entre España y Francia, país este último representado por el Duque de Guisa...

Sigamos. En otra cuartetos, la VIII, 71, Nostradamus escribe:

Crecerá el gran número de los astrónomos expulsados, proscritos y libros censurados. El año mil seiscientos y siete por sagradas bulas. Que nadie en los sagrados estará seguro.

Este texto ha sido interpretado como una anticipación de la persecución y castigo sufrido por científicos como Galileo o Giordano Bruno, condenados por sus postulados sobre astronomía.

Otras pretendidas profecías harían alusión a papas concretos, como la cuarteta V, 56, donde Nostradamus escribe:

Por la muerte de muy viejo pontífice, Será elegido Romano de buena edad. De él será dicho que a la Sede perjudica Y largo tendrá y escocedura obra.

Entre las lecturas hechas sobre esta cuarteta hay una que la asocia con el papa Pío XI, que falleció a los 82 años -"por la muerte de muy viejo pontífice"-. Su sucesor, Pío XII, tenía 62 al acceder al papado -lo que podría coincidir con "será elegido Romano de buena edad"-, y además su ascendencia aristocrática fue del agrado de los romanos -"Que de los Romanos será muy conforme"-. Y, efectivamente, tuvo un polémico papado -"De él será dicho que a la Sede perjudica"-. Otros fragmentos de la obra de Nostradamus harían alusión a pontífices más recientes, como este verso:

Elegido Papa del elector será burlado. Muy pronto súbitamente enmudecerá activo y tímido; Por demasiado bueno y dulce morir provocado, Temor oprime la noche

de su muerte súbita.

Este aparente galimatías de difícil comprensión ha sido "traducido" por los analistas de la obra de Nostradamus de la siguiente forma:

Un Papa será burlado por los que le eligieron y muy pronto enmudecerá. Será activo y tímido y, por ser demasiado bueno y dulce, le será provocada la muerte en la noche.

Los defensores de la veracidad de estas profecías han querido ver en este párrafo una visión de la muerte de Juan Pablo I el 29 de septiembre de 1978 que, como ya vimos en su capítulo correspondiente, podría haber sido asesinado según la teoría de la conspiración. Además, no hay duda de que Juan Pablo I podría recibir perfectamente los apelativos de "tímido, bueno y dulce". De cualquier modo no deja de ser una interpretación muy "cogida por los pelos", sobre todo si tenemos en cuenta que la propia muerte del Papa sigue siendo una incógnita, y su supuesto asesinato -aunque probable- no ha podido ser demostrado fuera de toda duda.

Curiosas coincidencias

Como comentaba al principio, existen similitudes entre las cuartetas de Nostradamus y los lemas atribuidos a

Malaquías. Estas coincidencias resultan ciertamente interesantes, en especial porque aluden al fin de la Iglesia o del mundo, según las interpretaciones de los distintos "expertos".

Según Malaquías, tras la muerte del papa *De Labore Solis* -que como vimos supuestamente le corresponde a Juan Pablo II-, sólo quedarían dos más: *De Gloria Olivae* -supuestamente Benedicto XVI-, y el misterioso Pedro Romano, tras el cual terminaría todo. Algo similar parecen decirnos las cuartetos de Michel de Nostredame;

al menos si lo que han querido interpretar sus estudiosos es lo correcto. En ellas encontramos referencias y menciones a un *Pontifex Maximus*, un Papa que llegaría en un terrible momento histórico, posterior a un gran conflicto bélico, y durante el cual reinaría en Francia un "Gran Monarca" de linaje Borbón, con mucha influencia en los asuntos espirituales.

Dejando de lado el hecho de que parece difícil que la monarquía regrese a la república francesa, la profecía del médico galo coincide bastante con los lemas de Malaquías. Estos hablan de una "persecución extrema" coincidiendo con el reinado de Pedro el Romano -¿el *Pontifex Maximus*?-, y Nostradamus predice que "La gran montaña redonda de siete estadios. Después de paz, guerra, hambre,

inundación. Irá lejos, arruinando grandes regiones. Aún las antiguas, y la gran fundación", lo que podría ser interpretado como "En Roma, la ciudad de las siete colinas, tras la paz sufrirá guerra, hambre e inundación, tanto que afectará a grandes regiones, incluso las antiguas ruinas y la gran fundación (Vaticano)".

Tras estos terribles sucesos el Papa sería detenido, según Nostradamus, lo que parece coincidir con la *persecutione extrema* sufrida por el Pedro Romano de Malaquías...

4. LAS PROFECÍAS DE JUAN XXIII

En 1976, el escritor, esoterista y director de cine italiano Pier Carpí publicó un libro que se convirtió en best-seller en muy poco tiempo. En su obra, Carpí narraba las experiencias de un iniciado en la orden Rosacruz, un tal Johannes, que habían tenido lugar en 1935 en el interior de un templo secreto de Turquía. Durante una ceremonia, y ante el resto de sus hermanos en la Orden, Johannes había entrado en una especie de trance durante el cual habló "con una voz que no era suya", y comenzó a recitar una serie de asombrosas profecías...

Aquel misterioso Johannes, el rosacruz, sería en realidad Angelo Roncalli, en aquel entonces arzobispo de Mesembria y nuncio pontificio en Turquía. Años después se convertiría en el papa Juan XXIII. Al menos eso es lo que defendía Pier Carpí en su libro *Las profecías de Juan XXIII*. Según Carpí, aquella información había llegado hasta sus manos a través de un hombre que aseguraba ser el maestro que había iniciado al Papa en la Orden durante su estancia en Turquía. El escritor italiano explica en su libro que desde un primer momento se mostró muy escéptico con aquellas sorprendentes revelaciones, pero tras una investigación de más de seis años tuvo que rendirse a la

evidencia, y decidió publicar sus averiguaciones en dicho trabajo.

Los viajes del Papa Bueno

Angelo Roncalli había nacido en 1881 en el seno de una familia humilde. Cuando tenía 23 años fue ordenado sacerdote, y más tarde iría escalando en la jerarquía gracias al apoyo de monseñor Radini. Años después fue consagrado obispo de san Juan de Letrán por el papa Benedicto XV, y más tarde se convirtió en nuncio apostólico en diversos países como Grecia, Bulgaria y Turquía, donde solía viajar al interior, a pesar de las quejas de sus superiores en el Vaticano. Como ya hemos visto, habría sido allí -al menos según el informante de Carpí-, donde se inició en la Orden Rosacruz y donde habría realizado aquellas misteriosas profecías.

Finalmente, fue nombrado nuncio de París tras la Liberación por el papa Pío XII, y tras la muerte de éste fue elegido como nuevo pontífice en 1958, tomando el nombre de Juan XXIII.

Pero, si realmente lo que relata Carpí en su libro fuera real, ¿qué es exactamente lo que dijo el "hermano Johannes" en sus profecías?

Según recoge en sus páginas el libro del italiano, el

Papa Bueno habría predicho con muchos años de anticipación sucesos tan importantes y terribles como la Segunda Guerra Mundial, el lanzamiento de la primera bomba nuclear, la Guerra Civil española y otros muchos, algunos relacionados con papas que gobernarían la Iglesia en el futuro. Sin embargo, resulta imposible dar validez a estas profecías ya que muchas de ellas -como algunas de las mencionadas un poco más arriba- hacen referencia a hechos que ya habían sucedido cuando el libro de Carpí vio la luz en 1976. Pero por otra parte, entre dichos augurios hay algunos referentes a hechos que sucedieron después de esta fecha, y otros que todavía no se han cumplido. Eso sí, lo que comparten todas es el lenguaje ambiguo y confuso, propio de todos los textos de este tipo.

Algunas de ellas, por ejemplo, hacían mención directa a los futuros pontífices:

Tú que vienes de las armas, serás herido. No has sabido advertir, osar, elegir, orar. La Iglesia tiembla y tus cartas la sacuden inútilmente. Los mejores hijos se apartan de ella, van a servir al mal que ellos llaman bien.

En un principio, los estudiosos interpretaron el texto anterior como una posible descripción de Pablo VI, pero más tarde se vio que parecía corresponderse mejor con Juan Pablo II. Efectivamente, Karol Wojtyła "venía de las

brumas" (Polonia), y resultó "herido" en el atentado perpetrado por Ali Agca en la plaza de San Pedro.

Johannes continúa:

Serán los jóvenes quienes te aclamarán, nuevo Papa de una Iglesia que sonríe... serás el padre de todos. El principio del camino será difícil, caminar por Roma en días sangrientos. Esclarecer las brumas y sus sepulcros.

Si se trata realmente de una alusión a Juan Pablo II, la parte de los jóvenes no tiene ningún secreto, ya que su vinculación con la juventud se vio durante todo su papado, incluso durante sus últimos días [94]. Y la referencia a "caminar por Roma en días sangrientos" podría aludir al atentado de Ali Agca.

Las supuestas profecías de Juan XXIII continúan mencionando a papas sucesivos y, al igual que las de Nostradamus y san Malaquías, contienen tintes apocalípticos:

Dos hermanos y nadie será el Verdadero Padre. La Madre -la Iglesia-será viuda. Los hermanos de Oriente y Occidente se matarán y en el combate asesinarán a sus hijos. Entonces, el santo descalzo descenderá del monte y, frente a la tumba del que va descalzo, estallará el reino bendito de la Santísima Virgen.

El texto sigue advirtiendo acerca de terribles sucesos

aún por llegar, y cuya interpretación resulta prácticamente imposible:

Habrà guerra dentro de la Madre y los rebaños se dispersarán. Pero alguno clamarà sangre y será escuchado. Todas las desgracias para el que habrá gritado, la suya será la primera sangre en correr.

Incluso aparece una mención a una futura guerra entre árabes, judíos y cristianos:

Se enfrentarán la media Luna, la estrella y la cruz. Alguno empuñará la cruz negra. De los valles del Príncipe vendrán los caballeros ciegos. Tras de ellos, los cuervos del hambre, la escasez y la peste.

La última "profecía" de Johannes, el presunto Juan XXIII rosa-cruz, es más positiva, y hace referencia a una supuesta llegada del Reino de Dios:

Antes de la última luz, los pastores reconocerán el signo. Y la Iglesia tendrá muchos Padres, todos hermanos. Todos hablarán la misma lengua. Y la hablarán para rezar a la Virgen y al Salvador. El reino de Dios llega a la tierra, su ciudad se edifica incluso para el que no la ha querido.

Como habrá podido apreciar el lector, las "profecías" de Johannes no sólo tienen la pega de que están escritas en un lenguaje confuso, sino que no existe una sola prueba que permita demostrar la identificación del supuesto iniciado

en la Rosacruz con el papa Juan XXIII. Pero entonces, ¿por qué habría querido Carpí inventar una historia semejante? ¿Simplemente quiso enriquecerse vendiendo un montón de libros o había algo más?

Aquí tienen una posible solución: ¿recuerdan la terrible logia masónica P-2? ¿Recuerdan que durante una redada de la policía se confiscaron buena parte de los documentos de la logia, que incluía una lista de miembros? Pues bien, entre los nombres de aquella aparecía uno que nos interesa especialmente: Piero Pier Carpí [95]. ¿Fue un intento de la logia para influir de algún modo en la Iglesia y los creyentes?

EPÍLOGO

BENEDICTO XVI (2005...) LA INCÓGNITA DE RATZINGER

Eran las 17.50 horas del 19 de abril de 2005 cuando la fumata blanca anunciaba al mundo entero la elección del nuevo pontífice. Los 115 cardenales que participaban en el cónclave habían llegado a una decisión tras cuatro votaciones.

Algunos minutos después aparecía el protodiácono chileno Jorge Arturo Medina y confirmaba la noticia que ya todos conocían: Habemus Papam.

El escogido fue, como todos sabemos, el cardenal Joseph Ratzinger, que adoptó el nombre de Benedicto XVI. Su elección fue en cierta medida una sorpresa, precisamente porque resultaba demasiado previsible. Sin duda, su elección supuso un mazazo para los sectores más progresistas y reformistas, que conservaban una pequeña esperanza de que fuera elegido un Papa que retomara el espíritu reformador del Concilio Vaticano II, abandonado por Juan Pablo II.

Por si algún despistado lector todavía no lo sabe, a

pesar del bombardeo informativo al que fuimos sometidos tras su elección, Joseph Ratzinger nació el 16 de abril de 1927 en Marktl am Inn, un pequeña localidad de Baviera (Alemania). Se crió en una humilde familia de campesinos, fervorosos católicos, y su vocación religiosa surgió cuando era muy joven. Cuando tenía sólo 5 años, la visita a su pueblo del cardenal Faulhaber, arzobispo de Munich, le causó tanta impresión que al llegar a casa le dijo a su padre: "Quiero ser cardenal". Aquel fue el inicio de una vocación que le llevaría hasta lo más alto de la jerarquía católica. Años más tarde entró -junto a su hermano- en el internado fundado por el mismo cardenal, y fue este también quien ordenó sacerdotes a ambos en 1951. Algunos años antes, durante la Segunda Guerra Mundial, Joseph había pertenecido a las Juventudes Hitlerianas, un detalle de su pasado que algunos medios sensacionalistas, como los británicos, no dudaron en utilizar para atacar al recién nombrado pontífice. De cualquier modo, se trata de un argumento sin peso, ya que en aquellos años era obligatorio, y no significaba necesariamente un apoyo a la ideología nazi.

El joven Ratzinger continuó sus estudios de teología, hasta que él mismo terminó convirtiéndose en profesor de las prestigiosas universidades de Múnster, Bonn y Tubinga.

Poco después, en 1962, se desplazó a Roma para participar en el Concilio Vaticano II. Curiosamente, y pese a lo que pudiera parecer por su trayectoria actual, la postura del joven Ratzinger en el Concilio se adscribe a la línea más progresista.

Finalmente, en 1977 fue nombrado cardenal y arzobispo de Munich por el papa Pablo VI, y poco después se produjo un cambio radical en sus posturas que se acentuaría con los años siguientes. Con Juan Pablo II en el Vaticano, el cardenal Ratzinger se había convertido ya en un defensor de las posturas más conservadoras, muy en la línea del propio Wojtyla.

Fue precisamente durante el desempeño de su labor como arzobispo de Munich cuando Ratzinger comenzó a dirigir su campaña de acoso y derribo contra los teólogos Baptist Metz y Hans Küng. Este último fue castigado con la prohibición de seguir impartiendo sus clases de teología, después de publicar un artículo crítico en 1979 contra Juan Pablo II.

Ya a comienzos de los ochenta, el Papa le otorgó el cargo de prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el antiguo y temido Santo Oficio.

Como ya vimos al hablar del "lado oscuro" de Wojtyla, fue el mismo Ratzinger quien elaboró el documento que

condenó a la Teología de la Liberación y a sus máximos exponentes, como Leonardo Boff. El mismo destino corrieron todos aquellos que osaron apartarse del recto camino marcado por el Vaticano de Juan Pablo II.

Y así hasta el mes de abril de 2005, cuando el "cardenal de hierro", defensor de la doctrina, se convirtió por fin en el primer Papa del tercer milenio, Benedicto XVI.

Es probable que hasta dentro de unos años, incluso más allá del propio pontificado, no podamos discernir sobre las cuestiones más o menos polémicas -más o menos "extrañas"- llevadas a cabo por el nuevo Vicario de Cristo. Lo único que podemos comentar, y no es poco, es su etapa como cardenal. Ya hemos visto brevemente que Ratzinger se convirtió enseguida en el lugarteniente de Wojtyla, su "perro de presa" particular, que ejecutaba sin dudar las decisiones más desagradables.

Y es que efectivamente, el papa Benedicto XVI mantiene la misma línea conservadora que su antecesor. Se muestra igualmente contrario a la ordenación sacerdotal de las mujeres, la eutanasia, las técnicas anticonceptivas y el aborto; considera la homosexualidad como un "mal moral intrínseco" -con la que está cayendo en el mismo seno de la institución eclesial-, y por lo tanto rechaza su presencia en la Iglesia. Y, como guinda final, está

convencido de que la única vía para la salvación eterna pasa por la Iglesia católica. Ese fue el cardenal Ratzinger. Habrá que darle tiempo al tiempo, y esperar para ver en qué se convierte el pontificado de Benedicto XVI. De ello depende, en gran medida, el futuro de la Iglesia católica...

Anexo

LISTA COMPLETA DE PAPAS Y ANTIPAPAS

- 1 San Pedro
2. San Lino (67-76)
3. San Cleto (76-88)
4. San Clemente (88-97)
5. San Evaristo (97-105)
6. San Alejandro I (105-115)
7. San Sixto (115-125)
8. San Telesforo (125-136)
9. San Higinio (136-140)
10. San Pío I (140-155)
11. San Aniceto (155-166)
12. San Sotero (166-175)
13. San Eleuterio (175-189)
14. San Víctor I (189-199)
15. San Ceferino (199-217)
16. S. Calixto I (217-222) - San Hipólito (217-235). *Antipapa.*
17. S. Urbano I (222-230)
18. S. Ponciano (230-235)

19. S. Antero (235-236)
20. S. Fabián (236-250)
21. S. Cornelio (251-253) - Novaciano
(251). Antipapa.
22. S. Lucio I (253-254)
23. S. Esteban I (254-257)
24. S. Sixto II (257-258)
25. S. Dionisio (259-268)
26. S. Félix I (269-274)
27. S. Eutiquiano (275-283)
28. S. Cayo (283-296)
29. S. Marcelino (296-304)
30. S. Marcelo I (308-309)
31. S. Eusebio (309-309)
32. S. Melquíades (311-314)
33. S. Silvestre I (314-335)
34. S. Marcos (336-336)
35. S. Julio I (337-352)
36. Liberio (352-366) - Félix II (355-365). Antípapa.
37. San Dámaso I (366-384) - Ursino (366-
367). Antipapa.
38. San Siricio (384-399)
39. San Anastasio I (399-401)
40. San Inocencio I (401-417)

41. San Zosimo (417-418)

42. San Bonifacio I (418-422) -Eulalio (418-419).

Antipapa.

43. San Celestino I (422-432)

44. San Sixto III (432-440)

45. San León Magno (440-461)

46. San Hilario (461-468)

47. San Simplicio (468-483)

48. San Félix III (483-492)

49. San Gelasio I (492-496)

50. Anastasio II (496-498)

51. San Símaco (498-514) - Lorenzo (498-

506). Antipapa.

52. San Hormisdas (514-523)

53. San Juan I (523-526)

54. San Félix IV (526-530)

55. Bonifacio II (530-532) - Dióscoro (530). Antipapa.

56. San Juan II (533-535)

57. San Agapito I (535-536)

58. San Silverio (536-537)

59. Vigilio (537-555)

60. Pelagio I (556-561)

61. Juan III (561-574)

62. Benedicto I (575-579)

63. Pelagio II (579-590)
64. San Gregorio I Magno (590-604)
65. San Sabiniano (604-606)
66. Bonifacio III (607-607)
67. San Bonifacio IV (608-615)
68. San Adeodato I (615-618)
69. Bonifacio IV (619-625)
70. Honorio I (625-638)
72. Juan IV (640-642)
73. Teodoro I (642-649)
74. San Martín I (649-655)
75. San Eugenio I (654-657)
76. San Vitaliano (657-672)
77. Adeodato II (672-676)
78. Dono (676-678)
79. San Agatón (678-681)
80. San León II (682-683)
81. San Benedicto II (684-685)
82. Juan V (685-686)
83. Conón (686-687) - Teodoro (687). Antipapa.
84. San Sergio I (687-701)
85. San Juan VI (701-705)
86. Juan VII (705-707)
87. Sisinio (708-708)

88. Constantino (708-715)
89. San Gregorio II (715-731)
90. San Gregorio III (731-741)
91. San Zacarías (741-752)
92. San Esteban II (III) (752-757)
93. San Paulo I (757-767) - Constantino II (767-768). Antipapa. - Filippo (768). Antipapa.
94. Esteban III (IV) (768-772)
95. Adriano I (772-795)
96. San León III (795-816)
97. Esteban IV (V) (816-817)
98. S. Pascual I (817-824)
99. Eugenio II (824-827)
100. Valentín (827)
101. Gregorio IV (827-844) - Juan (844). Antipapa.
102. Sergio II (844-847)
103. San León IV (847-855)
104. Benedicto III (855-858) - Anastasio (855). Antipapa.
105. San Nicolás I Magno (858-867)
106. Adriano II (867-872)
107. Juan VIII (872-882)
108. Marino I (882-884)
109. S. Adriano III (884-885)

110. Esteban V (VI) (885-891)
 111. Formoso (891-896)
 112. Bonifacio VI (896-896)
 113. Esteban VI (896-897)
 114. Romano (897-897)
 115. Teodoro II (897-897)
 116. Juan IX (898-900)
 117. Benedicto IV (900-903)
 118. León V (903-903) - Cristóbal (903-904). Antipapa.
 119. Sergio III (904-911)
 120. Anastasio III (911-913)
 121. Landon (913-914)
 122. Juan X (914-928)
 123. León VI (928-928)
 124. Esteban VII (VIII) (928-931)
 125. Juan XI (931-935)
 126. León VII (936-939)
 127. Esteban VIII (IX) (939-942)
 128. Marino II (942-946)
 129. Agapito II (946-955)
 130. Juan XII (955-964) - León VIII (963-965)
- Antipapa.
131. León VIII (963-965)

132. Benedicto V (964-966)
133. Juan XIII (965-972)
134. Benedicto VI (973-974) - Bonifacio VII (Primer "reinado". 974). Antipapa.
135. Benedicto VII (974-983)
136. Juan XIV (983-984) - Bonifacio VII (Segundo "reinado". 984-985). Antipapa.
137. Juan XV (985-996)
138. Gregorio V (996-999) - Juan XVI (997-998). Antipapa.
139. Silvestre II (999-1003). Gerbert d'Aurillac.
140. Juan XVII (1003-1003)
141. Juan XVIII (1004-1009)
142. Sergio IV (1009-1012)
143. Benedicto VIII (1012-1024) - Gregorio (1012). Antipapa.
144. Juan XIX (1024-1032)
145. Benedicto IX (1032-1044)
146. Silvestre III (1045-1045)
147. Benedicto IX (1045-1045)
148. Gregorio VI (1045-1046)
149. Clemente II (1046-1047)
150. Benedicto IX (1047-1048)
151. Dámaso II (1048-1048)

152. San León IX (1049-1054)
153. Víctor II (1055-1057)
154. Esteban IX (X) (1057-1058) - Benedicto X (1058-1059). Antipapa.
155. Nicolás II (1059-1061)
156. Alejandro II (1061-1073) - Honorio II (1061-1069). Antipapa.
157. Gregorio VII (1073-1085) - Clemente III (1080-1100). Antipapa.
158. San Víctor III (1086-1087)
159. San Urbano II (1088-1099)
160. Pascual II (1099-1118) - Teodorico (1100-1102). Antipapa. - Alberto (1102). Antipapa. - Silvestre IV (1105-1111). Antipapa.
161. Gelasio II (1118-1119) - Gregorio VIII (1118-1121). Antipapa.
162. Calixto II (1119-1124)
163. Honorio II (1124-1130) - Celestino II (1124). Antipapa.
164. Inocencio II (1130-1143) - Anacleto II (1130-1138). Antipapa. - Víctor IV (1138). Antipapa.
165. Celestino II (1143-1144)
166. Lucio II (1144-1145)
167. Beato Eugenio III (1145-1153)

168. Anastasio IV (1153-1154)
169. Adriano IV (1154-1159)
170. Alejandro III (1159-1181) - Víctor IV (1159-1164). Antipapa. - Pascual III (1164-1168). Antipapa. - Calixto III (1168-1178). Antipapa. - Inocencio III (1179-1180). Antipapa.
171. Lucio III (1181-1185)
172. Urbano III (1185-1187)
173. Gregorio VIII (1187-1187)
174. Clemente III (1187-1191)
175. Celestino III (1191-1198)
176. Inocencio III (1198-1216)
177. Honorio III (1216-1227)
178. Gregorio IX (1227-1241)
179. Celestino IV (1241-1241)
180. Inocencio IV (1243-1254)
181. Alejandro IV (1254-1261)
182. Urbano IV (1261-1264)
183. Clemente IV (1265-1268)
184. Gregorio X (1271-1276)
185. Inocencio V (1276-1276)
186. Adriano V (1276-1276)
187. Juan XXI (1276-1277)
188. Nicolás III (1277-1280)

189. Martín IV (1281-1285)
190. Honorio IV (1285-1287)
191. Nicolás VI (1288-1292)
192. S. Celestino V (1294-1294)
193. Bonifacio VIII (1294-1303)
194. Benedicto XI (1303-1304)
195. Clemente V (1305-1314)
196. Juan XXII (1316-1334) - Nicolás V (1328-1330). Antipapa.
197. Benedicto XII (1334-1342)
198. Clemente VI (1342-1352)
199. Inocencio VI (1352-1362)
200. Beato Urbano V (1362-1370)
201. Gregorio XI (1370-1378)
202. Urbano VI (1378-1389) - Clemente VII (1378-1394). Antipapa Aviñón.
203. Bonifacio IX (1389-1404) - Benedicto XIII (1394-1423). Antipapa Aviñón.
204. Inocencio VII (1404-1406)
205. Gregorio XII (1406-1415) - Alejandro V (1409-1410). Antipapa Aviñón. - Juan XXIII (1410-1415). Antipapa Concilio de Pisa.
206. Martín V (1417-1431)
207. Eugenio IV (1431-1447) - Félix V (1439-

1449). Antipapa.

208. Nicolás V (1447-1455)
209. Calixto III (1455-1458)
210. Pío 11(1458-1464)
211. Paulo II (1464-1471)
212. Sixto IV (1471-1484)
213. Inocencio VIII (1484-1492)
214. Alejandro VI (1492-1503)
215. Pío III (1530-1503)
216. Julio II (1503-1513)
217. León X (1513-1521)
218. Adriano VI (1522-1523)
219. Clemente VII (1523-1534)
220. Paulo III (1534-1549)
221. Julio III (1550-1555)
222. Marcelo II (1555)
223. Paulo IV (1555-1559)
224. Pío IV (1560-1565)
225. San Pío V(1566-1572)
226. Gregorio XIII (1572-1585)
227. Sixto V (1585-1590)
228. Urbano VII (1590-1590)
229. Gregorio XIV (1590-1591)
230. Inocencio IX (1591)

231. Clemente VIII (1592-1605)
232. León XI (1605-1605)
233. Paulo V (1605-1621)
234. Gregorio XV (1621-1623)
235. Urbano VIII (1623-1644)
236. Inocencio X (1644-1655)
237. Alejandro VII (1655-1667)
238. Clemente IX (1667-1669)
239. Clemente X (1670-1676)
240. B. Inocencio XI (1676-1689)
241. Alejandro VIII (1689-1691)
242. Inocencio XII (1691-1700)
243. Clemente XI (1700-1721)
244. Inocencio XIII (1721-1724)
245. Benedicto XIII (1724-1730)
246. Clemente XII (1730-1740)
247. Benedicto XIV (1740-1758)
248. Clemente XIII (1758-1769)
249. Clemente XIV (1769-1774)
250. Pío VI (1775-1799)
251. Pío VII (1800-1823)
252. León XII (1823-1829)
253. Pío VIII (1829-1830)
254. Gregorio XVI (1834-1846)

- 255. Pío IX (1846-1878)
- 256. León XIII (1878-1903)
- 257. S. Pío X (1903-1914)
- 258. Benedicto XV
- 259. Pío XI (1922) 260 Pío XII (1939-1958)
- 261. Juan XXIII (1958-1963)
- 262. Pablo VI (1963-1978)
- 263. Juan Pablo I (1978)
- 264. Juan Pablo II (1978)
- 265. Benedicto XVI (2005)

Bibliografía

ARIAS, Juan. "La misteriosa muerte de Juan Pablo I". Monográfico Más Allá, no 48.

BLASCHKE, Jorge. Los grandes enigmas del Cristianismo. Ediciones Robinbook. Barcelona, 2000.

CARPÍ, Pier. Las profecías del papa Juan XXIII. Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1977.

DE MOXÓ, Francisco. "Los cataros". Historia 16. AÑO VI, no 62., pp. 81-87.

DOMINGO, Victoriano. Y dijo el ángel: no habrá más tiempo. Ed. Plaza & Janes. Barcelona, 1977.

DUFFY, Eamon. Santos y Pecadores. Una historia de los papas. Acento editorial. Madrid, 1998.

FERNÁNDEZ CONDE, F. Javier. "La herejía en España". Historia 16. AÑO VI, no 62. pp.70-80.

FRATTINI, Eric. Secretos Vaticanos. Editorial Edaf. Madrid, 2003.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo. La Inquisición. Biblioteca de El Sol. Ed. Anaya. Madrid, 1990.

MAALOUF, Amin. Las cruzadas vistas por los árabes. Alianza Editorial. Madrid, 1989.

MATHIEU-ROSAY, Jean. Los Papas de San Pedro a

Juan Pablo H. Ediciones Rialp. Madrid, 1990.

MESTRE, Jesús. Los cataros. Problema religioso, pretexto político. Ediciones península. Barcelona, 1995.

MITRE FERNÁNDEZ, Emilio. "Disidencia religiosa y protesta social". Historia 16. AÑO VI, no 62. pp. 64-69.

RAMOS-OLIVEIRA, Antonio. Los orígenes del Cristianismo y de la Iglesia y Los papas y emperadores -2 tomos-. Ed. Oasis (México).

ROBINSON, John J. Mazmorra, hoguera y espada. Ed. Planeta. Barcelona, 1994.

RUNCIMAN, Steven. Historia de las cruzadas, vol 1: La primera Cruzada y la fundación del reino de Jerusalén. Alianza Editorial.

TOYBEE, Jocelyn y WARD PEKINS, John. El sepulcro de San Pedro y las excavaciones del Vaticano.

WILLIAMS, George. Papal genealogy, the families and descendants of the popes, 1998.

YALLOP, David A. En nombre de Dios. Ed. Planeta. Barcelona.

Notas

[1] Pedro procede de traducir al latín el termino griego *kephas*, que quiere decir "cabeza", o "piedra". Dicho término aparece en el famoso pasaje del *Evangelio según San Mateo* (Mt XVI, 15-19) que suele utilizarse para justificar la designación de San Pedro como fundador y líder de la Iglesia.<<

[2] Primera Epístola Universal de San Pedro Apóstol,
5:13.<<

[3] De cualquier forma, sea la Epístola obra de Pedro o no, sirve, eso sí, para certificar la existencia a finales del siglo I de una tradición que localizaba a "la piedra de la Iglesia" en Roma. <<

[4] Al parecer en el caso de Pablo no hay lugar a la duda, y los historiadores coinciden en dar su presencia en Roma como algo seguro. <<

[5] RAMOS-OLIVEIRA, Antonio. *Los orígenes del cristianismo y la Iglesia*. Ed. Oasis. México, 1972. <<

[6] *Carta a los Corintios.* <<

[7] *Historia Eclesiástica*, Tomo I, Libro 2, XXV. 6 y 7. <<

[8] Tertuliano es el primer autor en mencionar la crucifixión de San Pedro. <<

[9] En realidad, ya se habían realizado unas "excavaciones" en el mismo lugar en 1624, durante el papado de Urbano II. En aquella ocasión las obras se habían puesto en marcha para colocar el baldaquino de Bernini que puede contemplarse hoy sobre el altar mayor. Sin embargo, nada más ponerse a trabajar, los obreros comenzaron a morir uno tras otro. Aquello, acompañado por la aparición de restos del cementerio pagano que había debajo, desataron los rumores sobre la existencia de una "maldición" de San Pedro -al más puro estilo de las maldiciones egipcias-, que acababa con todo aquel que osara perturbar su descanso. <<

[10] Recordemos que en aquella época los cristianos eran acusados de ateos, ya que negaban la existencia de los dioses paganos adorados por los romanos. Si Pedro fue crucificado durante la persecución lanzada por Nerón, es lógico suponer que cualquier cristiano seguidor del apóstol que hubiera requerido la entrega de los restos de un reo a las autoridades habría corrido idéntico destino. <<

[11] El lector encontrará al final del libro un anexo con el fragmento de texto en el que Ireneo menciona a los "supuestos" primeros obispos de Roma. <<

[12] Marción fue un rico naviero que llegó a Roma en torno al año 140. Su visión del cristianismo difería mucho de la oficial ya que, entre otras cosas, rechazaba por completo el Antiguo Testamento, e incluso partes importantes del Nuevo. No creía que la materia pudiera ser redimida y defendía que el Yavhé vengativo del Antiguo Testamento no tenía nada que ver con el Dios amoroso anunciado por Jesús. Finalmente fue excomulgado por los ancianos de Roma, a causa de su "problemático" comportamiento. <<

[13] *Historia Eclesiástica* VI, 29. <<

[14] Op. cit. VI, 8-9. <<

[15] En aquellos primeros siglos del cristianismo primitivo la elección de un nuevo Papa no recaía en un cónclave de cardenales -de hecho ni siquiera existía esa figura-, sino que se imitaba el *suffragium* o aclamación, el sistema que se utilizaba en las ciudades grecolatinas del momento. <<

[16] Los *fossores* eran trabajadores que, en los primeros siglos de nuestra era, construían las famosas catacumbas que servían de enterramiento a los fieles. <<

[17] Los arríanos negaban el dogma de la Santísima Trinidad, y aseguraban que Jesucristo no era divino. Esta herejía surgió con el obispo Arrio (256-336). <<

[18] Porto era un antiguo puerto del Lacio en la orilla derecha del Tíber y en su desembocadura. Lo había construido el emperador Claudio y más tarde Nerón le dio el nombre de *Portus Augustu*. De este puerto tomó nombre la *Vía Portuensis* que de Roma llegaba hasta la moderna Ponte Gala. <<

[19] En aquella época las leyes del derecho canónico prohibían que ascendiera al trono de San Pedro cualquier miembro del clero que fuese en ese momento cabeza de alguna otra diócesis. <<

[20] Una piadosa tradición asegura que un grupo de pescadores que habían observado la escena entristecidos se apiadaron de Formoso y recogieron su cuerpo para darle cristiana sepultura. Otra leyenda romana asegura que mientras era trasladado a su antigua tumba las esculturas de San Pedro que encontraron a su paso se movieron para saludar al pobre pontífice. <<

[21] Las fuentes históricas dan cuenta de algunos personajes romanos que sufrieron dicho castigo, como Nerón, Julián, Máximo y Cómodo. <<

[22] Afortunadamente para la memoria de Formoso, el papa Romano que sucedió al psicópata Esteban VI invalidó todas las desquiciadas decisiones que había tomado su antecesor. Romano (897), que era hermano del pontífice fallecido Marino I (882-884), había sido consagrado con el apoyo de los partidarios del papa Formoso. Su sucesor, Teodoro II (897), sólo duró veinte días en el trono de San Pedro, pero entre sus iniciativas estuvo la de trasladar los restos de Formoso rescatados del Tíber a la tumba de la iglesia de San Pedro. Además, convocó un sínodo con la intención de anular todas las decisiones de Esteban VI. <<

[23] Lo cierto es que la basílica de Letrán no se encontraba en buen estado, y hacía tiempo que amenazaba ruina, por lo que todo se debía con seguridad a una simple aunque curiosa casualidad. <<

[24] El caso de Cristóbal es el mejor ejemplo para mostrar lo caprichoso que resulta el criterio de la Iglesia a la hora de etiquetar a los antipapas. Sin lugar a dudas, la actuación de Cristóbal y su nombramiento habían pisoteado las normas del derecho canónico. Y sin embargo, aparece como auténtico Papa y no como antipapa en la lista oficial de los pontífices. <<

[25] Juan IX le excomulgó y tuvo que exiliarse a la Toscana, hasta que regresó a Roma en 903, totalmente decidido a recuperar lo que consideraba suyo por pleno derecho. <<

[26] Quedó recluido en el castillo-fortaleza de Sant' Angelo, un lugar que sería el escenario de otros importantes episodios de la historia del papado. <<

[27] Liutprand, op. cit. capítulo IV, XLV. <<

[28] Según el cronista Martín de Troppau, el papa Esteban VIII fue víctima de un complot contra su persona y fue horriblemente mutilado. <<

[29] A pesar de que las normas eclesiásticas lo prohibían, León VIII recibió todas las órdenes sagradas el mismo día, al igual que había ocurrido años atrás con el desgraciado antipapa Constantino II, que como ya vimos sufrió un terrible final. <<

[30] Su padre Crescendo, que diez años antes había ayudado a Bonifacio a alcanzar el poder pontificio, cambió de conducta y se reconcilió con Benedicto VII y Otón II. A partir de ahí su vida dio un giro de 180 grados y, tras convertirse en monje, construyó el convento de San Alejo, donde falleció en el año 984. Al menos, eso es lo que cuentan las crónicas. <<

[31] Gilberto de Aurillac tuvo el honor de ser el primer francés que alcanzó el trono de San Pedro. <<

[32] GLABER, Raoul. *Chronique*. <<

[33] Al parecer, las intenciones de Gratiano eran bastante más honestas que las de su ahijado, ya que pretendía reformar la, en esos momentos, decadente Iglesia. <<

[34] Según la crónica de Robert *the Monk*. <<

[35] Así se conocía en la Edad Media a los territorios de Tierra Santa. <<

[36] Albert de Aix y Ekkehará de Aura: *Emico and the Slaughter of the Rhineland Jews*. <<

[37] Poco antes de que los cruzados llegaran a Jerusalén, el nuncio papal, el obispo francés Adhemar, había fallecido víctima de la peste. Mientras los cruzados esperaban el momento propicio para tomar la Ciudad Santa, un sacerdote llamado Pierre Désiré tuvo un sueño en el que se le apareció el obispo Adhemar, instándole a que realizaran una procesión en torno a la ciudad. Tras la victoria, muchos soldados juraron haber visto como el obispo francés Adhemar se encontraba entre los primeros en escalar las murallas. <<

[38] GARCÍA ATIENZA, Juan. *Los pecados de la Iglesia*, p. 207- <<

[39] Durante el Concilio celebrado en Clermont-Ferrand, Urbano II había realizado un llamamiento explícito a la participación de "lo peor" de la sociedad del momento. Estas fueron, según lo recogió el capellán Foulques de Chartres, sus palabras exactas: "(...) quienes fueron hasta hoy bandidos, háganse soldados; quienes se hicieron mercenarios por un puñado de monedas, merezcan ahora el premio eterno; quienes disiparon sus energías con grave daño de su cuerpo y de su alma, empléenlas y ganen doble recompensa". <<

[40] Este término procede del nombre de uno de sus principales patriarcas, el pope Bogomil, cuyo nombre a su vez era una versión eslava del griego Teófilo, o "el amado de Dios". <<

[41] ÁVILA GRANADOS, Jesús. "Los templarios y los Cataros". Artículo en *Códex Templi*. Ed. Aguilar. Madrid, 2005. <<

[42] DE MOXÓ, Francisco. "Los cataros". *Historia 16*. AÑO VI, no 62., pp. 81-87. <<

[43] DE MOXÓ, Francisco, op. cit. p. 63. <<

[44] El *consolamentum* o "Comunicación del Espíritu Consolador" suponía el acto fundamental en la vida de un cátaro. Consistía en la imposición de manos por parte de un *Perfecto*, de modo que el hasta ahora *Creyente* pasaba a alcanzar también el grado del primero. Aquellos creyentes que no se creían capaces de llevar el rigorismo que suponía dicha condición se sometían a la *convenientia convenesa*, un pacto mediante el cual recibían el *consolamentum* antes de fallecer. <<

[45] Este fue parte de su discurso: "En la región de Toulouse se ha alzado, hace cierto tiempo, una funesta herejía que, extendiéndose poco a poco como una úlcera, ha infectado a muchos hombres de la Gascuña y en otras provincias. Reptando como una serpiente que invade secretamente la viña del Señor, sobre todo entre los más inocentes. Ordenamos pues a los obispos y a los sacerdotes del Señor que viven en estas regiones que se muestren vigilantes contra los sectarios de esta herejía y que prohiban bajo pena de anatema que allí donde sean reconocidos nadie ose darles asilo o prestarles asistencia. Que nadie tenga con ellos el menor comercio ni les compre ni venda nada. Que, privados de toda ayuda, sean obligados a renunciar a su error. Que todo transgresor de esta regla sea tocado de anatema como cómplice de su perversidad y que, cuando sean descubiertos, sean encarcelados por los príncipes católicos y castigados con la confiscación de sus bienes. Y como se reúnen a menudo en diversos lugares de un mismo territorio y cohabitan sin otra razón que la comunidad de su error, hay que vigilar con cuidado estos refugios y prohibirlos mediante penas canónicas cuando sean descubiertos". <<

[46] El futuro Santo Domingo, fundador de la Orden de los Hermanos Predicadores, más tarde conocidos como dominicos. <<

[47] Algunas estimaciones cifran el número de cruzados en unos 300.000 hombres en su momento más alto. <<

[48] Esta ruta de escape unía directamente la fortaleza de Montégur con el santuario de Querait, en la localidad de Berga (Barcelona). Muchos cataros optaron por esta huida, y terminaron estableciéndose en Cataluña y pueblos del Maestrazgo como Morella o San Mateu. En esta última localidad castellonense se refugió un célebre cátaro llamado Guillaume Bélibaste, aunque por desgracia fue descubierto a causa de una traición y quemado en la hoguera en la localidad de Villerouge-Terménes, después de haber sido arrojado desde las almenas del castillo. <<

[49] Sobre la relación entre caballeros templarios y cataros el lector encontrará interesante información en el artículo de Jesús Avila Granados "Los templarios y los cataros", incluido en la excelente monografía *Codex Templi*, citada en la bibliografía final. <<

[50] Algunos autores sugieren que la "voz divina" era en realidad la del cardenal Gaetani, quien sería sucesor de Celestino bajo el nombre de Bonifacio VIII. <<

[51] Al parecer, el acta de abdicación leída por Celestino V fue redactada con la ayuda -de nuevo- del cardenal Gaetani.

<<

[52] CHAMBERLAIN, E. R. *The bad popes.* <<

[53] Proclamada el 25 de febrero de 1296. <<

[54] Dichas acusaciones de pacto con el demonio procedían, seguramente, de los tratamientos médicos recibidos de un hereje español, Amoldo de Vilanova, para tratar sus dolorosos ataques de gota y piedras de riñón. Al parecer el Papa ignoró el hecho de que Vilanova hubiera sido encarcelado por escribir un extraño tratado sobre la próxima llegada del Anticristo, a cambio de que el hereje español acabara con sus dolencias. Entre el tratamiento dispensado por el "médico", estaba la utilización de un taparrabos que llevaba bordados unos signos cabalísticos. Más tarde circularon rumores que aseguraban que Bonifacio VIII tenía un anillo en el que se ocultaba un espíritu maligno al que alimentaba mediante pelos y uñas.

<<

[55] *Analecta Bollandiana*, Tomo IX, pp- 147-200: *Vita et miracula Sancti Petri Caelestini Auctore coaevo*. Bruselas, 1890. <<

[56] Como recordara el lector, Felipe IV ya había organizado una asamblea para acusar de herejía a Bonifacio VIII mientras éste todavía estaba vivo. El Padre Benito Jerónimo Feijoo recoge en sus escritos parte de aquel proceso: "...con cuarenta testigos, la mayoría contestes sobre los mismos hechos se probó que Bonifacio había negado, no sólo la real presencia de Cristo en la Eucaristía, mas bien la Resurrección de los hombres, y la inmortalidad del alma; y que había dicho, que así la Religión Cristiana, como la Judaica y la Mahometana eran meras invenciones de hombres". *Cartas eruditas y curiosas. Sobre la causa de los Templarios*. Carta XXVIII, 11. <<

[57] La historia de estos célebres monjes-guerreros constituye, sin lugar a dudas, uno de los mayores y más apasionantes enigmas de la Edad Media. No es este el lugar adecuado para relatar los pormenores de una Orden que, con su trágica desaparición, hizo surgir una leyenda que perdura en nuestros días. El lector interesado en conocer mejor su historia y leyendas, puede acudir a la excelente obra *Codex Templi* -Ed. Aguilar, Madrid, 200'-, así como a los magníficos trabajos realizados por el estudioso español Juan García Atienza. <<

[58] Aunque parezca increíble, la inquisición había apoyado a Felipe durante su largo contencioso con el papa Bonifacio VIII. <<

[59] SÁNCHEZ MONTERO, José Carlos. "Apogeo y decadencia, arresto y juicio de la Orden del Temple". Artículo en la recopilación *Codex Templi*, Aguilar, 2005.

<<

[60] DESGRIS, Aláin. *Guardianes de lo oculto*. Ed. Belaqva. Barcelona, 2002. <<

[61] A Clemente VI se le atribuye la frase "mis predecesores no supieron ser papas. El único deber de un príncipe es que sus subditos se marchen contentos". Baluze, *Vitae*, p.239 y ss. <<

[62] Catalina Benincasa, más conocida como Catalina de Siena, era la hija de un acaudalado tintorero de Siena, y tenía fama de santa entre los italianos. Cuando Gregorio fue elegido Papa, los florentinos -cuya ciudad se encontraba bajo la condena de excomuni3n-, rogaron a la joven monja que visitara al Papa para solicitar su perd3n. Ella acept3 y a1adi3 a su misi3n el intentar que el papado regresara a su hogar natural. <<

[63] Baronio, César. *Anuales ecclesiastici*. 1738-1756 <<

[64] Aaynaldus.An. 1379, 16. <<

[65] Las crónicas contemporáneas mencionan que el marido de Juana fue asesinado por el amante de ésta. <<

[66] DE ROSA, Peter. *Vicarios de Cristo: la cara oculta del papado*. Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1989. <<

[67] Allí estuvo hasta 1419, cuando el nuevo papa Martín V tuvo piedad de él y le nombró cardenal de Túsculo. Ese sería su último viaje, ya que murió en su nuevo destino en diciembre de ese mismo año. Tras ser enterrado comenzaron a circular rumores sobre su terrible pasado, en el que habría cometido numerosos asesinatos, habría sido violador de monjas y mil atrocidades más. <<

[68] El grado de nepotismo era tan alto que, cuando los turcos tomaron la ciudad italiana de Otranto, los romanos solían decir con sorna: "Los verdaderos turcos son los sobrinos del Papa". <<

[69] GARCÍA ATIENZA, Juan. op. cit. p. 359. <<

[70] Adriano VI, fue conocido por los romanos como el "pontífice bárbaro". Fue tutor del que años más tarde se convertiría en rey y emperador, Carlos I de España y V de Alemania. Cuando éste accedió al trono, le nombró obispo de Tortosa, y más tarde Inquisidor General de la Corona de Castilla. <<

[71] Veamos lo que dice el historiador contemporáneo Jacopo da Volterra al respecto: "Los ingresos de sus cargos papales, de sus abadías en Italia y en España, de sus tres obispados de Valencia, Oporto y Cartagena son vastos. Sólo su cargo de Vicecanciller le deja anualmente 8.000 ducados. Su vajilla, sus perlas, sus ropas bordadas con seda y oro, sus libros son todos de tal calidad que serían dignos de un rey o un Papa. Casi no necesito mencionar las suntuosas colgaduras de la cama, las gualdrapas de sus caballos y cosas similares de plata, oro y seda, ni la gran cantidad de monedas de oro que posee. En junto, se cree que posee más oro y riquezas de toda suerte que todos los cardenales juntos, exceptuando a Estouteville". <<

[72] En su descargo podemos decir que su principal opositor, el cardenal Caraza, había hecho otro tanto. Parece ser que, además de ducados, Borgia tenía otras destacables cualidades que decantaron la balanza a su favor. <<

[73] 73 Años más tarde, este cardenal enfrentado a Alejandro VI se convertiría en otro célebre pontífice, Julio II "el terrible". <<

[74] En la época surgió el rumor de que el asesino no había sido otro que su hermano, Cesar Borgia. <<

[75] Alejandro VI escribió las siguientes palabras tras la muerte de su hijo: "Golpe más duro no nos podría haber sobrevenido... Siete tiaras daríamos con gusto con tal de traerlo de nuevo a la vida. Por nuestros pecados ha querido Dios probarnos así. Perdone Dios al autor. Nosotros hemos tomado la decisión de atender desde ahora a la reforma propia y de la Iglesia...". <<

[76] Las palabras exactas que Pío II dirigió al entonces cardenal Borgia fueron estas: "Amado hijo: Hemos oído que, hace cuatro días, varias damas de Siena -mujeres enteramente entregadas a frivolidades mundanas- estaban reunidas en los jardines de Giovanni di Bichis, y que tú, olvidando completamente el alto cargo de que estás investido, estuviste con ellas desde la hora diecisiete a la veintidós. Contigo estaba uno de tus colegas cuya edad, si no la dignidad de su cargo, debía haber bastado para recordarle su deber. Hemos oído que se bailaron las danzas más licenciosas, que no faltaron ninguna de las seducciones del amor y que te condujiste de una forma totalmente mundana. La vergüenza me prohíbe mencionar todo lo que tuvo lugar, no sólo los actos, sino los mismos nombres son indignos de tu posición. Para que pudieras dar rienda suelta a tu lascivia, no fueron admitidos los padres, maridos, hermanos y deudos de las jóvenes... Toda Siena habla ahora de aquella orgía... Nuestro disgusto no puede expresarse con palabras... Un cardenal debe estar por encima de todo reproche...", Raynaldus, *Aúnales ecclesiastici*, 1460, 31. <<

[77] Giulio nació fruto de las relaciones de Giuliano de Medici -hermano del célebre Lorenzo el Magnífico- y una joven de origen humilde, cuya identidad se desconoce. <<

[78] Se daba la circunstancia de que los Della Rovere habían ayudado a los Medici cuando éstos fueron expulsados de Florencia. <<

[79] CHAMBERLAIN, E. R. *Los malos papas*, pág. 244-246. <<

[80] DE VICENTE, Enrique. "Conspiración en el Vaticano. ¿Por qué mataron a Juan Pablo I?". Año/Cero no 7. <<

[81] Parece ser que el dinero aportado por Sindona procedía de la mafia y de la propia Agencia Central de Inteligencia norteamericana. <<

[82] El director de la revista Op era Mino Pecorelli, quien curiosamente también era masón, y perteneciente, como no, a la logia P-2. Pecorelli murió asesinado algún tiempo después. <<

[83] Da la casualidad de que el cardenal Krol, muy cercano por cierto al Opus Dei, mantenía una estrecha amistad con Zbigniew Brzezinski, Consejero de Seguridad durante el mandato del presidente estadounidense Jimmy Cárter. Brzezinski era un seguidor de la "doctrina" de Henry Kissinger, quien proponía que el uso de la fe podía debilitar a la Unión Soviética. De modo que si salía elegido un Papa polaco en el cónclave de 1978, esto podría beneficiar mucho a EEUU en ese sentido, como así fue. <<

[84] La carta en cuestión parecía una nota de despedida, como si Agca tuviera pensado acabar con su vida tras el atentado. En concreto, la misiva decía así: "Hay que estar limpio y en armonía tanto por fuera como por dentro. Hago un poco de gimnasia y después me ducho. Me arrodilló, leo algunos versículos del libro sagrado universal y rezo en voz alta diciendo: Dios omnipotente, llévame hoy al paraíso".

<<

[85] LEÓN CANO, José. "Una conspiración y dos cabezas de turco". Monográfico revista Más Allá no 48. MC Ediciones. Madrid, 2005. <<

[86] La hermana Lucía dos Santos falleció el 13 -otra vez se repite el número-de febrero de 2005, apenas dos meses antes de la muerte de Juan Pablo II. <<

[87] El primer secreto hacía alusión al infierno, mientras el segundo anunciaba, supuestamente, el fin de la I Guerra Mundial y el comienzo de la Segunda, además de hacer alusión a una posible conversión de Rusia. <<

[88] *El Mundo*, 14 de mayo de 2005. <<

[89] *El País*, 14 de mayo de 2005. <<

[90] Juan Pablo II hizo algo muy similar cuando beatificó a la madre Teresa de Calcuta. En este caso el proceso se redujo a un plazo de dos años, después de que la religiosa falleciera en 1997. <<

[91] GALÁN, Lola. "Los 'milagros' de Wojtyla". El País, 11 de abril de 2005. <<

[92] ARIAS, Juan. "La compleja trayectoria de Karol Wojtyla". El País, 3 de abril de 2005. <<

[93] El diario El Mundo, por ejemplo, publicaba con fecha de 11 de abril de 2005 un artículo a toda página titulado "Las profecías apocalípticas sobre el próximo Papa", firmado por José Manuel Vidal. <<

[94] Según los más cercanos a Juan Pablo II, durante sus últimas horas llegó a decir refiriéndose a los jóvenes: "Os he buscado; ahora habéis venido". <<

[95] DE VICENTE, Enrique. "¿Son auténticas las profecías de Juan XIII?". Año/Cero. <<